

Más de
150.000
ejemplares
vendidos en
Suecia

Cómo
enamorarte
de un
hombre
que
vive
debajo
de un
arbusto

EMMY ABRAHAMSON

HarperCollins
Narrativa

Cómo
enamorarte
de un
hombre
• que
VIVE
debajo
de un
arbusto

EMMY ABRAHAMSON

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Cómo enamorarte de un hombre que vive debajo de un arbusto
Título original: Hur man förälskar sig i en man som bor i en buske
© Emmy Abrahamson, 2016
First published by Albert Bonniers Förlag, Stockholm, Sweden
Published in the Spanish language by arrangement with Bonnier Rights, Stockholm, Sweden
© 2018, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
© Traducción de Isabel Murillo

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Diseño de cubierta: CalderónStudio

ISBN: 978-84-9139-300-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Nota de la autora

1

—¡Me gustan las pollas! —exclama feliz la mujer.

Miro mis notas, escribo una palabra ilegible, dejo el bolígrafo sobre la mesa y carraspeo un poco antes de replicar.

—Supongo que has querido decir..., creo..., espero, aunque sí es como dices me alegro por ti..., que te gusta el pollo. El pollo. No... la polla.

Es la undécima clase del día y estoy tan cansada que empiezo a divagar. Lo que es más, llevo todo el rato mirando de reojo la tarjeta de color verde menta que contiene la información de los estudiantes para recordar el nombre de la alumna. Petra. Petra. Petra. Y lo más preocupante del caso es que ya la he tenido en clase al menos tres veces. Pero no me acuerdo de ella. Es como si todos mis alumnos se hubieran transformado en una masa amorfa sin cara que es incapaz de distinguir entre martes y miércoles y se niega tercamente a conjugar los verbos en pretérito perfecto. Una masa amorfa que sigue diciendo «por favor» para replicar un «gracias», a pesar de que he dicho mil veces que hay que decir «de nada». Una masa amorfa que cree que aprender un idioma es un proceso que se produce de forma automática siempre y cuando compartas tu espacio vital con un profesor. Le echo un vistazo al reloj y me doy cuenta de que faltan aún veinte minutos para que acabe la clase. Veinte minutos de eternidad.

—Y, eh..., Petra, ¿y cómo te gusta el pollo? —le pregunto.

Nunca soñé con ser profesora de inglés, jamás entró en mis planes. Pero después de cuatro meses sin trabajo, me pareció que el anuncio de Berlitz en el que pedían profesores de idiomas era casi demasiado bueno para ser verdad. El curso de formación duraba solo dos semanas y, una vez terminado, podías empezar a dar clases. Incluso así, pasé las primeras semanas mirando a hurtadillas hacia la puerta del aula esperando que el chico con coleta que nos había impartido el curso entrara corriendo y sin aliento y me dijera «¡Era una broma! ¿Cómo se te ocurrió pensar que ibas a poder dar clases? ¡Era para reírnos un rato!», antes de ponerme de patitas en la calle y poner a salvo a los alumnos. Era cuando aún me quedaba despierta hasta las tantas para preparar las clases del día siguiente. Elaboraba con detalle mi plan de estudios, me esforzaba porque

fueran variadas y entretenidas. Fotocopiaba artículos interesantes, escribía preguntas, preparaba pequeñas e inofensivas representaciones teatrales y plastificaba fotografías para provocar temas de discusión interesante. Cualquier cosa con tal de que mis alumnos hablaran el máximo de inglés posible.

Pero la realidad es que si miran alguna vez sus tarjetas de información antes de entrar en el aula, aunque sea solo por encima, puedo considerarme afortunada. La pequeña rebelión por mi parte se inició el día en que me di cuenta de que llevaba dando clases bastante más de los seis meses que había planeado de entrada y, peor aún, que no lo hacía nada mal. Era paciente (¿quién habría pensado que ese era el ingrediente principal de todo buen profesor de idiomas?) y tenía mano para conseguir que mis alumnos hablaran inglés. Ahora que había dejado de planificar las clases y que su contenido se había convertido en un misterio tanto para mí como para mis alumnos, la vida se había vuelto un poco más excitante.

—Oh, de cualquier manera. Asado, a la plancha... —dice Petra.

—Forma frases enteras —digo, animándola.

—Me gusta el pollo asado y también a la plancha —replica Petra, obedientemente.

La regla básica del método Berlitz dicta que es posible aprender idiomas a través de la conversación y por eso, cuando encuentro un tema del que hablar, intento prolongar la charla al máximo. Los tres años que llevo como profesora de inglés me han convertido en una experta en conversaciones intrascendentes. En una ocasión, hice que un alumno me hablara durante un cuarto de hora sobre la cerradura de la puerta del garaje que había cambiado, solo para comprobar si era capaz de resistirlo.

—¿Y cuál es tu bebida favorita? —pregunto.

Petra se lo piensa.

—Agua del grifo.

—Frasas enteras —repito con una sonrisa forzada.

—Mi bebida favorita es el agua del grifo —dice Petra.

Sigo sonriéndole, porque la verdad es que no tengo ni idea de qué decirle a una persona cuya bebida favorita es el agua del grifo. Durante el último cuarto de hora de clase hacemos un crucigrama con temas de cocina. Cuando suena el timbre, exhalo un suspiro fingido y pongo cara de lástima para demostrar lo triste que estoy por tener que terminar la clase. Nos estrechamos la mano, por supuesto, y Petra se marcha a casa, para disfrutar seguramente de una cena consistente en pollo a la plancha acompañado con un vaso de agua del grifo.

Durante la pausa de cinco minutos, el personal se apiña en la minúscula sala de profesores para evitar todo contacto con los alumnos. Las paredes están decoradas con pósteres de Berlitz que muestran rostros multiculturales y frases rematadas con signos de exclamación. Las tres estanterías contienen ejemplares de *Passport*, la revista interna de Berlitz, y algunos libros de texto de español, francés y ruso completamente nuevos. Los libros de inglés, por otro lado, están tan sobados que a la mayoría les faltan los lomos o están pegados con celo.

Los profesores de Berlitz no son profesores de verdad. Mike es actor en paro; Jason está acabando su doctorado sobre Schönberg; Claire trabajaba en una empresa de *marketing*; Randall es diseñador gráfico; Sarah es ingeniera civil; Rebecca fabrica violines artesanales; Karen es graduada en comunicación; y yo sigo soñando con convertirme en escritora. El único que tiene formación como profesor es Ken, razón por la cual es casi tan odiado entre nosotros como Dagmar, la directora de la sucursal de Berlitz en Mariahilferstrasse.

Ken entra en la sala de profesores.

—Ooh, liado, liadísimo —dice animadamente, con un libro de gramática en la mano e intentando abrirse paso entre la fotocopidora y la pared.

Nadie le hace caso. Pegados a la ventana, Mike y Claire intentan fumar y echar el humo a través de una abertura de un centímetro.

—Ahora me tocan cuatro clases seguidas con el mismo grupo —dice Claire, suspirando. Guarda el encendedor dentro del paquete de tabaco—. No acabaré hasta las ocho.

—Solo tienes que aguantar un poco y ya no tendrás que volver a hacerlo nunca más —dice Randall.

Claire volverá pronto a Londres para cursar un máster.

—Pues yo voy a empezar mi clase número doce —dice, y un murmullo impresionado recorre la sala.

En la sala de profesores hay solo tres temas de conversación: cuántas clases nos toca impartir al día, lo pesados que son los alumnos y lo mucho que odiamos a Dagmar.

—Pues yo acabo de tener un grupo del AMS —contrataca Mike.

Todo el mundo suspira en un gesto de solidaridad. AMS es la oficina de empleo austriaca. Hace unos años, Berlitz cerró un contrato con el Estado para ofrecer clases de inglés a todos los desempleados que lo solicitaran. Pocas cosas hay más deprimentes que dar clase a un grupo del AMS.

La última alumna del día es nueva. Ya está en el aula cuando llego, mirando a través del cristal sucio de la ventana. Veo aliviada que la han clasificado con un

Nivel Cinco de inglés, es decir, «Un elevado nivel de competencia». Cuánto más alto es el nivel del alumno, menos esfuerzo me toca hacer.

—Hola, soy Julia —digo, tendiéndole la mano.

La mujer delgada me tiende a su vez una mano, que descubro sorprendentemente caliente. En menos de quince minutos he averiguado que se llama Vera, que es originaria de Graz, que trabaja como consultora de relaciones públicas para el Partido Popular austriaco y que es madre soltera de una niña de ocho años. Por desgracia, entonces es ella quien empieza a formularme preguntas.

—¿De dónde eres?

—De Suecia —respondo sin pensar.

Cuando veo que al instante se forma una arruga entre las cejas de Vera, me doy cuenta de mi error. Por mucho que mi inglés carezca de fallos tanto a nivel de acento como gramaticales, a nadie le gusta saber que no soy originaria de un país de habla inglesa. Incluso Dagmar me pidió discretamente en su día que no se lo mencionara a los alumnos. Rebecca me contó una anécdota de cuando tenía un pluriempleo como camarera en un restaurante de Cairns especializado en barbacoas. A pesar de que siempre se acordaba de memoria de lo que le pedían los clientes, tenía que fingir que lo anotaba en una libreta porque la gente se ponía nerviosa si no lo hacía. Y así es un poco como me siento cada vez que tengo que mentir sobre mi lugar de origen.

—No de Suecia, sino de Swindon —digo, corrigiéndome—. En Inglaterra, en el norte de Inglaterra.

Vera sigue mirándome.

—Pero ¿Swindon no está en el sur de Inglaterra? ¿Cerca de Bristol? Estuve allí en un curso.

Noto una oleada de calor en las mejillas y el cuello.

—El mío es otro Swindon —digo rápidamente—. Un Swindon más pequeño. Lo llamamos... mini-Swindon. Pues bien, Vera, cuéntame que te gusta hacer los fines de semana. ¿Cuáles son tus pasatiempos favoritos?

Vera continúa observándome con cierto recelo y pienso para mis adentros que seguiré el consejo de Rebecca y dejaré de impartir tantas clases al día.

Por desgracia, el inglés de Vera es casi perfecto. Pero hacia el final de la clase dice «en final de mes» en vez de «a final de mes». Y tengo por fin la oportunidad de corregirla y dejar de sentirme como un mueble.

De camino a casa, se me ocurre de repente una idea para un libro. Lleva tanta carga emocional y es tan terrorífico que me detengo en seco y noto que se me

eriza el vello de los brazos. El relato girará en torno a un escritor que consigue un trabajo como vigilante de un hotel situado en un lugar muy aislado. Tiene que pasar allí todo el invierno con su mujer y su hijo. El hijo será un niño. O una niña. No, mejor un niño. A lo largo del invierno, los espíritus malignos que pueblan el hotel y el aislamiento le hacen perder la cabeza. Todo acaba en un baño de sangre caótico. Lo veo todo tan claro ante mis ojos que me da miedo. La ventisca que azota el hotel, los pasillos desiertos, las habitaciones donde nada se mueve, el escritor sentado delante de su máquina de escribir. ¡Será un libro sobrecogedor y espeluznante! Casi echo a correr para llegar enseguida a casa y ponerme a escribir, y me maravilla que a nadie se le haya ocurrido nunca una historia así.

2

Por la noche, había quedado con Leonore en una coctelería del distrito sexto.

Odio a Leonore. En mi defensa, debo decir que Leonore tampoco me puede ni ver, pero ambas somos conscientes de las ventajas simbióticas que ofrece nuestra amistad. Como todas mis demás amigas andan metidas en relaciones y, por lo tanto, se transforman en calabazas en cuanto suenan las campanadas a medianoche, ella es la única con quien puedo salir. Cuando está conmigo, Leonore se imagina que aún es joven y soltera en vez de mayor y casada con Gerhard, o el Hombre Beis, como me gusta llamarle (nunca delante de ella).

Leonore es inglesa y tiene un hijo en edad escolar que, no sé exactamente por qué, siempre lleva un parche en el ojo. El Hombre Beis es director del Departamento Financiero de Red Bull, lo que se traduce en que Leonore no tiene ninguna necesidad de volver a trabajar en su vida y puede consagrar todo su tiempo a producir, dirigir y promocionar obras en las que actúa como protagonista. El pasado febrero, representó el papel de Malcolm X en una obra patrocinada por la embajada de Estados Unidos dentro de la agenda de actos del Mes de la Historia Negra. Leonore no es negra.

—Y Mike, ¿sigue trabajando en Berlitz? —pregunta Leonore.

Muevo la cabeza en un gesto de asentimiento y le doy un trago a mi vodka con tónica. «Jódete, Stephen King».

—No sé muy bien si debería darle o no un papel en mi próxima obra —dice Leonore—. Estoy pensando en llevar a escena *Closer*, de Patrick Marber. Podría hacer el papel de Clive Owen.

Trazo círculos entre los cubitos de hielo con la varilla de plástico. Estoy aún dolida con Stephen King por haber escrito *El resplandor* hace casi cuarenta años, un pequeño detalle que no había recordado hasta posar las manos sobre el teclado para empezar a escribir.

—Hoy he visto a Mike y estoy segura de que está harto de trabajar como profesor de inglés —digo—. Probablemente se alegraría mucho de tener un papel en *Closer*. El número de veces que puedes impartir la lección que explica la diferencia entre el presente perfecto simple y el presente perfecto continuo

tiene su límite, créeme. Y te digo una cosa, si me toca explicar una vez más el por qué el eslogan de McDonald's *I'm lovin' It* es completamente inaceptable, acabaré dándome cabezazos contra la pared. Cada vez que lo pienso, me da un ataque de rabia contra McDonald's. Así que sí, tendrías que darle un papel a Mike.

Si no llevara la frente cargada de bótox (al fin y al cabo, nos llevamos once años), Leonore la habría arrugado para demostrarme hasta qué punto estaba aburriéndola.

—No sé si tenemos la química necesaria —dice Leonore, aunque no sé si seguimos hablando de Mike.

—Sí, es probable que no tengáis la química necesaria —murmuró, y le doy otro trago a la copa.

A la salida de la coctelería, vamos a Passage. La discoteca ya está a tope y tenemos que esperar detrás de tres chicas morenas con minifalda y taconazos antes de poder dejar los abrigos en el guardarropa.

—¿No tienes la sensación de que todas las chicas que hay por aquí parecen prostitutas de lujo procedentes de los Balcanes? —le digo a Leonore a gritos para hacerme oír por encima del sonido de la música.

—Espero que eso nos incluya también a nosotras —replica también a gritos Leonore.

Tira de mí hacia la barra antes de que me dé tiempo a responder. Pedimos las copas y fingimos que charlamos un rato mientras lo que hacemos en realidad es mirar a los chicos. No tengo ni idea de por qué acabamos siempre en Passage. El DJ pone una música insoportable, la bebida está aguada, los baños están asquerosos, no hay donde sentarse y todos los tíos son alemanes y tienen novia.

En cuestión de media hora, cada una de nosotras está hablando con un chico. El mío tiene manchas de sudor en las axilas y unas cejas que se unen en el centro, pero no está mal del todo.

—¿De dónde eres? —me pregunta en alemán.

—De Suecia —le respondo en inglés.

A ser sincera, y a pesar de hacer una interpretación muy personal de su gramática, sé hablar alemán, pero decido hablarle en inglés para situarme en una posición más ventajosa.

Abre los ojos como platos y me sonrío.

—Vaya —dice, meneando la cabeza—. Después de leer tantas novelas negras suecas, uno ya no sabe qué pensar. Suecia es Wallanderland.

—Wallanderland suena a parque temático —digo—. Un parque temático

donde muere todo el mundo.

Veo que Leonore está intentando establecer contacto visual conmigo. Seguramente porque le saca una cabeza al tipo con el que habla, que, además, lleva una cadena al cuello con el anagrama de Mercedes. A veces, ir de discoteca en Austria es como un viaje en el tiempo hasta los años ochenta, cuando la joyería no se lucía con ironía y aún reinaba Ace of Base. Ignoro por completo a Leonore y sigo hablando con mi chico.

—Un sueco me contó que en Ystad no hay crímenes —dice.

—Eso será porque Kurt Wallander ya los ha solucionado todos —replico.

El chico ríe y de pronto confío en que pase algo entre nosotros.

—¿Y tú de dónde eres? —le pregunto.

—De Múnich —responde.

Anoto un punto en la casilla número uno.

—¿Tienes novia? —preguntó a continuación.

—Sí —dice. Y pasados unos segundos, añade—: Lo siento.

Anoto un punto ahora en la casilla número dos. Pero, de todos modos, le doy mi teléfono cuando me lo pide.

Cuando llego a casa, veo un poco de porno de los ochenta en RedTube y me regalo un orgasmo para conciliar mejor el sueño. Pero no funciona. Me pongo de lado y fijó la vista en la pared oscura. Decido que el fin de semana que viene ordenaré los libros por colores.

3

Al día siguiente, mi primera clase es con un grupo del AMS. Cuando entro en el aula, ya están todos sentados. Parecen tres figuras de cera. Hay una mujer con doble papada y con unos anillos de oro que le cortan la circulación de los dedos. Una chica con cabello rubio platino y raíces oscuras que se entretiene arrancándose las cutículas con los dientes. El tío, con bigote y camisa de cuadros, tiene una mirada espeluznantemente ausente, pero al menos está listo, bolígrafo en mano.

—Hola —digo—. Me llamo Julia y hoy voy a ser vuestra profesora.

Nadie responde.

Tiempo atrás tuve un trabajo que me encantaba. Poco después de que Matthias y yo nos mudáramos a Viena, conseguí un trabajo como periodista. El periódico se llamaba *Vienna frOnT*, con todas esas mayúsculas concebidas como una muestra del desprecio del periódico hacia las normas y las tradiciones. Teníamos una oficina minúscula en el distrito quince y nuestro combustible consistía en Almdudler, bocadillos de *leberkäse* e ironía. Aparte de ocuparme de las noticias locales, escribía también columnas sobre la afición de los políticos de derechas a anudarse el jersey en la cintura y analizaba la relación entre el mundo de habla germana y los yogures bebidos. *Vienna frOnT* pretendía ser un espejo donde el mundo pudiera echar su aliento y mirarse. En cinco meses, el periódico se fue a pique.

—Hola, ¿cómo te llamas? —le pregunto a la mujer con los dedos como salchichas.

—Bettina —responde.

—Me llamo... —digo, corrigiéndola con amabilidad.

—Me llamo Bettina —dice.

La blusa con tirantes de Bettina, de viscosa barata y con estampado de mariposas, se tensa sobre las protuberancias de su barriga y sus ojos muestran una mirada que dice desesperadamente «no me odies». Se trata de un grupo de Nivel Dos y, en consecuencia, obtener de ellos alguna información resulta dolorosamente lento. Recuerdo un día en que una alumna del AMS rompió a

llorar cuando le pregunté cuál había sido su último trabajo. Desde entonces, a los alumnos del AMS ya no les pregunto en qué trabajaban antes de quedarse en paro, lo cual, por desgracia, ha reducido a la mitad los temas de conversación. Pero, después de tres clases interminables, sé que Bettina se levanta a las cuatro de la mañana para tener algo de tiempo para ella antes de que sus hijos se despierten; sé también que Steffi tiene un bichon frisé que se llama Toto (por el grupo musical, no por *El mago de Oz*) y que a Hans le gusta la jardinería. Hemos practicado también preguntas habituales y saludos. Siempre intento sonreír y mostrarme entusiasta («¡Aprender un nuevo idioma = NUEVAS OPORTUNIDADES!»), para no frustrar las esperanzas de que estas lecciones puedan llegar a tener un impacto en su búsqueda de empleo.

Durante la pausa, me relajó un poco al ver a Rebecca en la sala de profesores. Se acerca a mí con los ojos muy abiertos.

—Creo que uno de mis alumnos del AMS está borracho —me dice al oído, cogiéndome del brazo.

—Pues yo tengo una alumna del AMS que se levanta cada día a las cuatro de la mañana para disfrutar de un rato de paz —le explico también en voz baja—. Y yo me pregunto ¿por qué no se queda durmiendo y de este modo también descansa?

—¿A las cuatro? —exclama Rebecca, aunque sin emitir sonido alguno.

Muevo la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿Y qué se puede hacer a las cuatro de la mañana? —dice Rebecca, hablando ya en volumen normal.

—Dice que lee revistas y hace sudokus —respondo, también en volumen normal.

Con Rebecca siempre estoy a gusto. Es mi Bruja buena del Norte, en contraste con Leonore, a la que le habría dado el papel de Bruja mala del Oeste de haber sido yo Dorothy. Rebecca y yo nos conocimos en el curso de formación de Berlitz y decidí que sería mi amiga en cuanto me enteré de que fabricaba violines. Alguien que fabrica violines tiene que ser una persona bondadosa y sensible, como la gente que ayuda a los leprosos. Por desgracia, fabricar violines no da para ganarse la vida, razón por la cual Rebecca decidió hacerse también profesora de inglés. Pero me encanta pensar que conozco a una mujer que se dedica a fabricar violines. Algún día espero poder contar con los siguientes amigos: una lesbiana, un genio de los ordenadores y alguien de Brooklyn. Y con

Elfriede, por supuesto.

—¿Cuántas clases tienes hoy? —le pregunto.

—Solo tres —responde—. Y con el mismo grupo. ¿Y tú?

—Diez.

Rebecca entrecierra los ojos de inmediato.

—¡Deja de dar tantas clases! —dice—. Tendrías que dedicar el tiempo a escribir novelas o artículos, a realizar entrevistas, a trabajar como espía, lo que sea.

—Aquí ya trabajo como espía —replico a la defensiva—. Me camuflé de profesora de inglés y no lo soy.

Y entonces suena el timbre y tengo que irme a dar otra clase de inglés a Bettina, Seffi y Hans.

Cargada con dos bolsas de la compra, subo despacio las escaleras del edificio del distrito séptimo, de estilo *art nouveau*, en el que vivo. Al llegar al segundo piso me paro y miro, como siempre, hacia la puerta que da acceso al apartamento de la izquierda. El único que da a la calle y no al patio de atrás, como mi apartamento en la cuarta planta. Normalmente, junto a la puerta, huele débilmente a humo y a café, y, en alguna que otra ocasión, he vislumbrado una sombra moviéndose detrás de las ventanas de cristal esmerilado. Al lado del timbre hay una plaquita que reza *E. Jelinek*, escrito con una caligrafía sofisticada. Tardé un par de meses en caer en la cuenta de quién podía ser. Y entonces le pregunté al conserje serbio si vivía allí la famosa novelista Elfriede Jelinek.

—Sí, sí —dijo, asintiendo con entusiasmo—. Una gran señora. Pero muy tímida. No sale mucho. Es muy particular.

Desde entonces, ando desesperada intentando tropezarme, hasta el momento sin éxito, con mi célebre vecina. Desde la calle veo que, a pesar de que tiene algunas plantas llamativas en las ventanas, los cristales están sucios. Por alguna razón, y por mucho que me esfuerce, me cuesta imaginarme a Elfriede Jelinek cuidando de sus azaleas. Es como si mi subconsciente solo quisiera verla ahogando con agua los cactus y echándoles moscas a plantas carnívoras.

A veces, culpo a mi vecina de no haberme convertido aún en escritora. Es culpa de Elfriede (cuando estoy rabiosa, siempre me dirijo a ella por su nombre de pila). El cupo literario del edificio está lleno de sobra con ella y no queda espacio para mí, y si Elfriede no viviera aquí, ya habría escrito al menos tres

novelas.

En momentos más felices, sueño con que nos haremos amigas. Llamará a mi puerta para pedirme un poquito de vinagre.

—¡Yo también soy escritora! —exclamaré.

Y Elfriede arqueará las cejas sorprendida al descubrir que en el edificio vive una colega, una alma gemela en potencia. Luego recuperará su expresión seria.

—La observación es un privilegio masculino —dirá.

—Umm... —diré, para mostrar mi conformidad con ella, y haré un lento gesto de asentimiento con la cabeza.

—Mi escritura denuncia la tiranía de la realidad.

—¿Has estado en el Prater? A veces es divertido, Elfie —diré, buscándole un apodo lo antes posible.

—Sigue mis lágrimas y el mar acabará acogiéndote —dirá Elfriede.

—Ahora sí que me he perdido, pero pasa, Fifi —le replicaré, con un apodo alternativo por si acaso el primero no le ha gustado.

Entonces, con la compañía de un montón de tazas de té, o tal vez de *whisky*, pasaremos el rato sentadas en casa y hablaremos de lo duro que es ser escritor.

Con un suspiro, cambio las bolsas de mano y sigo subiendo las escaleras. Huelen a productos de limpieza y a piedra fría.

4

Durante el resto de la semana, espero que me llame el alemán de Passage. Pero no lo hace, evidentemente. Finjo que me da igual y ocupo mi tiempo con las clases, ir al gimnasio, devorar comidas poco inspiradoras y ver *Los Simpsons* y *Anatomía de Grey* dobladas al alemán. *Verdammt nochmal, Meredith, hör auf mich!* (¡Maldita sea, Meredith, escúchame!). Un día me desplazo en tren hasta un barrio de las afueras y adopto un gato castrado que se llama Optimus. Con Optimus a mi lado, sigo con mis cenas poco inspiradoras y continúo viendo cómo esos jóvenes médicos de Seattle luchan por salvar gente y aprenden, de paso, las grandes lecciones de la vida.

A veces me preocupa la posibilidad de que las series que veo en la tele me parezcan más reales que mi propia vida. Que la vida amorosa, la familia y los problemas laborales de Meredith, de *Anatomía de Grey*, sean más tangibles que los míos. A veces incluso empiezo a pensar que soy Meredith Grey y me pregunto por qué estoy en un aula sentada explicando la diferencia entre «some» y «any» en vez de estar en un quirófano reparando una válvula mitral obstruida. Una vez, me quedé mirando a Rebecca y permanecí unos segundos confusa preguntándome por qué no era Cristina Yang. Y aún me sorprende a veces totalmente hecha polvo por la muerte de George O'Malley, Lexie Grey y Derek Shepherd. Ni un terremoto en Turquía ni el derrumbe de una fábrica en Bangladésh pueden hacerme llorar tanto como el hecho de que Denny Duquette muriera sin Izzie a su lado. Murió sin Izzie. Murió. Sin. Izzie.

Una tarde me senté delante del ordenador dispuesta a hacer un pedido de uniformes de *Anatomía de Grey*. Y fue entonces cuando me di cuenta de en qué tipo de persona me estaba convirtiendo. Cerré de golpe el ordenador y llamé rápidamente a Leonore para ver si le apetecía salir a dar una vuelta. A veces sueño todavía con hacer aquel pedido. Sobre todo la bata de manga corta de color azul celeste con dos bolsillos delanteros y un bolsillito secreto para el bolígrafo.

Esta noche, Rebecca celebra su cumpleaños en el O'Malley, en Schottentor. Cuando llego, el *pub* ya está a tope. Las paredes son de color verde oscuro y están llenas de pósteres de la cerveza Guinness. Localizo a Rebecca en el claustrofóbico sótano y tomé asiento al lado de su marido, Jakob. Jakob también fabrica violines y su aspecto me recuerda a Jesucristo. El hermano de Jakob también es fabricante de violines y parece, asimismo, recién salido de la Biblia.

—Tengo que contarte una cosa —dice Rebecca, inclinándose por delante de Jakob—. He visto a Matthias en Kaiserstrasse.

De entrada no digo nada. Jesús-Jakob sigue mirando al frente.

—¿Y qué hacía? —pregunto por fin.

—Caminaba por la calle —responde Rebecca.

—¿Qué? —digo, con un hilo de voz—. ¿Así tan tranquilo?

—Lo sé —dice Rebecca—. ¿Cómo se atreve?

Nos interrumpe uno de los amigos de Rebecca. Sigo sentada al lado de Jesús-Jakob, pensando en Matthias.

Matthias y yo estuvimos juntos cuatro años. Al principio todo era estupendo, luego la cosa fue fatal. Discutíamos porque él se pasaba el día fumando hierba y no me ayudaba en casa. Cuando teníamos una pelea, Matthias siempre acababa comprándome una bolsa de regaliz a modo de ofrenda de paz porque sabía que me encantaba. Como si fuera una niña de seis años.

En un último intento desesperado de salvar nuestra relación, decidimos mudarnos a su ciudad natal, Viena. Todo volvió a ser estupendo. Aprendí a decir *Grüss Gott*^[1], redescubrí los domingos y asimilé cómo tenía que hacerlo para no correr constantemente peligro de ser atropellada por los tranvías. Matthias consiguió matricularse en un curso de fotografía y, puesto que la universidad quería fomentar entre sus alumnos la comprensión y el respeto por la creatividad, algo tan fundamental en la fotografía, nuestro baño acabó transformado en un cuarto oscuro. Tapamos la ventana con bolsas de basura negras, pegadas al marco con cinta americana, y mis productos de maquillaje se vieron obligados a luchar por hacerse un espacio entre las botellas de productos químicos. Me di infinitos porrazos en la cabeza contra la gigantesca ampliadora que quedó instalada entre la ducha y el lavabo. Pero daba igual. Matthias había encontrado por fin un objetivo en la vida. Gastaba nuestro irrisorio presupuesto mensual en libros sobre Mapplethorpe, LaChapelle y Corbijn, y durante su primer año de estudios me convertí en su voluntariosa modelo para que pudiera

experimentar con el contraste y la composición. Dejó de fumar hierba a diario y su mirada recuperó su claridad de antaño. Todo iba bien, incluso cuando *Vienna frOnT* se fue al traste, porque la felicidad de Matthias estaba por encima de todo lo demás. Por aquel entonces, aún creía que el amor verdadero significaba olvidarme por completo de mí misma y conformarme con que mi luna orbitara alrededor de su planeta. Por aquel entonces, aún creía en que yo salvaría a Matthias, que le ayudaría a alcanzar su pleno potencial y a convertirse en el hombre equilibrado que ninguna de mis amistades era capaz de ver.

La primera vez que me di cuenta de que algo iba mal fue durante el segundo año del curso de fotografía. Un día vi que uno de los discos de Matthias estaba fuera de su lugar, aunque no lo estaba cuando por la mañana habíamos salido juntos del piso. Sin darle más vueltas al tema, soplé los restos de tabaco que había en la funda y lo guardé entre los demás discos. Luego empecé a darme cuenta de que a veces la puerta solo estaba cerrada con una vuelta de llave y no con dos, como siempre la dejaba yo. Y de pronto, empezamos a discutir casi a diario y la estantería de la cocina a llenarse hasta los topes de bolsas de regaliz.

Y entonces fue lo de la llamada. Yo estaba en cama con amigdalitis, planteándome echar una siesta. Sonó el teléfono y una mujer con voz agradable me contó que habían encontrado una carpeta con fotos hechas por Matthias y que, como ya no estaba estudiando allí, llamaban por si quería pasar algún día a recogerla.

Me explicó que Matthias había dejado de asistir a clases en octubre, pero que hacía tan solo un mes que lo habían borrado ya oficialmente del listado de alumnos. Estábamos en marzo. Matthias llevaba seis meses fingiendo acudir a diario a la universidad. Llevaba seis meses contándome historietas y anécdotas sobre las cosas que pasaban cada día en clase. Llevaba seis meses comentándome lo mucho que disfrutaba con el curso y las ganas que tenía de convertirse en fotógrafo profesional. Con el auricular del teléfono aún en la mano, pensé que iba a vomitar.

Cuando Matthias llegó a casa a las seis y cuarto —después de «un día entero en la universidad»—, decidí enfrentarme a él. No me negó nada de nada.

—Pero ¿por qué? —le pregunté.

—Sabía que te enfadarías mucho —replicó, y de un plumazo me pasó a mí la culpa.

Llevaba seis meses acudiendo a una cafetería del distrito dieciséis donde el propietario dejaba fumar hierba a sus clientes siempre y cuando tomaran alguna cosa. Cuando la cafetería estaba cerrada, regresaba al piso en cuanto yo me iba a

trabajar y se iba antes de que volviera. Al final resultó que Matthias era un genio de la limpieza. Al menos en lo referente a eliminar cualquier rastro de lo que había estado haciendo en el piso todo aquel tiempo.

Al principio, cada vez que le contaba a alguien cómo había acabado el tema entre Matthias y yo, y le explicaba su doble vida, intentaba transformarlo en una anécdota graciosa: «¡Suerte que no se le ocurrió vestirse con mi ropa interior y hacerse llamar SaMANtha!». Pero dejé de hacerlo porque nadie se reía. Mi historia con Matthias no tiene nada de gracioso.

Después de dos horas en O'Malley, decido disculparme y marcharme.

—¿No será por lo que te he dicho de Matthias? —me pregunta con nerviosismo Rebecca.

—No, por Dios, en absoluto —digo.

Cuando llego a casa, lloro pegada al pelaje de Optimus hasta que el gato echa a correr y se esconde detrás del sofá.

[1] «Salud», expresión que se utiliza en alemán a modo de saludo, como «Buenos días», «Buenas tardes» o «Buenas noches». (*N. de la T.*)

5

Me ducho en la cocina. No porque quiera ducharme en la cocina, sino por la sencilla razón de que la ducha está en la cocina, detrás de una pequeña pared. Es lo habitual en la mayoría de los pisos *Altbau*^[2] de Viena. En los edificios de construcción antigua, puedes encontrar la cocina, el cuarto de baño y el aseo en los lugares más inesperados. En el edificio donde vive Claire, de Berlitz, en el distrito dieciséis, el aseo está en el pasillo, carece de calefacción, y tiene que compartirlo con los vecinos.

Una vez duchada y vestida, me marcho al trabajo, aunque sea fin de semana. Soy uno de los pocos profesores que siempre accede a dar clases los sábados. No tengo nada más que hacer. Hoy me toca dar clase a un grupo de niños de diez años que han tenido la desgracia de nacer de padres muy ambiciosos.

—El sábado es el día de las conchas —me dice crípticamente una niña antes de sacar un puñado de conchas de la mochila.

Nunca he impartido clase a este grupo, de modo que no tengo ni idea de por qué «el sábado es el día de las conchas». Durante el resto de la clase, las conchas permanecen sobre la mesa, como un preocupante recordatorio de que probablemente tendría que haberme esforzado un poco en averiguar qué habían hecho aquellos niños en clases anteriores. Pero a pesar de las conchas, dar clase a niños de diez años es una delicia. En cuanto los corriges una vez, nunca jamás vuelven a cometer aquel error, independientemente de que sea de vocabulario, gramática o sintaxis, a diferencia de lo que sucede con los alumnos adultos. Jugamos al juego de la memoria, leemos un cuento sobre tiburones que se comen a la gente y hacemos nuestra propia versión de la típica canción infantil inglesa *The Wheels on the Bus*.

—¿Qué hacen vuestros padres? —les pregunto.

Los niños se quedan mirándome.

—¿Qué trabajo hacen? —digo, aclarando la pregunta anterior.

Los niños se quedan más tranquilos y siguen coloreando las imágenes de dinosaurios con los rotuladores que he traído de casa.

—Mi mamá es médico —dice un niño.

—Mi papá trabaja como profesor —dice la niña de las conchas—. A la universidad.

—Muy bien —digo, antes de incorporar una pequeña corrección—. ¿En la universidad? Qué interesante.

—En la universidad —repite la niña, y sigue pintando de morado su tricerátops.

—Mi papá viaja mucho. A Japón. Y Singapur. Y Hong Kong. Y me trae regalos. Mi mamá se queda en casa —dice el siguiente niño.

Son, naturalmente, hombres de negocios, médicos y gente culta que puede permitirse pagar clases privadas para sus hijos. Me dirijo entonces al último niño.

—¿Y qué hacen tu papá y tu mamá? —le pregunto.

El niño me mira, consternado.

—Escriben libros —responde por fin.

—Libros ¿sobre qué? —pregunto.

El niño se tapa la cara con las manos antes de gritar:

—¡Libros de amor!

Intento disimular mi sonrisa y cambio de tema para que el niño pueda recuperarse. La curiosidad natural de los niños, su sinceridad y su alegría me hacen olvidar contar los minutos que faltan para que la clase acabe, y cuando llega la hora de irse, todos nos quedamos tristes. Unos segundos después, sin embargo, los niños abandonan corriendo el aula y sé que he pasado a ser para ellos un recuerdo lejano.

Como Rebecca va a pasar el fin de semana entero en casa de los padres de Jakob y Leonore está de ensayos, tengo aún medio sábado y todo el domingo que llenar con algo. He elaborado mentalmente un plan completo de pequeñas actividades de entretenimiento. Paseo tranquilamente por el distrito primero y miro los escaparates de las *boutiques* más exclusivas. En Kohlmarkt, cuento el número de mujeres que llevan abrigos de pieles auténticos (cuatro) y el número de personas de piel oscura (una, vendiendo *Die Presse*) que soy capaz de ver en un minuto. En una calle peatonal ancha que se llama Graben, veo a tres chicas que están llevando a cabo una investigación de mercado para Samsonite. Ralentizo el paso y curioseo con ellas una tienda de alfombras persas. Cuando una de las chicas me pregunta si estaría interesada en responder algunas preguntas, finjo mi sorpresa, hago un gesto de asentimiento y sonrío.

—¿Tiene usted una maleta con ruedecillas? —me pregunta la chica en alemán.

—Sí —respondo.

La mujer marca con una cruz una de las casillas del papel que lleva en la mano.

—¿Tiene usted más de una maleta con ruedecillas?

—No.

—¿Sabe de qué marca es su maleta? —pregunta.

—No, lo siento —respondo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Me encanta participar en encuestas para investigaciones de mercado. Y rellenar cuestionarios. Saber que mi vida puede dividirse en categorías sencillas en cuanto a la cantidad de ingresos que percibo, el tipo de lugar en el que vivo y el número de vacaciones en el extranjero que puedo realizar a lo largo del año, me ofrece sensación de seguridad y satisfacción. El hecho de que no existan zonas grises, de que todo pueda desglosarse en blanco y negro. Un día, después de haberle dado clase en Berlitz a un alumno especialmente complicado, me senté en el primer banco que encontré y rellené un formulario del banco simplemente para sosegarme.

—Muchas gracias —dice la chica—. Que tenga usted un buen día.

—¿Ya está? —digo, intentando disimular el tono de desesperación de mi voz.

Pero la chica ya está abordando a una pareja.

Me dirijo a uno de los pocos cines de Viena donde proyectan películas en versión original. La película no empieza hasta dentro de una hora, de modo que me siento en el vestíbulo a leer *París era una fiesta*, de Hemingway, y de repente me doy cuenta de que no estoy en la ciudad europea adecuada para convertirme en escritora. Tendría que irme a vivir de inmediato a París, beber vino tinto barato y pasarme el día dando vueltas por allí muerta de hambre. Al salir del cine, y de camino a casa, alquilo un DVD y compro algo de comida.

El domingo intento dormir, pero no lo consigo. Optimus y yo nos quedamos un rato en la cama, mirándonos. Voy a ver una exposición de Kokoschka en el Museum Quarter y luego otra vez al cine. Ceno en McDonald's y confío en no cruzarme con ningún alumno. Realizo un esfuerzo constante de no mirar la hora para no ser consciente del tiempo que falta aún para acostarme e iniciar de nuevo la semana laboral.

Mientras como mi Big Mac, empiezo a pensar en que debería escribir una novela histórica ambientada en Inglaterra. Giraría en torno a una chica huérfana que acaba trabajando como institutriz en una mansión misteriosa. El adusto propietario de la casa y la chica se enamoran poco a poco hasta que, de pronto, la trama da un vuelco imprevisto: la esposa del propietario sigue viva... y está encerrada porque está loca de remate. ¡Encerrada en el desván de la casa! Se me

ponen los pelos de punta solo de pensar en que será una historia increíble.

[2] Edificio de construcción antigua. Es un término muy utilizado en el mercado inmobiliario para distinguir esos edificios de los de construcción moderna. (*N. de la T.*)

6

«Que te jodan, Charlotte Brontë».

Vierto el azúcar en la taza de café a tanta velocidad que cae gran parte sobre la mesa.

—Cuidado —dice Stephan, sonriendo.

Sacudo el azúcar que ha caído en la mesita metálica y le devuelvo la sonrisa. Cuando tienes una cita, siempre hay que sonreír. Y mostrarse sexi. Y divertida. Intento pensar en algo divertido y sexi que decir, pero tengo la cabeza vacía. «Azúcar moreno, sensual como granos de arena besados por el sol.» Es mi primera cita en casi un año. La última vez, quedé con un médico del que nunca volví a tener noticias.

—Estoy harto del calor —dice Stephan, señalando el cielo azul resplandeciente.

Tiene un acento tan marcado que suena como «jarto del calorrr».

La cafetería se encuentra en una de las galerías del museo y tiene una decoración moderna y agradable. A nuestro alrededor se escuchan las voces apagadas de los demás clientes. En el exterior hace tanto calor que el asfalto de las calles se ha ablandado y el aire parece palpitar. Durante la última semana, dos de los caballos y uno de los conductores de los coches de caballos que siempre están estacionados delante del Hofburg, se han desmayado del calor. Uno de los caballos ha muerto.

—Y yo —digo.

En una cita siempre tienes que mostrarte de acuerdo con la otra persona. Si no lo haces, puedes acabar con contrarréplicas encantadoras y convincentes que solo sirven para demostrar que eres independiente pero no dogmática. ¡Dios nos libre!

—El ambiente se vuelve asqueroso y asfixiante —continúa Stephan—. No puedes ni respirar.

—Es un poco como... una cámara de gas —murmuro.

A media frase me doy cuenta de que acabo de dar un paso en falso cultural. Al fin y al cabo, con los austriacos estás solo a dos generaciones de hechos

realmente espeluznantes.

El hombre que tengo sentado enfrente de mí es un príncipe. No en términos simbólicos, y tampoco en cuanto a su aspecto, evidentemente: Stephan es un príncipe de verdad. Por mucho que la aristocracia austriaca quedara abolida con la Primera Guerra Mundial, los austriacos han seguido utilizando sus títulos como si con ello quisieran demostrar que les importa un comino lo que el resto del mundo opine de ellos. Stephan es descendiente de la casa Deyn-Hofmannstein y su familia tiene un castillo en Steiermark. Empezamos a hablar el fin de semana pasado, cuando Leonore y yo estuvimos en Loos Bar, y al cabo de tres días, y aun teniendo solo un recuerdo vago y confuso como consecuencia del alcohol, decidí llamarlo. Como una señal de que tal vez debería poner un poco más de esfuerzo en mejorar mi vida amorosa. Al ver que lo había registrado en el teléfono como «¡Príncipe Stepfam! PIRNCPE!!!» lo entendí.

La idea de quedar a las once de la mañana en el Museo de Historia Natural, en vez de por la noche en un bar de copas, fue mía, y la propuse con la intención de demostrarle lo alternativa y espontánea que soy. Pero ahora me arrepiento de mi decisión, y desearía que el café que tengo delante se convirtiera en algo con contenido alcohólico y que fueran las doce menos cuarto de la noche y no de la mañana. Hasta el momento, la cita no ha sido para nada alternativa y espontánea, sino más bien torpe e incómoda. Normalmente, el Museo de Historia Natural es uno de mis lugares favoritos, pero, con Stephan a mi lado, de repente me parece antiguo e infantil. Ha demostrado cierto interés por la sala de los meteoritos, mientras que lo que a mí más me apetecía ver era el enorme celacanto y los cocodrilos de la segunda planta.

Ahora estamos sentados en la cafetería, intentando que nuestras piernas no se rocen debajo de la mesa. Stephan es alto y muy rubio, pero tiene una cabeza demasiado grande y demasiado oblonga. Cada vez que lo miro, pienso en una de esas estatuas de piedra de la Isla de Pascua. Va vestido con vaqueros azul claro, camisa tirolesa de color rosa y una Janker, la típica chaqueta con la que la gente acompaña los *lederhosen*^[3].

—¿A qué te dedicas? En el día a día, me refiero —le pregunto.

Para demostrarle lo moderna que soy, no tengo pensado hacer ninguna referencia al hecho de que sea un príncipe.

—Me dedico básicamente a llevar la parte administrativa de nuestra propiedad en Steiermark —responde Stephan—. Pero intento venir a Viena siempre que puedo.

—¿Y lo tenéis... abierto al público?

—Sí, hoy en día es nuestra principal fuente de ingresos —me explica Stephan—. Organizamos conferencias, bodas y fiestas. Hay mucho trabajo. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Hasta el momento, el tono de la cita ha sido similar al que generalmente mantengo con mis alumnos en la primera clase. Un diálogo consistente en una pregunta, una respuesta, pregunta, respuesta, pregunta, respuesta. A pesar de que Stephan ha mostrado en todo momento un educado interés, es como si entre nosotros hubiera un panel de cristal.

—Doy clases de inglés en Berlitz —respondo—. En estos momentos estoy haciendo muchas «fuera de casa».

—¿Fuera de casa? —repite Stephan.

—Quiere decir que no imparto las clases en la academia, sino que voy a varias empresas y doy clase en sus oficinas. Por todo Viena.

—Interesante —dice Stephan.

—La verdad es que no mucho —replico—. A veces me siento un poco como una prostituta de lujo. Aunque vendo inglés en vez de sexo.

—Lo de las prostitutas no tiene nada de malo —dice Stephan—. Yo voy mucho de burdeles.

Y como soy alternativa y espontánea —«¡El Museo de Historia Natural! ¿Tú estás loca o qué?» —, finjo no sorprenderme.

—Oh, claro —digo—. ¿Y hay muchos burdeles en Viena?

Stephan asiente.

—Calculo que hay al menos veinte —dice—. Pero nunca voy a los que frecuentan los *tschuschen* y los turcos. Solo a locales con clase.

«*Tschusch*» es un término racista que utilizan los austriacos para referirse a la gente de los Balcanes. En una ocasión, un alumno del AMS me preguntó si sabía lo que era un bolso *tschuschen*. Cuando le respondí que no —un poco atacada por el pánico pensando en cuál sería la respuesta—, me explicó que era una bolsa del supermercado. Durante otra clase, el mismo alumno se quejó muy enfadado de que en Austria había demasiados turcos.

—Oh —digo, mirando a Stephan.

Por algún motivo perverso, me resulta excitante que frecuente burdeles. Me pregunto por un momento si debería acostarme con él solo por tener la experiencia de mantener relaciones sexuales con alguien que frecuenta burdeles. Sin embargo, la imagen del príncipe Stephan me excita tan poco como el papel de lija. Sé que no volveremos a vernos.

—Soy cliente habitual de uno —prosigue—. A veces incluso me hacen

descuento.

Stephan da un sorbo a su café con despreocupación, como si estuviéramos hablando del tiempo.

—¿Y qué tipo de descuento pueden hacerte en un burdel? —pregunto—. ¿Dos por uno?

Stephan asiente.

—Algo por el estilo, sí. Tienen una chica capaz de chupártela durante cuarenta y cinco minutos. La visito a menudo.

—Caray —digo—. ¿Cuarenta y cinco minutos? Eso es mucho tiempo. Ni siquiera me imaginaba que podías estar tanto rato haciendo eso. Lo que me sorprende es que no le den rampas.

«Mis clases duran cuarenta y cinco minutos, y a veces ni siquiera puedo con ellas».

Stephan bebe un poco más de café.

—¿Y frecuentas los burdeles incluso cuando sales con alguien?

—Antes sí —dice Stephan—. Pero mi madre quiere que empiece a sentar la cabeza.

—¿De modo que buscas una princesa para tu reino? ¿Tienen que pasar alguna prueba previa las chicas? ¿Cómo agarrar a un dragón por la cola, por ejemplo? ¿O gana la princesa capaz de hacer la mamada más larga?

Stephan me mira sin decir nada. Puesto que la cita está muerta del todo, ya no tengo que seguir fingiendo que soy una chica encantadora. Aplasto unos granitos de azúcar entre los dedos y pienso en lo bien que estaría en casa con Optimus y mis libros. No quiero para nada hombres como Stephan Deyn-Hofmannstein. De hecho, no quiero más citas. No quiero seguir fingiendo ser quien no soy. Sola estoy muy bien. Me gusta mi vida. Me gusta la tranquilidad de mi apartamento, mi cocina limpia y aseada y mis estanterías repletas de libros. Me gusta encontrármelo todo justo donde yo lo he dejado. No necesito nada más, y mi soledad no me convierte en una persona ni infeliz ni patética.

Pero a pesar de todo esto, cuando acabamos el café visitamos una exposición temporal sobre Chernóbil que han montado en la planta baja y miramos las fotografías de niños a los que les faltan piernas y brazos, vestidos con jerséis de lana tejidos a mano.

Al salir del museo, nos quedamos en la escalinata de piedra y competimos para ver a quién se le ocurre antes una excusa para dar por concluida la cita.

Gana Stephan.

—Es una lástima, pero he quedado con un amigo —dice, haciendo un gesto vago hacia el centro de la ciudad.

—Por supuesto —digo—. Ningún problema.

Seguimos el uno frente al otro.

—¿Qué planes tienes para esta tarde? —pregunta, mirando ya con anhelo hacia otro lado.

—Oh, lo mismo de siempre, supongo —digo—. Relajarme en casa y masturbarme escuchando a Michael Bublé.

Stephan se queda mirándome. Su mirada se tiñe de miedo.

—Es broma —digo rápidamente—. Odio a Michael Bublé.

Sigo sin decir nada.

—Pero tengo una amiga que trabaja como corista —continúo— y a veces ha hecho coros con él. Dice que es muy agradable. Que no es en absoluto divo ni arrogante. Aunque, a juzgar por su apariencia, cualquiera diría que lo es. Se le ve muy creído.

Mis conocimientos sobre Michael Bublé caen en oídos sordos. Stephan y yo nos despedimos con un beso en la mejilla y cada uno se marcha por su lado sin la más mínima promesa de seguir en contacto.

Como no puedo ir a pasear por el distrito primero por si acaso vuelvo a tropezarme con Stephan, decido ir a Haydn, el cine del distrito sexto donde proyectan películas en versión original. Son solo las tres y el local está casi vacío. Cuando empiezan los tráileres, intento sentirme feliz y relajada por volver a estar por fin sola y me doy una palmadita en la espalda por haberme librado del destino de convertirme en una princesa obligada a hacerle mamadas de tres cuartos de hora al cabezón de la Isla de Pascua. Aunque la verdad es que no me siento así. Me embarga un vacío que se combina con una insatisfacción insistente. Y hasta que no llego a casa no me doy cuenta de que tengo una palomita enganchada en el pelo.

[3] Pantalones de cuero, largos o cortos, a menudo con tirantes, típicos de Baviera, Austria y el Trentino. (N. de la T.)

Empiezo a trabajar tantísimo que mi vida se reduce a mi apartamento, Berlitz y las diversas empresas a las que me envían: EON, Strabag, Creditanstalt, Tele2Mobil, Andritz, Wien Energie, BAWAG, Polytec Holding y un grupo pequeño pero entusiasta de conservadores del Museo de Arte Moderno, el Mumok, que siempre van con jersey. Al final de la jornada, cargo con mi maletín escaleras arriba con una placentera sensación de cansancio. En el maletín no hay más que fotocopias sobre cómo escribir mensajes de correo electrónico en perfecto inglés, puesto que eso es lo único que interesa a las empresas. Si el resultado de mis clases es el esperado, consigo que los mensajes de mis alumnos corporativos pasen de tener un tono militar intimidante —«¡Envíeme la factura ya!»— a tener un tono militar un poquitín menos intimidante. Dedico gran parte de las lecciones a explicar la importancia de ser indirecto cuando hablamos en inglés. Mis alumnos me miran con una combinación de incomprensión y leve náusea ante la idea de tener que elegir una carretera secundaria cuando se puede utilizar perfectamente la autopista.

—Buenos días —le digo al recepcionista de la escuela de idiomas, que parece que tenga solo doce años de edad.

—Buenos días —replica.

Busco la carpeta con mi nombre en cuyo interior están todas las tarjetas de información de la jornada. Veo unos cuantos alumnos reunidos alrededor de la fuente de agua y en la sala de profesores se oyen risas. Mientras repaso las clases que tengo que dar, veo con enfado que a media mañana tengo dos turnos libres. Prefiero dar clase todo el día seguido, sin pausas.

—¿No había ningún alumno disponible a las once? —pregunto.

—Lo siento, pero no —responde el recepcionista, negando con la cabeza.

Se me ocurre de pronto qué hacer durante la pausa.

—No pasa nada —digo, y sonrío.

A las once, cuando termino la clase, voy corriendo a la óptica que vi hace unos días en el distrito sexto. Aliviada, descubro que sigue allí el cartel que anunciaba *Pruebas de audición gratuitas*. En cuanto entro en la tienda, suena un

timbre. En el interior del establecimiento todo es blanco, con la excepción de los centenares de pares de gafas y gafas de sol expuestas en expositores redondos. Sale de la trastienda una chica de unos veinte años con los labios pintados de rojo semáforo. Lleva el pelo recogido en un moño y bata blanca, como si fuese un médico.

—¿En qué puedo ayudarla? —dice.

—¿Es cierto eso de que hacen pruebas de audición?

—Por supuesto —responde la chica—. Y vendemos también audífonos.

—Pues me gustaría hacerme una prueba, por favor —replico.

De entrada, la mujer (*Frau Ruthofer*, según la plaquita que lleva en la solapa) se queda inmóvil.

—Naturalmente —dice por fin—. ¿Quiere hacerla ahora o pedir cita?

—Ahora mismo sería perfecto —digo—. Si le va bien.

La chica se acerca a la puerta y mientras echo un vistazo a un par de gafas de sol Bulgari que cuestan cuatrocientos dos euros. Calculo rápidamente que tendría que impartir unas treinta clases para comprarlas.

—Mi colega ha salido a comer —me explica Frau Ruthofer, cerrando la puerta de la tienda—. Acompañeme.

Un minuto más tarde, estoy sentada detrás de una mesa en un pequeño cubículo insonorizado con unas paredes pintadas de marrón oscuro que tienen millones de agujeritos minúsculos. El suelo está cubierto con una moqueta gruesa de color marrón claro y delante de mí tengo una pared de cristal. Frau Ruthofer toma asiento en el otro lado. Se inclina hacia delante y le habla a un micrófono.

—La audiometría consistirá en diez secuencias de sonidos por cada oído. ¿Está lista?

—¿Perdón? —digo.

—La audiometría consistirá en...

Meneo la cabeza.

—Bromeaba. Puede empezar.

Permanezco allí sentada durante los diez minutos siguientes, pulsando un botón cada vez que escucho un sonido por el oído izquierdo o por el derecho. Tengo mariposas en el estómago; hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz. En vez de estar rellenando un cuestionario, ahora son mi cuerpo y oído los que se someten a un test para ser clasificados. Durante todo el tiempo, sin embargo, percibo que Frau Ruthofer me observa con recelo y noto que su expresión se ensombrece a cada minuto que pasa. Me preocupa que pueda ser porque mi

audición es nefasta.

—Bien, ya está, hemos terminado —dice Frau Ruthofer.

Decepcionada, me levanto y pasamos de nuevo a la tienda. Frau Ruthofer aparece con varias hojas que ha extraído de una impresora que hay en la trastienda.

—Aquí tiene su audiometría —dice, mirando los papeles—, con todos los resultados, el tipo de sonidos que puede detectar y a qué decibelios.

Con curiosidad, espero que continúe. Frau Ruthofer termina su informe antes de dejarlo en la mesa, levemente frustrada.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dice, en un tono que linda con la mordacidad.

—Por supuesto —replico.

—¿Ha sufrido alguna vez acúfenos? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—¿Otitis serosa?

Repito el gesto de negación.

—¿Infección del oído medio? ¿Hipoacusia inducida por el ruido? ¿Otosclerosis? ¿Enfermedad de Ménière?

Niego por tercera vez con la cabeza.

—¿Tiene algún familiar con problemas de oído que considere que podrían ser hereditarios?

—No —respondo, y me tiembla la voz—. Todo el mundo tiene buen oído.

—¿Tiene algún tipo de problema de audición? —ruge casi Frau Ruthofer.

—No —respondo miserablemente.

—Y entonces, ¿por qué ha venido? —exclama Frau Ruthofer—. La gente que se somete a esta prueba de audición suele ser gente mayor, mucho más mayor que usted.

De entrada no replico.

—Tenía tiempo libre y nada que hacer —reconozco finalmente.

Frau Ruthofer no dice nada. Me entrega los papeles.

—Felicidades —dice—. Tiene un oído excepcionalmente bueno. Sobre todo el izquierdo.

—¿De verdad? —exclamo.

—Los detalles están en el informe.

Intento dar sentido a las cifras y los diagramas, mientras proceso mi recién descubierto talento.

Oigo a mis espaldas que alguien llama a la puerta. Frau Ruthofer corre a abrir

y entra una mujer de más edad, vestida también con una bata blanca que asoma por debajo de la chaqueta. Lleva en la mano una bolsa de papel de la tienda de bocadillos Anker y un zumo de manzana Pago. Enfadada, Frau Ruthofer empieza a contarle a su colega que acabo de someterme a una prueba de audición porque no tenía nada más que hacer. Como si yo no estuviera a escasos dos metros de ellas. Con mi superoído.

Cuando les digo adiós y salgo de la tienda, ninguna de las dos me responde, pero mi nuevo superpoder me permite ignorar por completo su rabia.

8

Berlitz me ha encomendado unas clases de prestigio. Voy a enseñar inglés nada más y nada menos que al director del Banco de Austria, el banco más importante del país. Como se trata de un hombre muy ocupado, solo está disponible a las siete de la tarde. El hecho de que Herr Direktor Kolbinger sea un hombre tan ocupado es algo que ya me ha afectado directamente en tres ocasiones. La tercera vez estuve a punto de llamarle la atención diciéndole que no era yo quien había pedido reunirme con él. De modo que ahora estoy sentada en un banco en Karlsplatz, a la espera de que den las siete. La entrada de mármol del Banco de Austria queda justo detrás de mí. Hace buena tarde y los turistas revolotean por la plaza, contemplando el edificio de la ópera o entreteniéndose con alguno de la media docena de vendedores de entradas de conciertos disfrazados de Mozart con pelucas baratas. Los carteles anuncian que esta noche se representará *La flauta mágica*.

Noto que alguien se sienta en el banco a mi lado. Sigo observando un grupo de turistas japoneses que se tapan la boca, ríen nerviosamente y salen corriendo cuando los saludan los vendedores de entradas. Me fijo en que los bajos de los pantalones de terciopelo granate de Mozart están sujetos con imperdibles.

—¿Qué hora es? —dice en inglés una voz, justo a mi lado.

Miro el reloj que tenemos delante.

—Las siete menos diez —digo, y lanzo rápidamente una mirada hacia la persona que acaba de formularme la pregunta.

Es grande. Su cabello, su ropa, su barba y, sobre todo, sus ojos, son grandes. Debe de tener los ojos más grandes que he visto en mi vida. Son de color marrón oscuro, el mismo tono que deben de tener su pelo y su barba si no estuvieran tan sucios y secos. Vuelvo a mirar el reloj. Pero me doy cuenta de que la persona que se ha sentado en el banco a mi lado se dispone a preguntarme algo más.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, transcurridos justo treinta segundos.

—Julia.

Veo que lleva un andrajoso maletín para ordenador portátil. Tiene las uñas mugrientas y las puntas de los dedos de un color amarillo sucio.

—¿Eres de aquí? —me pregunta.

Miro de nuevo al hombre enorme, no, mejor dicho, al vagabundo enorme que se ha sentado a mi lado y me pregunto cuánto tardará en pedirme dinero.

—No, de Suecia.

—Gracias a Dios que no eres austriaca —dice, con un suspiro de alivio.

Su comentario me hace reír, lo que a su vez genera en él una generosa sonrisa y lo lleva a acercarse un poco más a mí.

—No quería decir eso —dice—. Es que los austriacos son un poco raros.

—Raros ¿en qué sentido? —pregunto.

Se rasca la barba y reflexiona la respuesta.

—Distantes, podría decirse, como si guardaran en común un gran secreto. Un secreto que todo el mundo conoce pero respecto al cual todo el mundo guarda silencio.

—A lo mejor es que tienen a alguien escondido en el sótano —sugiero.

El vagabundo asiente con energía.

—¡Exactamente! Y además, parece que estén siempre de malhumor. Aunque, por otro lado, hay que tener en cuenta que nos han dado a Arnold Schwarzenegger —dice—. Razón por la cual estoy dispuesto a perdonarlos.

Veo en el reloj que son las siete menos cinco. Tendría que irme ya a ver a Herr Direktor Kolbinger.

—¿Tanto te gusta Schwarzenegger? —le pregunto.

El hombre se gira hacia mí y me mira fijamente.

—«Eres un tipo divertido, Sully. Me gustas. Por eso te mataré el último» —dice, haciendo una asombrosa imitación de Arnie.

No puedo evitar sonreír. Me levanto.

—Hasta otra, que vaya bien —digo.

El vagabundo también se levanta. Debe de medir al menos dos metros.

—¿Tienes que irte?

Muevo la cabeza en sentido afirmativo. Tendría que estar entrando ya en el banco, pero algo me retiene aquí. Son las siete menos tres minutos y voy a llegar tarde a mi primera clase con Herr Direktor Kolbinger.

—Adi... —empiezo a decir.

El hombre señala el banco.

—El sábado a las siete, aquí, en este mismo banco —dice.

Da media vuelta y desaparece entre el gentío.

9

Herr Direktor Kolbinger tiene el pelo más blanco que he visto en mi vida y huele a una colonia fuerte y especiada. Pero, aparte de estos detalles, la clase resulta un poco vaga porque no puedo parar de pensar en el encuentro que acabo de tener con el vagabundo. Además, el director no deja en ningún momento de responder al teléfono, lo que se traduce en interrupciones constantes. Transcurridos los cuarenta y cinco minutos de rigor, me dice que su secretaria se pondrá en contacto conmigo para quedar para la siguiente clase. Me da la mano y prácticamente me echa a empujones del despacho.

Cuando vuelvo a salir a Karlsplatz, echo un vistazo por si vislumbro de nuevo la presencia de aquel hombre tan grande y desgreñado. No lo veo, y decido volver a casa a pie en vez de coger el tranvía 1 y luego el autobús 48A. Paso por delante de la Casa de las Mariposas, del Museo de Historia Natural y del Volkstheater. En los accesos al barrio de los museos, ya han empezado a vender esas patatas asadas y esas castañas que siempre huelen mucho mejor que saben. En los árboles, algunas hojas pasan del verde al amarillo marchito. Pienso en las últimas palabras del vagabundo y me molesta un poco que hayan sonado como una orden.

La tarde siguiente quedo con Leonore. Durante casi una hora, la dejo hablar sobre la pelea que ha tenido con el Hombre Beis después de que la haya pillado in fraganti bebiendo Coca-Cola en vez de Red Bull Cola. Entre tanto, me pregunto si debería mencionar al hombre que he conocido. Al final, decido lanzarme a ello.

—Ayer, un vagabundo me empezó a hablar de repente —empiezo a contarle—. Cuando estaba sentada delante de la ópera.

Leonore pone cara de asco.

—Puaj —dice—. No me gusta nada cuando hacen eso.

—No, ese hombre era distinto —digo—. Divertido, la verdad. Y sexi, a su manera.

—¿De qué hablasteis?

Al instante me arrepiento de haber sacado el tema a relucir.

—De Schwarzenegger.

Leonore me mira como si acabara de lanzar un estruendoso eructo en pleno Baile de la Ópera.

—Los hombres son patéticos —murmura.

—Me preguntó si podíamos volver a vernos —le explico. Lo cual no es del todo mentira—. El sábado.

—Dios mío, y no le dirías que sí, ¿no? —exclama Leonore, y por primera vez tengo la sensación de que está mirándome.

No respondo.

—¿Cuánto rato estuvisteis hablando? —pregunta Leonore.

—Siete minutos exactos —respondo.

Rebecca se muestra más curiosa. Estamos sentadas en el Café Central, esperando a que lleguen las pastas que hemos pedido. Hemos elaborado un plan para visitar todas las cafeterías famosas de Viena. Decimos que lo hacemos para rodearnos de historia cultural, pero en realidad es una excusa para hincharnos de pasteles.

—¿Y es inglés? —pregunta Rebecca.

—No —digo—. Sonaba más bien a norteamericano.

—¿Cómo se llama?

—No se lo pregunté.

En la mesa contigua se sienta una familia con dos hijos adolescentes. El camarero, uniformado con frac, les hace entrega de las cartas, que están encuadradas en piel.

—Me pregunto cómo es que ha acabado en la calle —dice.

—Y yo me pregunto qué está haciendo en Viena —digo—. La verdad es que no es precisamente un lugar muy acogedor para gente de ese estilo.

Hacía muy poco que la policía había llevado a cabo una purga de todos los sintecho que rondaban por Schwedenplatz, que desaparecieron en una sola noche. Corría el rumor de que los habían mandado a un pueblecito junto a la frontera húngara. Se hablaba también de lobotomía, esterilización forzosa y matadero. Llega el camarero con lo que hemos pedido. Deposita un pastel de cerezas delante de Rebecca y me deja a mí un Himber Harmonie, un postre en forma de media luna hecha con *mousse* de frambuesas. Pasamos un buen rato sin

decir palabra; lo único que se oye es el sonido del roce de los tenedores de postre contra el plato.

—¿Y piensas ir? —dice por fin Rebecca—. ¿El sábado?

—Aún no lo he decidido —replico.

En realidad, ya he tomado la decisión de volver a verlo. No tengo nada más que hacer.

10

El sábado a las siete en punto me siento en el mismo banco.

Cuando veo que se sienta a mi lado una pareja mayor, los miro con cara de fastidio y echo un vistazo impaciente a mi alrededor. Pasa por delante de mí un ruidoso grupo de niños italianos, todos con mochilas rojas y azules idénticas. Pasa también una señora mayor con abrigo de visón. Una pareja de enamorados cogidos por el hombro. Una madre con un bebé que se está quedando dormido en el carrito. Tres hombres de negocios que ni se cruzan palabra. Dos chicas que se paran a hacerse mutuamente fotos delante de la ópera. Un adolescente que corre hacia la estación de metro. Una mujer alta que se va echando a la boca trocitos de *baguette*. Un chico con un contrabajo en su estuche. Varias parejas de la mano. Pero del tipo greñudo, ni rastro.

Pasan diez minutos. Quince. De pronto me doy cuenta de que soy patética. De que estoy desesperada. De que anhelo con impaciencia tener una cita, o lo que quiera que sea esto, con un vagabundo. Me doy cuenta de lo bajo que he caído y de lo idiota que he sido por pensar que se presentaría. Intento tragar el nudo que se me ha formado en la garganta y sacar el móvil para llamar a Rebecca. Sé que ella no juzgará mi conducta, que se limitará a decirme lo que tenga que decirme. Es evidente que ese hombre está tarado. Que no sabe lo que se pierde. Que en el mar hay infinidad de peces. Que, en cualquier caso, me merezco algo mucho muchísimo mejor (lo cual es evidente: al fin y al cabo, es un vagabundo). Pero me da corte incluso llamar a Rebecca. Han pasado ya veinte minutos.

Y entonces lo veo. Serpentea entre el gentío pedaleando a bordo de una bicicleta de niño. Cuando me ve, su rostro esboza una sonrisa. Varias personas se giran para mirar al gigantesco ciclista barbudo. Se detiene delante de mí y apoya con cuidado la bicicleta contra la papelera que hay junto al banco.

—Llegas tarde —le digo.

—Pensaba que no ibas a venir —dice—. Ha sido Kobra quien me ha dicho que tendría que acercarme para ver si habías venido o no. ¡Y has venido!

Me quedo mirando la bicicleta.

—¿Es tuya? —pregunto.

Mueve su enmarañada cabeza con un gesto afirmativo.

—Sí, la he comprado y todo. Pagué cinco euros por ella.

—¿Se la compraste a un niño?

—No, a un hombre. A un hombre muy pequeño —dice el vagabundo, y se echa a reír.

Me fijo hoy en más detalles. Lleva una camiseta de manga larga verde oscuro, un jersey gris sucio y unos vaqueros llenos de agujeros y con una cuerda de color azul celeste a modo de cinturón. Va descalzo y tiene los pies marrones de tanta mugre. Veo algunos arañazos en las manos y los nudillos de la mano derecha llenos de costras. Me da la impresión de que se ha recortado un poco la barba, a diferencia del pelo, que parece más largo y enmarañado que la otra vez. Pero debajo de todo su vello facial, tiene un rostro atractivo. Si Hagrid, uno de los personajes de los libros de *Harry Potter*, fuese más joven y más guapo, se habría parecido a él. Por otro lado, hoy me doy cuenta de que emite un olor acre y pestilente.

—¿Cómo te llamas, por cierto? —le pregunto.

—Ben —responde—. Y perdona, pero es que no recuerdo cómo te llamabas tú.

—Julia —digo—. ¿Eres un sintecho?

—Sí —responde Ben—. Pero justo salgo de una casa que podríamos intentar ocupar. Kobra y los demás punks siguen allí.

—¿Eres punk?

—No, qué va, pero cuando llegué a Viena me tropecé con Kobra y empezamos a hablar. Luego nos tomamos una botella de vodka a medias y me presentó al resto del grupo. Es posible que venga conmigo cuando me vaya a Berlín.

—¿Y dónde vives?

—En un arbusto que hay en Stadtpark —dice—. Pero corren rumores de que pronto la policía va a echarnos a todos de allí.

Ben y las circunstancias de su vida me tienen tan fascinada que no puedo parar de formularle preguntas.

—¿Cómo acabaste siendo un sintecho?

Ben se rasca la barba, pensativo.

—En realidad no lo soy. Estaba viajando por Europa y me quedé sin dinero.

Vuelve a reír. Es como si todo —incluidas su vida y yo— fuera un gran chiste.

—¿De dónde eres? ¿Dónde naciste?

—Soy de Canadá —responde—. ¿Has estado?

Muevo la cabeza en un gesto de negación.

—No, aunque siempre he querido ir.

—¡Pues tienes que ir! Allí no hay cultura, claro está. Nada que ver con esto. No hay más que un montón de paletos. ¡Pero qué montañas! ¡Y qué aire! No hay nada mejor que estar en Wreck Beach y respirar el aire fresco de la montaña. O ir a pescar con la *pick-up* a Bouleau Lake. ¡Joder, cómo echo de menos Canadá!

Su entusiasmo infantil contrasta de tal manera con su gigantesco tamaño que no me queda más remedio que sonreír.

11

Mientras charlamos, vamos caminando por Ringstrasse, la avenida circular que encierra el distrito primero. Nos compramos unos perritos calientes en un quiosco Imbiss y entramos en un supermercado de la cadena Billa para adquirir una botella de vino tinto. Yo pago el vino y Ben los perritos con una montaña de calderilla que extrae del bolsillo del vaquero. Los borrachos que pululan alrededor del quisco Imbiss observan con interés a Ben cuando empieza a contar las monedas sobre el mostrador metálico. Al ver que tiene suficiente, ponen cara de alivio y casi le dan unas palmaditas en la espalda.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto, antes de darle un mordisco a mi perrito caliente.

—Veinticuatro —responde Ben.

—¿Qué? —me giro hacia él.

—Veinticuatro —repite.

—¿E-estás seguro? —digo, tartamudeando—. Pensaba que eras mayor.

—Es por la barba —dice, señalándosela—. ¿Y tú?

—Casi tre... Veintinueve —respondo.

Ben no solo duerme en un árbol, sino que además es un niño con barba.

—¿Cuánto mides? —le pregunto.

—Seis pies cinco pulgadas —responde—. Creo que es, más o menos, un metro noventa y cinco.

—Cuéntame otra vez cómo acabaste convirtiéndote en un vagabundo —digo—. No alcanzo a comprender cómo la gente puede acabar así. Es decir, entiendo que alguna gente acabe así, pero no alguien como tú.

Al principio, Ben no dice nada.

—Es muy sencillo —responde, al cabo de un rato—. ¿Qué hay más fácil en la vida que dormir donde te venga en gana? Ves un trozo de hierba y duermes allí.

—¿Y en invierno?

—Encuentro alguna casa vacía.

—¿Y no tienes miedo?

—Miedo ¿de qué? —dice, sonriendo—. ¿De que alguien me robe mi viejo

jersey apestoso?

—¿Y quieres vivir así toda la vida? —pregunto.

—¿Por qué no? —replica Ben, encogiéndose de hombros—. No tengo nada de qué quejarme, pero te diré una cosa. El mejor país para un sintecho es Suiza. Cuando el Inglés y yo estábamos en Ginebra, comíamos en distintos albergues tres comidas al día, estupendas todas ellas.

Por lo que deduzco, el Inglés es un escocés loco que Ben conoció en España y que viajó con él a Francia y Suiza. En Ginebra, Ben y el Inglés comprendieron que ya estaban hartos de su mutua compañía y, con ese pragmatismo del que solo los hombres son capaces, decidieron seguir caminos distintos.

—¿Y cómo puedes permitirte viajar de un país a otro?

Ben mueve el pulgar.

—En autostop —dice—. Es evidente que a veces solo vas de zona industrial en zona industrial, o vas a parar a algún barrio de extrarradio de mala muerte, o hace un calor espantoso y no pasa ni un solo coche. Y luego gano dinero cantando desafinado o contando chistes en la calle.

—¿De verdad es posible ganar dinero así? —pregunto.

—Por supuesto que sí. —Sonríe—. El Inglés y yo teníamos un espectáculo y a la gente le encantaba. Pero una vez hubo un tío que nos echó dinero en la caja mientras estábamos sentados, descansando un rato, y corrí tras él para devolvérselo. No soy un mendigo.

—¿Y te gusta dormir tras un arbusto? —pregunto, porque sigo sin asimilar que pueda gustarle vivir como un vagabundo.

—¡Mi arbusto es una pasada! —dice—. Hay espacio para dos y desde fuera no se ve nada.

—Pero ¿un arbusto? ¿No preferirías dormir en una habitación? ¿O sobre un colchón?

Ben se rasca la barba. Le doy un último trago a la botella de vino antes de tirarla a una papelera.

—Sí, claro..., a veces... —empieza a decir—. Sobre todo cuando empieza a refrescar otra vez por las noches. Por eso tengo que encontrar pronto alguna casa.

De pronto, me coge de la mano y seguimos caminando. Tiene una mano tan grande que casi engulle la mía y me doy cuenta de que el latido de mi corazón se acelera cada vez más. Bajo su capa de suciedad, Ben es uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida y hace gala de una asombrosa, y sorprendente, confianza en sí mismo, así como de orgullo y alegría. Su proximidad proyecta en

mi cuerpo una oleada de calor y de repente me doy cuenta de que quiero besarlo. De hecho, quiero sexo con él. Mi único dilema es que el hedor que desprende casi me provoca náuseas.

—¿Por qué no llevas zapatos? —le pregunto—. ¿No te duelen los pies de andar siempre descalzo?

—Cuando estaba en España vi que tenía los zapatos llenos de agujeros — responde Ben—. Al principio les metí un montón de cinta americana, pero era imposible arreglarlos y los tiré al mar. Por desgracia, no fue hasta más tarde que me enteré de que en España es imposible encontrar una talla cuarenta y siete de zapatos, porque los españoles no miden más de metro y medio. De modo que me resigné a ir descalzo. Y en Francia no es que sean mucho más altos, y cuando llegué a Suiza ya me había acostumbrado a andar descalzo. Tendrías que ver los callos que tengo en la planta. Son una locura. ¿Quieres verlos?

—No, gracias —digo.

—Y tú ¿a qué te dedicas? —pregunta Ben.

—Doy clases de inglés en Berlitz —respondo—. Quiero ser escritora, pero, por desgracia, parece que todas las historias que se me ocurren ya están escritas. Es evidente que mi recuerdo subconsciente de los argumentos de las novelas funciona mucho mejor que mi imaginación. Ayer tuve una idea magnífica para una historia sobre un tiburón blanco gigantesco que aterroriza una pequeña población costera. Me emocioné muchísimo, hasta que caí en la cuenta de que era justo la trama de *Tiburón*.

—Algún día llegarás a ser escritora —dice Ben—. A veces, las cosas llevan su tiempo.

—Ojalá pudiera estar tan segura como tú dices —digo.

—¿Y si escribes algo inspirado en tu propia vida? —sugiere.

—Por desgracia, la vida de una profesora de inglés no es para nada excitante —digo—. Aunque una vez tuve una alumna que solo comía cosas blancas, como arroz y yogur. Era curioso, la verdad. Y en una ocasión me preguntó por qué teníamos que utilizar el pasado perfecto continuo, lo cual podría calificarse casi de pregunta existencial. Y hubo un alumno que se negó a tenerme como profesora porque yo le aseguré que cada vez que él decía «*informations*», moría un perrito, y que cada vez que decía «*peoples*»^[4], moría un gatito. Se ve que era un gran amante de los animales.

—¿Cómo fue que acabaste en Viena? —pregunta.

—Ah, fue por... por un chico —murmuro—. Matthias. Es de por aquí.

—Pues ya le tengo manía —dice Ben.

—Cuando nos separamos, decidí quedarme aquí. Llevo casi cinco años viviendo en Viena, y ahora comparto mi vida con Optimus.

A nuestra derecha queda el palacio imperial de Hofburg y es la segunda, o tal vez la tercera vez, que pasamos por delante de él. Me fijo en su reloj y me doy cuenta de que Ben y yo llevamos casi tres horas andando. Veo que Ben está dándole vueltas a algo.

—¿Cuánto tiempo llevas con ese tal Optimus? —pregunta por fin.

—Solo unas semanas, pero tengo la sensación de que quiere romper. Ha empezado a arañar el sofá de un modo bastante pasivo-agresivo.

Ben parece aliviado.

—¡Es un gato! —exclama—. Cuando has dicho Optimus, he pensado que a lo mejor estabas viviendo con un tío de los Ángeles del Infierno. Suelen tener nombres raros de ese estilo. Como el Hacha. O Apache. Ya me estaba imaginándome obligado a darle una buena paliza.

Me coge la mano con más fuerza.

—No será necesario —replico—. Mi novio de los Ángeles del Infierno estará ausente hasta 2028. Ya sabes que con los asesinos triples suelen ser bastante duros.

Ben se detiene en seco. Se planta delante de mí y me abarca la cara entre ambas manos. A pesar de que no soy bajita, tengo que ponerme de puntillas para poder besarlo. Pero en el instante en que nos besamos, me veo forzada a apartar la cabeza y dar un paso atrás porque el hedor que lo envuelve es insoportable.

—¿Ha sido demasiado pronto? —pregunta con inseguridad Ben.

Muevo la cabeza en sentido afirmativo.

—No has pedido aún permiso a mis parientes sicilianos —digo—. No, en serio, ¿podrías darte una ducha y lavarte la ropa en algún lado si es que tenemos que volver a vernos?

—Oh, no, ¿huelo?

Asiento de nuevo y Ben suelta una carcajada.

—¿Y no te parece sexi y varonil?

Niego con la cabeza.

—Tendría que ir pensando en volver a casa —digo.

—No —dice él, suplicante, cogiéndome de nuevo la mano.

—Sí.

No le menciono que me están empezando a doler los pies. Aparte de eso, durante las horas que he pasado con Ben me he divertido mucho más de lo que me imaginaba, y este hecho sorprendente es algo sobre lo que tendré que

reflexionar cuando llegue a casa.

—¿No te apetece venir a mi arbusto? —pregunta, con una sonrisa ganadora—. He puesto suelo de cartón.

—¿Suelo de cartón? —digo.

—Y una lona que birlé de un restaurante.

—¿Suelo de cartón y una lona? —Meneo la cabeza con incredulidad—. Debo de estar loca por rechazar una oferta como esta, pero tendrá que ser en otra ocasión. Y tú tendrías que volver a Karlsplatz y recuperar tu minibicicleta antes de que alguien te la robe.

Ben me coge la otra mano.

—¿Qué haces mañana? —pregunta—. ¿Volvemos a quedar?

—Tengo cosas que hacer —digo.

Parece decepcionado.

—¿No tienes ni un momento? —insiste—. Por favor, por favor, por favor.

—Lo siento —digo, haciendo un gesto de negación.

—En ese caso, tendré que secuestrarte —dice Ben, haciéndome un repentino placaje.

Me levanta del suelo y echa a correr por la calle cargándome sobre el hombro, sin dejar de reír. Le pego patadas con todas mis fuerzas y lo aporreo con las manos hasta que por fin me suelta. Noto que estoy colorada como un tomate y que el corazón me late a mil por hora.

—¡Para! —digo, empujándolo para apartarlo de mí—. ¡Hoy en día no existe ninguna mujer a la que le guste que la cojan así! Y si existe, será la primera bailarina del *ballet* Kirov y no pesará más de veinticinco kilos. ¡No vuelvas a hacerlo nunca más!

Ben deja de reír y se queda mirándome.

—Y entonces, ¿qué te gusta? —pregunta.

—Caminar el uno al lado del otro —respondo—. Como iguales.

Ambos recuperamos el ritmo de la respiración, pero mi corazón sigue latiendo a más velocidad de lo normal.

—Vale. Lo siento —dice, sonriendo—. ¿A qué hora acabas de dar clases el lunes?

—A las cinco.

—¿Y es en el Berlitz de Mariahilferstrasse? ¿Esa calle comercial tan importante?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Estaré allí.

—Seguramente será más fácil si quedamos en la puerta del Starbucks que hay en la misma calle, un poco más abajo. El que está en la esquina —replico rápidamente—. Es mejor quedar allí.

—Entendido —dice Ben.

Se agacha una vez más para besarme. Me tapo la nariz y me inclino hacia delante frunciendo los labios. Pero en el último instante, me alcanza una oleada de *Eau de Clochard* —una combinación intensa y afrutada de olor a sudor y basuras— y tengo que apartar la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo.

—De acuerdo —dice Ben—. Te prometo que el próximo día no oleré mal.

—Así me gusta —digo, y sonrío.

Cuando he caminado veinte metros, oigo que Ben corre detrás de mí, gritándome. Un hombre con sombrero, cuyo perrito está haciendo sus necesidades, se gira también.

—¡Nos casaremos y tendremos niños! —grita Ben.

Me quedo mirando la gigantesca figura, de la que solo vislumbro ahora la silueta.

—¡Te lo digo solo para que lo sepas! —continúa.

Da media vuelta y echa a andar en dirección contraria. El hombre con sombrero murmura alguna cosa en alemán antes de agacharse con la mano cubierta con una bolsa de plástico. Me quedo mirando al pestilente chico de veinticuatro años de pies sucios y me pregunto si algún día volveremos a vernos.

[4] Tanto *information* como *people* son palabras en inglés que no aceptan plural, de ahí la «amenaza» de la profesora. (N. de la T.)

12

El día siguiente es domingo. Tengo la cama colocada justo al lado de la ventana, así que envuelta en el edredón, me siento y me quedo mirando el patio, con su gigantesco roble. Aparte de una anciana que está ventilando la ropa de cama en el tercer piso del edificio de apartamentos de la izquierda, no se ve a nadie más, de modo que sigo mirando el árbol. Pienso en Ben y me pregunto por qué le dije que hoy no tenía tiempo. Al final, llamo a Rebecca para ver qué hace. Y qué voy a hacer yo.

—Voy de camino a Heldenplatz —dice—. Jakob corre un maratón.

Se oyen voces de fondo.

—No sabía que Jakob corriese —digo.

—Acaba de empezar. Le preocupa hacerse viejo. —Se oye muy cerca el zumbido de una vuvuzela—. Ayer corrió cinco kilómetros.

—Oh, eso está bien —replico—. Dicen que cuando te has quitado de encima esos cinco primeros kilómetros, los restantes treinta y siete no son nada.

—Espera un momento, que tengo otra llamada —dice de pronto Rebecca.

Me vuelve a llamar pasado un minuto.

—Jakob se ha desmayado a doscientos metros de la salida —me explica, sin aliento—. Tengo que ir rápidamente a la UNO City a recogerlo.

—¿Está bien? —pregunto.

—Por lo visto, estaba muy mareado y han dicho que no le dejaban continuar.

—Sus piernecillas de Niño Jesús no están hechas para maratones, solo para fabricar violines —digo—. ¿Quieres que vaya? Podemos hacer como si tú fueras la Virgen María y yo María Magdalena.

—No, tranquila, no pasa nada. Y eso significaría mantener relaciones sexuales con mi hijo. ¡Qué asco! —dice Rebecca—. Nos vemos en Berlitz.

—De acuerdo —digo—. Y espero que Jakob se reponga.

Durante un segundo me planteo llamar a Leonore, pero pensando que solo nos utilizamos mutuamente para tener a alguien con quien salir y que en realidad ni siquiera nos gusta nuestra propia compañía, paso la idea por alto. Miro a mi alrededor y de repente odio mi vida solitaria, y me odio a mí por haberla elegido.

Me levanto de un salto, saco todos los libros de las estanterías y me impongo el triple reto de colocarlos por orden cronológico, de tamaño y de color. Después de una hora y media de meticulosa coordinación, flipo viendo *Me desperté temprano y saqué al perro*, de Kate Atkinson, encajando a la perfección al lado de *No es país para viejos*, de Cormac McCarthy; *Expiación*, de Ian McEwan, al lado de *La joya de la Corona*, de Paul Scott, y así sucesivamente.

Cuando tengo colocados todos los libros, me siento en el sofá y los miro. Optimus salta y se tumba a mi lado. Empiezo a rascarle la barriga hasta que las caricias se transforman en una pelea en broma. Entre ataque y ataque, Optimus abre mucho los ojos, sorprendido, y, por turnos, me lame el brazo, me araña y me muerde. Cuando finalmente se larga, veo que tengo el antebrazo lleno de arañazos y que algunos me sangran incluso; veo también que en el sofá hay manchitas de sangre.

—Sé que lo haces porque me quieres —le digo a Optimus, que ha subido de un brinco al alféizar de la ventana y se lame frenéticamente la espalda.

Sigo mirándome el brazo ensangrentado y decido iniciar una relación con Ben. Tendré la valentía necesaria para cambiar mi vida, experimentar cosas nuevas y, por una vez, seguir el camino menos trillado. O, en este caso, el del hombre menos lavado. Me merezco un poco de sexo, incluso de amor. Y, de todos modos, Ben piensa marcharse pronto a Berlín.

Estoy de pie, delante de la pizarra blanca, y de pronto soy incapaz de recordar cómo se deletrea «*house*». Envío pequeños SOS a mi diccionario de inglés interno, pero no recibo más respuesta que un eco vacío. Presa del pánico, miro fijamente las palabras que ya he escrito en la pizarra:

ANNA LIVES IN A BIG...^[5]

Bettina, Steffi y Hans se quedan mirándome. Oigo que Claire y sus alumnos ríen por alguna cosa en el aula contigua. El rotulador verde se ha quedado inmóvil a un par de centímetros de la pizarra blanca y yo sigo paralizada. ¿Haus? ¿Huoz? «Oh, Anna, mujer, ¿dónde vives?». En un arranque de inspiración, me vuelvo hacia mis alumnos.

—¿Quién sabe deletrear «*house*»? —pregunto, con una sonrisa.

Muy despacio, Hans levanta la mano y le paso el rotulador. Cuando se acerca a la pizarra, tomo asiento en una de las sillas y miro a Bettina y a Steffi. ¿Se habrán dado cuenta de que hoy me estoy comportando de forma extraña? ¿De que no he corregido la mitad de los errores que han cometido y de que Hans nos ha contado tan tranquilo que es Cristo, y no que es cristiano, porque yo he pasado de todo? ¿De que toda la jornada está siendo una larga cuenta atrás hasta que den las cinco, la hora en que es posible que vuelva a ver a Ben?

—*I am afraid of dogs*^[6] —lee lentamente Steffi, directamente del libro.

—*Ich bin erfreut von Hunden* —traduce Hans en voz baja, solo para él, con un gesto de asentimiento.

—No, no, eso significa... —empiezo a decir.

Pero no puedo acabar. De pronto tengo la sensación —no, la seguridad— de que Ben se habrá olvidado de que le dije que quedáramos en Starbucks. Que estará esperándome en la puerta de Berlitz y lo verá todo el mundo. Cuando suena el timbre de las cinco, soy la primera en salir corriendo del aula, a punto de empujar a Bettina para apartarla del paso porque no hace más que perder el tiempo. Voy rápidamente al lavabo para hacer un pipí y luego bajo corriendo la

escalera. Por favor, que no esté en la puerta de Berlitz. Por favor, que no esté en la puerta de Berlitz. Por favor, que no esté en la puerta de Berlitz. Cuando salgo a Mariahilferstrasse, miró a los transeúntes y lo veo de inmediato. Está apoyado contra un árbol, a un par de metros de la entrada, fumando. Me acerco a él con una sonrisa tensa.

—Hola —digo.

—Hola —dice Ben.

Me sonrío y tira al suelo el cigarrillo de liar.

—¿No habíamos quedado delante de Starbucks? —pregunto.

—¿Ah sí? Creía que habíamos dicho en la puerta de Berlitz a las cinco.

—No —digo.

Aliviada, noto que al menos no huele, aunque siempre podría deberse al hecho de que hoy hace más frío. Además, va vestido diferente. Los vaqueros son los mismos, pero lleva una sudadera con capucha grandota que en su día debió de ser azul oscuro. Sigue descalzo.

—Me las he apañado para ducharme en una pensión, pero no he podido lavar la ropa —me explica Ben—. Por suerte, he encontrado algo rebuscando en mi armario. Creo que no huele tan mal.

Orgulloso, da un giro sobre sí mismo para exhibir su nuevo modelito.

—¿Tu armario? —cuestiono.

—Una bolsa de plástico —replica Ben—. La tengo escondida en otro arbusto. Es un milagro que aún no me la hayan robado. Estás muy guapa.

—Gracias —digo.

Miro hacia la puerta de Berlitz y veo que Steffi acaba de salir. Enciende de inmediato un cigarrillo y echa a andar calle abajo. Bettina aparece unos segundos después. Va hablando por el móvil y nos lanza a Ben y a mí una mirada de curiosidad mientras saca del bolso un paquete de tabaco.

—Ayer me pasé el día pensando en ti —dice Ben con una gran sonrisa.

—Anda, vámonos —digo rápidamente.

Paseamos por el distrito primero y compramos toneladas de comida. Al llegar al Volksgarten, donde ya se han marchitado prácticamente todas las rosas, nos sentamos en un banco. Queda solo un rosal en flor, con pétalos blancos y arrugados. Coloco la comida entre los dos. Ben abre enseguida una de las latas de cerveza Ottakringer y se la bebe de un trago.

—¿Bebes mucho? —pregunto.

Por vez primera noto que Ben se siente incómodo.

—Todos los sintecho bebemos —dice por fin, en un tono que sugiere que es

evidente—. De lo contrario, sería imposible dormir. La única forma de dormir como un tronco toda la noche es emborrachándose. Y así tampoco te enteras del frío.

Miro las rosas blancas, a lo lejos, y pienso en lo distintos que son nuestros mundos. El de Ben, donde es esencial emborracharse para sobrevivir a la noche, y el mío, donde la mayor tragedia del día es que la fotocopiadora de la sala de profesores esté estropeada y que Ken me robe mi taza de café favorita.

—¿Cuánto tiempo llevas durmiendo mal? —pregunto.

—Más o menos un año —responde Ben, abriendo otra lata de cerveza.

Parece que soy la única interesada en el pan, el queso, el salami y las aceitunas.

—Y antes de eso ¿qué hacías?

—Estuve un tiempo conduciendo camiones. En Canadá, me refiero. Y trabajé hacienda mudanzas. Luego me pasé un verano entero recogiendo lombrices.

—¡Lombrices! Ni siquiera sabía que eso fuera un trabajo.

Ben asiente.

—En Canadá es muy común. Se trata, básicamente, de un trabajo totalmente ilegal, en el que solo emplean a pakistaníes y vietnamitas, o también a gente desesperada como yo.

—¿Y cómo se recogen las lombrices?

Ben señala hacia sus piernas.

—Llevas un cubo atado a una pierna, que es donde vas metiendo las lombrices, y en la otra pierna tienes un cubo con arena. Y te pasas la noche entera arrastrándote por un campo, agachado. Tienes que untarte las manos con arena para que no se te resbalen las lombrices y asegurarte de que las coges enteras, sin que se rompan. A veces no consigues ni una, pero a veces las coges a miles, sobre todo cuando es la temporada de apareamiento.

—Sueno horroroso —digo.

—Sí, era horroroso —dice Ben—. He tenido tantos trabajos de mierda que había veces que lo único que quería era echarme a llorar. Como lo de las mudanzas: imagínate cargar con los colchones meados de la gente a cambio de unos míseros dólares a la hora. En comparación con aquello, esta vida me parece mucho mejor. ¿Y tú? ¿Cuál es el peor trabajo que has tenido?

Me lo pienso.

—Mis trabajos han sido horribles porque siempre han sido aburridos —digo—. Una vez trabajé de secretaria de un arquitecto que había perdido una parte del cerebro. Fue en un accidente de avión y tenía la frente hundida, justo donde

le faltaba ese trozo de cerebro. El trabajo era espantoso porque me costaba mucho no mirarle la frente cuando me hablaba. Al final, decidí fijar la vista en el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la americana, e imagino que por eso acabó despidiéndome.

—Pero, por lo demás, ¿era normal? —pregunta Ben—. ¿A pesar de que le faltase un trozo de cerebro?

—Creo que sí —respondo—. A veces, sin embargo, era bastante desagradable. Y tenía que tener todos los lápices superafilados, aunque es posible que eso fuera simplemente una manía de los arquitectos, no sé.

—¡Voy a dibujar un rascacielos! —grita Ben—. ¡Un jeque de Dubái me ha pedido que le diseñe un rascacielos que parezca una polla enorme!

—¡No! ¡No! ¡No tengo ningún lápiz lo bastante afilado! —replico—. ¡Mi carrera como arquitecto está acabada!

—¡Eres una secretaria espantosa! —dice Ben—. ¡Todo es culpa tuya! ¡De tener frente, me pegaría un bofetón en ella ahora mismo!

Nos sonreímos.

—A lo mejor resulta que Berlitz no es tan mal empleo después de todo —digo—. ¿A qué se dedican tus padres?

Ben bebe otro trago de cerveza antes de responder.

—Mi madre trabaja como limpiadora y mi padre era albañil. Luego tuvo problemas en la garganta y ahora se pasa el día sentado en casa mirando la tele.

—¿Tienes hermanos?

Ben mueve la cabeza en sentido negativo.

—Solo un primo —dice—. Y murió.

—¿Qué le pasó?

Ben se encoge de hombros.

—Empezó a moverse por Vancouver con gente inadecuada, y eso fue todo.

Nos quedamos un rato en silencio y pienso de nuevo en que vivimos en mundos muy distintos. En el círculo de amistades que comparto con Rebecca, entendemos por «gente inadecuada» a todo aquel adulto que aún se define como integrante del Equipo Edward o del Equipo Jacob de la saga *Crepúsculo*.

—Cuéntame cosas de la gente que has conocido desde que empezaste esta vida de vagabundo —digo, con una sonrisa.

Ben me responde con otra sonrisa.

—¡Swiffer! En Ámsterdam conocí a un albanés al que todo el mundo llamaba Swiffer. Era un adicto consumado, claro está. Pero lo que hacía de Swiffer un tipo único era que le encantaba limpiar. La gente lo invitaba a su casa y, a

cambio de medio gramo de coca, era capaz de pasarse la noche entera sin dormir y limpiando entre raya y raya.

En Ringstrasse, a nuestras espaldas, un tranvía hace sonar la campana. Ben coge finalmente un pedazo de pan y un poco de queso y empieza a comer.

—Luego hubo un serbio, Drago —lo llamábamos Drago & Gabanna—, que solo robaba ropa de diseñador. Entraba en las tiendas, escondía la ropa que robaba debajo de la suya y luego la vendía. Pero no era un hombre muy agradable. Un día pegó a un tipo simplemente porque pensó que le había mirado mal. La verdad es que, cuando eres un sintecho, eres muy vulnerable, ¿sabes? Estando en Ginebra, un grupo de adolescentes vertió gasolina sobre un colega y le prendió fuego simplemente porque estaba durmiendo en el suelo. Como resultado de ello, le quedó la cara destrozada y está completamente ciego.

Ninguno de los dos dice nada durante un buen rato.

—¿Verdad que sé cómo seducir a una dama? —dice por fin Ben.

—Una historia más sobre albaneses limpiadores o sobre gente quemada y soy tuya para toda la vida —replico, con una sonrisa.

—De hecho, eres mi primera novia —dice Ben—. La primera y la última.

Casi me atraganto con una aceituna.

—¿No has tenido nunca novia?

Ben niega con la cabeza.

—He salido con chicas, evidentemente, pero nunca le he encontrado la gracia a eso de tener una relación. Aunque las chicas siempre piensan que si nos acostamos cambiaré de idea. ¿Cuántos novios has tenido tú?

—Unos cuantos —digo—. Aunque ahora, considerándolo en retrospectiva, pienso que en su mayoría eran unos idiotas. ¿De verdad que nunca has tenido novia?

Ben me mira y se encoge de hombros.

—Sabía que el día que la encontrara a «Ella» lo sabría —dice, cogiendo otro trozo de pan—. Y así ha sido. Cuando te vi sentada en aquel banco en Karlsplatz, estuve observándote muchísimo rato y supe que serías mi esposa y la madre de mis hijos.

—¿Me viste sentada en el banco y supiste todo eso? —le cuestiono.

Ben asiente otra vez.

—Mi madre es vidente —dice—. Así que es probable que lo haya heredado de ella. Siempre que acecha algo malo, sueña con perros y, dependiendo de cómo se comporten, sabe lo que va a pasar. Te vi, y eras tan guapa que lo supe, así de simple.

A nuestras espaldas, suena de nuevo la campana de un tranvía. De pronto, noto el cuerpo caliente, como si tuviera fiebre, y la entrepierna me arde.

—Vamos —digo.

[5] «Anna vive en una gran...». La palabra que falta para terminar la frase es «casa», «*house*». (*N. de la T.*)

[6] «Me dan miedo los perros». (*N. de la T.*)

En cuanto llegamos al piso hay sexo. Estamos a punto de hacerlo en el suelo del recibidor, pero consigo arrastrar a Ben hasta mi habitación. Nos arrancamos mutuamente la ropa sin dejar de besarnos. Optimus, que estaba durmiendo en la cama, sale corriendo del cuarto a tal velocidad que tropieza y derrapa hasta darse un golpe contra el marco de la puerta.

—Eres tremendamente sexi —murmura Ben mientras me besa con pasión en el cuello.

El sexo es salvaje, pleno y muy diferente a cualquier cosa que haya experimentado hasta la fecha. Me siento a la vez tímida y atrevida.

—Estoy loco por ti, ¿lo sabías? —dice después Ben—. Haces que me sienta increíblemente débil; ayer estuve hablando tanto de ti que Kobra, al final, me mandó callar.

—Nunca había conocido a nadie como tú —digo con franqueza.

Ben me abraza con tanta fuerza que casi duele.

—Ven conmigo si quieres vivir —me dice Ben al oído con acento austriaco y voz grave.

—¿Otra vez Arnold?

—*Terminator 2*.

—¿Estás seguro de que no es de Schwarzenegger de quien estás colgado?

—¡No caer prendado de ese hombre es imposible! —exclama Ben, haciéndose el sorprendido—. ¿Has visto cómo sonrío?

—Si quieres darte una ducha, adelante —digo.

Cuando Ben se levanta, observo por primera vez su cuerpo desnudo. Está delgado. Debieron de ser las capas de ropa que llevaba encima lo que me llevó a pensar que era más robusto y más grande de lo que en realidad es. Las caderas y la clavícula sobresalen de forma exagerada y se le notan las costillas. No tiene vello en el pecho y veo también que, a pesar de haberme imaginado al típico tipo con el cuerpo cubierto de tinta, no lleva ningún tatuaje. Vamos a la cocina.

—En la ducha hay champú, acondicionador y gel de baño —digo.

—¿Tendrías unas tijeras para poder recortarme la barba? —pregunta Ben.

—Sí, en el armario del lavabo —le digo.

Oigo que Ben abre el grifo de la ducha y rebusca entre los distintos botes que tengo en el suelo.

—Oleré como una niña —dice, riendo.

Mientras se ducha, preparo unos bocadillos y abro una botella de vino tinto. Echo la ropa de Ben a la lavadora y, mientras espero que termine, miro la tele e intento convencer a Optimus para que salga de detrás del sofá, donde se ha escondido. Me doy cuenta de que los huesos de las caderas de Ben me han dejado pequeños moratones en la zona interior de los muslos. Acaricio con cuidado las leves marcas azuladas.

—¿Es una laminadora eso que tienes ahí? —Oigo desde la cocina.

Ben hace su entrada en el salón. Lleva unos pantalones de chándal míos y una toalla en los hombros. Tiene el pelo chorreando. No se ha recortado la barba, sino que se la ha afeitado por completo.

—Caramba. —Es lo único que logro decir.

Le veo la cara por primera vez. Tiene los labios más gruesos y los pómulos más hundidos de lo que parecía.

Ben se acaricia las mejillas con timidez.

—Me siento como si estuviese desnudo —dice—. Como un recién nacido.

—Como un recién nacido de lo más sexi —digo, y me apresuro a añadir—: No hablo en sentido pedófilo, naturalmente. Como un bebé..., como..., bueno, la verdad es que no hay por donde cogerlo. El caso es que estás muy sexi.

Ben salta sobre mí y empieza a besuquearme otra vez el cuello. Me moja la cara con el agua que sigue goteándole del cabello. Y acabamos liados de nuevo, esta vez en el sofá.

15

Claire, de Berlitz, celebra su fiesta de despedida en uno de los bares del barrio de los museos, un acto que condensa todo lo que odio de la vida adulta. Envuelta en una atmósfera de incomodidad, la pandilla de Berlitz toma asiento alrededor de tres inestables mesitas metálicas y tengo la impresión de que todos somos conscientes de que si estamos aquí es única y exclusivamente por miedo a que luego no venga nadie a nuestra propia fiesta de despedida.

—Por Claire —dice Dagmar, levantando su agua mineral.

—Por Claire —repite todo el mundo, levantando sus copas.

Claire también levanta la suya, pero no bebe. Lo cual es posible que tenga que ver con la pequeña bolsa de color naranja de L'Occitane que tiene a sus pies y que contiene el regalito que hemos comprado esta misma tarde después de haber reunido algo de dinero mediante una colecta. La tienda de L'Occitane está justo al lado de la academia.

—¿Por qué has decidido dejar la enseñanza? —pregunta la joven novia búlgara de Randall, a la que acabamos de conocer.

Es la única de entre todos nosotros que no es profesora de idiomas, un detalle que provoca un incómodo desequilibrio en el grupo, sobre todo debido al hecho de que Dagmar ha decidido apuntarse en el último momento.

—Porque he decidido ponerme a estudiar de nuevo —dice Claire—. En Londres.

—Malditos estudiantes —dice Sarah, con un tono que casi suena como si estuviera bromeando.

Todos reímos educadamente.

—Gracias, Sarah —dice Claire.

Todos volvemos a reír educadamente.

—Será muy agradable volver a sentirme en el otro lado —prosigue Claire, desperezándose—. Estar ahí sentada viendo que el otro hace todo el esfuerzo.

—Espero que no te dediques a publicar montones de fotos durmiendo hasta la una de la tarde y cosas de ese estilo —dice Sarah.

Reímos todos educadamente una vez más.

—Qué daría yo por volver a ser estudiante —dice Randall.

Intento mirar discretamente el reloj porque he quedado con Ben en media hora.

—Pues la verdad es que no eres tan mayor para ponerte otra vez a estudiar —dice Karen—. En la universidad tengo varios alumnos mayores que tú.

Karen da además clases en la universidad. Algo que me gustaría mucho más que ganarme la vida trabajando como una esclava en Berlitz.

—Veintisiete años no es una edad exagerada para volver a la universidad —dice la novia búlgara de Randall, apartándole cariñosamente un mechón de pelo que le cae a él en la frente, un gesto de esos que solo se ve en los inicios de una relación.

—Tú no tienes veintisiete —dice Dagmar—. Tienes treinta y cuatro. Lo he visto en tu documentación.

Randall se pone rojo como un tomate y se muestra tanto aterrado como furioso. La novia búlgara se vuelve hacia él.

—¿Que tienes treinta y cuatro? —dice, con los ojos abiertos de par en par.

—Eres un mentiroso, Randall —digo, encantada, pensando que aquella revelación incrementa con creces el interés de la velada.

—¿Qué sentido tiene mentir con respecto a la edad? —cuestiona Mike.

—Como si tú dijese tu verdadera edad cuando buscas trabajo como actor —replica Randall.

La novia exhibe una sonrisa insegura y me doy cuenta de que ha retirado la mano del muslo de Randall.

—¿He entendido bien lo que acabas de decir? ¿Estás comparando a tu novia con encontrar trabajo? —dice Mike.

—¿Cómo has sido capaz de mentirle a tu novia? —pregunta Sarah.

—Sí, Randall, explícate —digo yo, regodeándome.

—Sí, vamos, cuenta —dice Mike.

—Ya vale, ¿podemos, por favor, dejar de hablar del tema? —dice furioso Randall.

Hasta que llega la hora de irme, solo se habla sobre la mentira de Randall. Le doy un abrazo a Claire y le deseo buena suerte con sus estudios.

Como no quiero que me vean con Ben, hemos quedado delante del Volkstheater, que queda cerca tanto del barrio de los museos como de mi piso.

Cuando llego, veo que está sentado en la escalinata de piedra, comiendo una

Manner Schnitte, la popular galleta napolitana austriaca. Debe de haber un intermedio, porque en el exterior del teatro hay un montón de gente de piel muy clara, con gafas y fumando. Algunos sostienen en la mano una copa de champán. Me acerco a Ben con una gran sonrisa y nos besamos.

—¿Intentas mezclarte con los austriacos? —digo, señalando la Manner Schnitte que tiene aún en la mano.

—Es lo más asqueroso que he comido en la vida —dice Ben, y tira la napolitana—. Y eso que he comido galletas para perros.

—¿Porque tenías hambre? —pregunto.

—No, en la escuela —responde—. Me parecía divertido.

—Una vez me comí un yogur de frambuesas casi entero antes de darme cuenta de que estaba lleno de moho —le explico.

Nos besamos otra vez.

—Llevo todo el día caliente pensando en el momento de volver a verte —dice Ben, agarrándome por el culo.

—Delante de la élite cultural austriaca no se hacen estas cosas —digo, riendo.

—¿Julia? —Oigo que dice alguien a mis espaldas.

Me giro y veo a Sarah, que debe de haber salido de la fiesta de despedida de Claire detrás de mí. Mierda.

—Perdón, no quería molestar —dice—. Solo quería ver si eras realmente tú. No sabía que...

Deja la frase sin terminar y mira a Ben y a continuación a mí.

—Hola, soy Ben —dice Ben, tendiéndole la mano—. Lo siento, acabo de tocarle el culo a Julia con esto.

—Yo soy Sarah —replica Sarah, haciendo caso omiso a la mano tendida—. Creo que no nos conocemos. ¿Vives en Viena?

—Sí —responde Ben—. En un arbusto de Stadtpark.

—No vive en ningún arbusto —digo, como si Ben acabase de hacer un chiste.

—Sí que vivo en un arbusto —insiste Ben.

—A veces —añado rápidamente—. Solo a veces. En verano. Para respirar aire fresco.

—¿Y por qué? —pregunta Sarah.

—¿Por qué no? —dice Ben, encogiéndose de hombros.

—Es como si te sintieras orgulloso de ello —dice Sarah, y de pronto recuerdo que puede comportarse como una auténtica bruja.

Se oye un timbre en el teatro y la gente que ocupa la escalinata tira las colillas y vacía las copas de champán antes de volver a entrar. El murmullo que nos

rodea se apaga.

—¿Por qué no tendría que sentirme orgulloso de ello? —pregunta Ben.

—Porque es raro sentirse orgulloso de una cosa así —responde Sarah.

—¿Tú crees? —le suelta Ben.

Tengo la sensación de que, si permito que el intercambio continúe, la pelea no tardará mucho en estallar.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunta Sarah.

—Es una larga historia y ahora tenemos que irnos —digo—. ¡Adiós, Sarah!

Arrastro a Ben por Neustiftgasse y maldigo el pequeño mundo vienés de Berlitz y del teatro, que en ocasiones puede ser asfixiantemente incestuoso y chismoso. Mi secreto ha salido a la luz: Sarah comparte piso con Markus, que sale con Ziggi, que ayuda a Leonore con el atrezo y el vestuario de su nueva obra, así que Markus se lo contará a Ziggi, que a su vez se lo contará a Leonore, que se encargará de difundir la noticia a todo el mundo. Mi breve y dulce hibernación con Ben ha tocado a su fin, definitivamente.

16

A partir de ahí, Ben viene a buscarme al trabajo prácticamente a diario. Después de recibir instrucciones detalladas, ha aprendido a esperarme delante de Starbucks. Su aspecto de vagabundo, no obstante, se ha atenuado un poco con la barba afeitada y después de haberse lavado el pelo a fondo en mi casa un par de veces. Feliz como un niño, suele llegar casi siempre con un plan de cosas que hacer.

—Vamos, iremos a Donauinsel —dice un día que termino antes de lo habitual.

—Para eso tendríamos que ir en metro —digo.

La situación financiera de Ben es un asunto que no comentamos nunca y por eso intento evitar contextos en los que pueda salir a relucir el tema del dinero.

—Y comprar una entrada... —añado con delicadeza.

—Hoy he ganado algo de dinero —dice—. Pasaba por delante de una tienda y he visto a un tipo que se disponía a limpiar los cristales. Le he preguntado si necesitaba ayuda y se ha alegrado tanto de no tener que hacer él el trabajo que me ha pagado veinte euros. Y solo me ha llevado un cuarto de hora.

De camino hacia la isla artificial alargada del río Danubio, Ben se pone a hablar con un rastafari que toca la guitarra y en un abrir y cerrar de ojos inician una discusión sobre las diferencias de actuar en la calle en distintos países (Londres = imposible, Barcelona = buen dinero, Ámsterdam = mejor público). Al despedirse, Ben le promete acudir a una fiesta que el rastafari celebra de aquí a un par de semanas.

—Cuídate, tío —dice el rastafari.

—Tú también —dice Ben.

—Eres capaz de hablar con todo el mundo —le comento en cuanto salimos del metro—. Creo que hasta la fecha te he visto hablar con al menos cuatro desconocidos.

—Siempre soy así —dice—. Ni siquiera me lo pienso. ¿Cómo quieres, si no, que conozca a gente nueva?

Bajamos la escalera. Es un día cálido de otoño y hay mucha gente entrando y saliendo de la isla. Se oye música en un bar.

—Si lo hiciera una mujer, la gente pensaría que está loca o que está pidiendo a gritos que la violen —digo—. O ambas cosas.

—No —replica Ben.

—Sí, por desgracia, las cosas funcionan así —digo, asintiendo.

—No —repite él—. ¿Por qué tendría que ser como dices?

—Porque... porque... —empiezo a decir—. Por las razones que acabo de exponer. Las mujeres no podemos ponernos a hablar con desconocidos tal y como tú haces. Tú puedes hacerlo porque eres un tío, porque eres alto y porque pareces fuerte.

—Eso no es verdad —dice Ben—. Conozco a muchas chicas que lo hacen. ¿Cómo te lo montas tú para conocer gente nueva? ¿O acaso nunca has conocido gente nueva?

—Conozco gente nueva constantemente —replico.

—¿Dónde?

—En el trabajo —le explico—. Y es muy fastidioso. La gente nueva es lo peor.

—¡Eso que dices es una locura! —exclama Ben—. Si piensas así, te pasarás la vida siempre con la misma gente.

—Es posible —digo—. Pero cuando llegas a cierta edad, dejas de buscar nuevas amistades. Y si no lo haces, lo más probable es que tengas algo que no te está funcionando del todo bien.

Encontramos un lugar cerca del agua, no muy alejado de la estación de metro, y nos sentamos. A nuestro alrededor, veo a varios chicos sin camiseta. Pasan dos patinadores a toda velocidad. Un poco más lejos, una chica arroja al agua un hueso de plástico de color rosa y su golden retriever se lanza al agua para ir a buscarlo. Una joven familia ha extendido sobre el suelo una manta de pícnic, pero los dos niños parecen más interesados en remover la hierba con dos palitos.

—Voy a saltar desde el puente —anuncia Ben de repente.

Se levanta de un brinco y se quita la camiseta. Se dirige rápidamente hacia el puente que cruza el río, donde una pasarela corre a un segundo nivel por debajo de las vías del metro. Miro hacia el puente y calculo que la caída hasta el agua tiene que ser como mínimo de quince metros. Lo veo encaramarse a la barandilla. Un grupillo de chicos turcos, vestidos todos con pantalones vaqueros blancos, se congrega a su alrededor en cuanto comprenden que se dispone a saltar. Ben me saluda con la mano.

—¡Hola! —le oigo gritar.

Le saludo también y noto que se me suben los colores. Y entonces salta,

doblando las piernas, recogiénolas contra el pecho y abrazándose las. Se sumerge en el agua con un golpe sordo y los chicos del puente aplauden y silban. Con una sonrisa de oreja a oreja y las mejillas sonrosadas, Ben se acerca nadando a la orilla y llega hasta donde yo sigo sentada. Cuando sale del agua, se sacude como un perrito.

—¿No te daba miedo la posibilidad de darte un panzazo? —le pregunto.

Me mira como si ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza.

—No —responde—. Siempre me ha salido bien. La única vez que me salió mal fue un día que estaba borracho y me torcí el tobillo.

—A lo mejor también tendría que plantearme saltar —digo pensativa, mirando hacia el puente.

—Eso sí que nunca lo permitiría —dice Ben.

—¿Que nunca «lo permitirías»? ¿Eres acaso mi institutriz victoriana? ¿Por qué no?

—Porque no estás lista para ello —dice—. Ni preparada.

—De todos modos, no me apetece saltar del puente —digo, algo malhumorada.

Enderezo la espalda y me vuelvo hacia él.

—Ben —digo—, me gusta ser organizada. Me gusta la vida sin sorpresas. Me gusta pagar las facturas. Me encanta hacer rompecabezas. Y estoy segura de que llegará un día en que empezaré a hacer crucigramas. Y después de eso, será casi inevitable que empiece a acudir a convenciones de crucigramistas con la esperanza de conocer a otra gente a la que le guste resolver crucigramas, hacer rompecabezas y pagar las facturas. Porque tiene que haber más gente así. Y me apetece, la verdad. No es algo de lo que me avergüence. Sé que soy una tía enrollada. Pero no entiendo por qué tú me consideras una tía enrollada.

Se queda mirándome.

—Porque eres bonita y porque tienes un corazón bonito —dice.

—Eso no lo sabes —digo—. En una ocasión, no corregí a una alumna cuando dijo que era un vegetal, en vez de decir que era vegetariana, por el simple hecho de que me pareció gracioso. Y lo más probable es que ahora vaya por el mundo diciéndole a la gente que es un trozo de materia vegetal inanimada. Una buena persona jamás habría hecho eso.

—Lo sé —dice Ben—. Sé que tienes buen corazón. Son cosas que se ven. ¿Por qué quieres, si no, estar conmigo?

—¿Tenía otra elección? —digo.

Me mira con extrañeza.

—Nunca había conocido a nadie como tú —continúo, y me encojo de hombros—. Y siempre estás de buen humor.

—¡Pues claro que sí! Hay que estarlo —exclama Ben alegremente—. En la vida hay tanta mierda que tienes que centrarte en las cosas positivas. Siempre hay alguna cosa por la que sentirse feliz. Incluso cuando me moría de hambre y dormía en una cuneta, seguía habiendo alguna cosa de la que reírse.

Se tumba a mi lado y cierra los ojos mientras yo sigo mirándolo y empiezo a percibir una sensación en el pecho —un no sé qué cálido, como un aleteo— que llevaba muchos años sin sentir. A pesar de ello, soy plenamente consciente de que no tenemos futuro. Ben es un vagabundo de veinticuatro años de edad sin ningún tipo de estudios. Sin zapatos. No quiero una relación a largo plazo, y mucho menos casarme, con alguien que trabaja haciendo mudanzas o recogiendo lombrices, con alguien que no tiene perspectiva alguna de futuro.

—¿Por qué no fuiste a la universidad? —le pregunto.

—¿Tan importante es ir a la universidad? —dice Ben con fastidio, abriendo los ojos y mirándome.

—No —respondo, mintiéndole.

—A mis padres les daba igual —me explica Ben—. Mi padre es de los que piensa que los «hombres de verdad» trabajan y no van a la universidad. Mis padres nunca me ayudaron con los deberes, y cuando pedía ayuda, mi padre se limitaba a refunfuñar y decir «¿Acaso no te lo enseñan ya en la escuela?». La mejor manera de aprender, según él, era con el cinturón que guardaba colgado de un clavo en la pared.

—A lo mejor es algo que deberías plantearte —digo—. Lo de retomar los estudios. Aquí es gratis.

—Eso nunca va a pasar —replica.

Me sorprende lo mucho que me molesta la respuesta de Ben, pero me digo que da igual. Ben se marchará pronto para seguir su periplo por Europa y yo volveré a mi antigua vida.

Nos tumbamos en silencio el uno junto al otro para disfrutar del sol otoñal y escuchar el suave murmullo del río, las voces de nuestro alrededor y la música del bar, donde en estos momentos suena *What is Love*, de Haddaway. La mano de Ben localiza la mía y entrelazamos los dedos.

—¿Qué crees que estará haciendo ahora mismo esa gente a la que le gusta tanto pagar facturas? —pregunta Ben pasado un rato.

—Estará aún vagando por el desierto —respondo.

Cuando anochece, volvemos a coger el metro y vamos a mi casa.

Leonore me ha propuesto quedar en el Café Westend, al final de Mariahilferstrasse. Cuando llego, ella ya está, lo cual representa la primera señal de alarma. El público de la cafetería es una combinación de gente joven charlando con excitación y pensionistas encorvados que cortan sus *schnitzels* y sus patatas hervidas a paso de tortuga. En una de las mesas, tres hombres de cara curtida parece como si estuviesen hablando de Audis robados. De no haber sabido que encontrar aparcamiento cerca es muy fácil, me habría preguntado por qué Leonore había elegido un lugar de tan baja calidad para sus estándares.

En cuanto Leonore me ve, se levanta y nos saludamos dándonos un beso en la mejilla.

—Y bien —empieza—. ¿Vienes directa del trabajo?

Muevo la cabeza afirmativamente y cuelgo la chaqueta.

—¿Y qué tal ha ido? —pregunta.

—¿De verdad quieres saberlo? —replico, y tomo asiento.

Radiante, Leonore asiente con la cabeza. Es la segunda señal de alarma.

—Tengo un alumno que, no sé por qué, tengo también como amigo en Facebook y LinkedIn —empiezo a contarle—. Y resulta que lo han promocionado en el trabajo. Razón por la cual actualizó sus datos en LinkedIn para incorporar ese nuevo puesto de trabajo. Y resulta que a muchísima gente le gustó su nuevo puesto de trabajo. Y mi alumno puso también que le gustaba su nuevo puesto de trabajo. De modo que puse que me gustaba su nuevo puesto de trabajo y que me gustaba que a mi alumno le gustara su nuevo puesto de trabajo. Pero luego, en clase, a mi alumno no le ha gustado nada que le dijera que me gustaba su nuevo puesto de trabajo. Y durante la pausa, mi alumno ha quitado el «Me gusta» de su nuevo puesto de trabajo. —Meneo la cabeza con preocupación—. Ser amiga de los alumnos es como meterse en un campo de minas. Es mejor no ser amigos. Y es una lección que tendría que haber aprendido de sobra a estas alturas. Es como un partido de fútbol entre soldados enemigos en Nochebuena durante la Primera Guerra Mundial. Siempre llega un momento en que vuelven a ser soldados alemanes y británicos que se matan entre ellos. Y antes de eso he

dado clase a dos alumnas de la misma empresa que tengo la sensación de que se odian. He acabado ejerciendo tanto de diplomática como de profesora. Y antes de eso he estado haciendo trabajo de tutoría con una adolescente de quince años que lleva un bolso de dos mil euros, pero sigue siendo incapaz de utilizar «*could*» y «*would*» correctamente.

Me doy cuenta de que Leonore no ha escuchado ni una palabra de todo lo que le he contado. Tiene todos los músculos del cuerpo preparados para cuando salga la oportunidad de hablar.

—¿Qué tal van los ensayos? —pregunto.

Leonore vuelve a cobrar vida como un muñeco que sale de una caja de sorpresas.

—Oh, ayer los actores se marcharon de la sala de ensayo en tal estado que casi lo mando todo a paseo —responde—. ¿Se creen que soy su esclava o qué? Por cierto, ¿sigues saliendo con ese sintecho? Me lo comentó Sarah.

No puedo evitar sonreír.

—Leonore, ¿pretende esto ser algún tipo de intrusismo? ¿No tendría que haber más gente presente, de ser así?

—Lo único que deseo es asegurarme de que sabes lo que haces —dice.

—Sé lo que me hago —digo.

—De que no se aprovecha de ti.

—No se aprovecha de mí.

—De que no te hará ningún daño.

—No me hará ningún daño.

—De que esto no termine contigo llegando un día a casa y descubriendo que tu aparato de vídeo ha desaparecido y nunca más vuelves a saber de él.

—No estamos en 1987 y, por lo tanto, no tengo aparato de vídeo —digo—. De modo que, si se llevara alguna cosa, probablemente sería el reproductor de DVD.

—Es un sintecho, Julia —dice Leonore—. ¿Qué futuro tenéis? ¿Tiene algún tipo de estudios? ¿Posee experiencia laboral? ¿Le has dado dinero?

Me quedo, por fin, sin responder. Sus preguntas me ponen la musculatura rígida y tensa. De pronto, y a pesar de que cada vez estoy más furiosa con Leonore, tengo la sensación de que voy a romper a llorar.

—Solo quiero asegurarme de que te lo has pensado bien —dice Leonore.

Intento controlar la voz para no revelar la mezcla de rabia y tristeza que me embarga.

—Agradezco mucho que te preocupes por mí, Leonore, y, de verdad, estate tranquila porque sé lo que me hago. No tengo planes de iniciar ningún tipo de

relación sería ni de casarme con él. Sobre todo porque muy pronto se marchará a Berlín y después, supongo, volverá a Canadá. Por otro lado, soy una mujer adulta y me siento un poco insultada por tener que justificar mis relaciones.

A decir verdad, Ben no ha vuelto a mencionar lo de Berlín desde nuestra primera cita y a veces casi confío en que se quede en Viena. Cuando esto sucede, me obligo a recordarme que lo nuestro no es más que una breve aventura.

—Sarah me comentó que se mostró muy agresivo —dice Leonore.

—¿Qué? —exclamo—. En absoluto.

—Pues dijo que se comportó de un modo extremadamente agresivo cuando ella le formuló un par de preguntas sencillas.

—Sarah es idiota —digo—. Si alguien se mostró agresivo, fue ella.

—Deseo que te enamores y seas feliz. Pero este chico no me parece adecuado para ti.

Mi cuerpo sigue rígido y no quiero mirar a Leonore a los ojos. Pienso en el día en que me contó que después de renunciar a su trabajo como consultora de una multinacional y pasar por alto la idea de tener una carrera profesional propia, su vida sexual con el Hombre Beis mejoró mucho. Es una de las cosas más trágicas que he oído en mi vida.

—No es necesario hablar sobre el tema ahora —dice Leonore—. Lo único que te pido es que pienses en lo que te he dicho. En el mundo hay muchos chicos aventureros aparte de ese sintecho.

—¿Aventureros? —pregunto, mirando a Leonore.

—Sí —responde—. Es evidente que eso es lo que buscas. Y no es el único, te lo aseguro.

—No busco chicos aventureros —digo.

—Vale, ya basta por hoy —dice Leonore.

Aliviada, veo que cambiamos de tema y empezamos a hablar sobre una amiga mutua que se marcha a vivir a Dubái, sobre los planes de Leonore para renovar su cocina, sobre la última obsesión de Leonore con los alimentos crudos y sobre más cosas relacionadas con Leonore. Pero, de pronto, Leonore agita la mano.

—¡Gernot! —grita.

Se acerca a nosotras un tipo sombríamente vestido y con mirada melancólica. Al instante comprendo lo que trama Leonore y me pregunto qué probabilidades hay de que acabe hospitalizada si le echo por encima mi *wiener melange*.

—Ven y siéntate aquí —le dice Leonore, encantada de la vida—. Te presento a mi amiga Julia.

Gernot y yo nos damos la mano. Es más bajo que yo y me da la impresión de

que no supera los veintidós años.

—¿Qué tal va todo? —le dice Leonore.

—No muy bien —dice Gernot, moviendo la cabeza en un gesto de preocupación—. Vuelven a dolerme los ojos.

Se acerca un camarero y le toma nota.

—Y tendría que limpiar mi apartamento —continúa Gernot en cuanto se marcha el camarero—. Pero... no puedo.

La razón por la cual Gernot no puede limpiar su apartamento acaba siendo un misterio.

—Gernot me ayudó un poco con mi página web hace un par de años —me explica Leonore—. Así nos conocimos.

—Está muy bien —digo.

Gernot fija una mirada triste en la distancia.

—Trabaja en informática —dice Leonore.

—Está muy bien —vuelvo a decir.

De pronto, Leonore mira el móvil.

—¡Oh, no! —exclama—. Tengo que irme. Pero vosotros quedaos. ¡Pago la ronda!

Leonore se larga antes de que a Gernot o a mí nos dé tiempo a decir cualquier cosa. Treinta segundos más tarde, me envía el siguiente mensaje de texto: *Gernot estuvo a punto de escalar el Grossglockner. ¡¡¡Es un aventurero!!!*

Guardo el teléfono e intento pensar en algo de qué hablar con «Gernot-que-estuvo-a-punto-de-escalar-el-Grossglockner». Hubiera preferido volver a casa, pero Gernot tiene el aspecto de cargar con todo el peso del mundo sobre sus espaldas y no tengo valor para aumentar más aún sus desgracias.

—Pues bien..., Gernot —digo—. ¿Y qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

Gernot se lo piensa un momento.

—Me gusta estar en contacto con la naturaleza —responde.

Intento encontrar alguna pregunta para seguir con el tema.

—¿Y qué te gusta hacer cuando estás en contacto con la naturaleza?

—Oh, simplemente estar al aire libre.

Nos quedamos unos segundos sin decir nada.

—¿Dónde vas cuando estás en contacto con la naturaleza? —pregunto al final.

—Por los alrededores de Viena.

—Y... ¿te gusta cocinar? —pregunto.

—A veces —responde Gernot.

—Utiliza frases completas —digo, corrigiéndolo.

—¿Qué?

Noto que me suben los colores.

—Me refiero a que es mejor responder con frases completas —le explico—. Como «A veces me gusta cocinar». De este modo, los idiomas se aprenden más rápidamente.

Gernot no dice nada.

—Trabajo como profesora de inglés en Berlitz —le explico, disculpándome—. Y, por lo visto, soy víctima de una deformación profesional.

El rostro de Gernot se ilumina de repente.

—Entonces tal vez puedas explicarme por qué en las películas americanas siempre dicen «*What's up?*» —dice Gernot—. ¿Qué quieren decir con ese «*up*»? ¿Por qué «*up*»? ¿Por qué no «*down*»?

Carraspeo para aclararme la garganta antes de empezárselo a explicar con las palabras que resulten más fácilmente comprensibles y la pronunciación más clara posible.

—Hay quien defiende que es una forma abreviada de decir «*What's up with you?*», mientras que otros opinan que es una forma abreviada de decir «*What's the up-date?*» —le explico—. Pero no es más que una expresión de jerga estúpida que no debería utilizarse, puesto que en realidad tu interlocutor no puede darte una respuesta.^[7]

Gernot parece decepcionado.

—¿Y sabías que la respuesta correcta a «*How do you do?*» es «*How do you do?*»^[8] —digo, intentando consolarlo—. Respondes a una pregunta con otra pregunta. Gracioso, ¿verdad? Aunque, claro está, es un saludo que la gente utiliza poco hoy en día. Excepto en *Downton Abbey*.

—Nunca he visto *Downton Abbey* —dice Gernot—. No me gustan esas series.

—A mí tampoco —digo—. Pero supongo que utilizan ese tipo de expresiones.

Volvemos a sumirnos en el más absoluto silencio porque ambos nos hemos dado cuenta de que no tenemos ni idea de qué hacemos aquí. Miro de reojo a los hombres con chaquetas de cuero de imitación y pienso que preferiría estar sentada con ellos discutiendo si debemos confiar o no en Sergei. Al final, decido levantarme.

—Gernot —digo—. Ha sido un placer conocerte, pero tengo que irme.

—De acuerdo —dice Gernot, y su voz suena un poco como la de Eeyore.

Salgo del Café Westend y, de camino a casa, me doy cuenta de que estoy tan enfadada con Leonore que hasta me tiembla el cuerpo entero. Es evidente que mi relación con Ben le fastidia. Pero ¿por qué soy incapaz de comprender por qué

su reacción me da tanta rabia y, a la vez, me da motivos para seguir adelante? Pienso que es posible que sea porque, en realidad, me gusta el hecho de que pueda estar viéndome bajo un prisma completamente distinto.

Aunque nunca lo hemos hablado oficialmente, Ben se muda a mi casa con su bolsa de plástico. Hago un poco de espacio en uno de mis cajones y encuentro para él un cepillo de dientes nuevo y un peine en el cajón de los trastos. Ben finge que le gusta Optimus y Optimus empieza a hacerse pipí en los zapatos nuevos de Ben.

[7] La expresión «*What's up?*» podría traducirse, en términos generales, como «¿Qué pasa?» o «¿Qué sucede?». Gernot pregunta por qué en esta expresión se utiliza la palabra «*up*», que significa «arriba», y no «*down*», «abajo». Julia le ofrece dos posibles explicaciones: la abreviatura de «*What's up with you?*», que se traduciría como «¿Qué pasa contigo?» o de «*What's the up-date?*», que se traduciría como «¿Qué hay de nuevo?». (*N. de la T.*)

[8] Se trata del saludo inglés más formal entre dos desconocidos y podría traducirse como «Mucho gusto» o «Encantado». Se replica con la misma expresión. (*N. de la T.*)

Descubro encantada que Ben me limpia el piso a diario y es muy cuidadoso con mis cosas. Aparte de la foto plastificada de Arnold Schwarzenegger caracterizado como Conan el Bárbaro que aparece un día pegada a la puerta de la nevera, todo sigue donde estaba normalmente. Resulta, además, que es un cocinero fantástico. Ben me explica que cuando tenía seis años empezó a ver los programas de cocina que daban en la tele y a intentar emular a los chefs que salían en ellos incorporando a todo pequeñas guarniciones de ensalada, que en su caso consistían en hierba que olía a pipí de perro y que arrancaba de la acera de delante de su casa, en Burnaby.

Al salir del trabajo, de camino a casa, solemos pasar por Billa para comprar comida. Mientras yo me siento en la cocina con una copa de vino, Ben se dedica a cortar verduras o a aderezar debidamente una olla enorme de chili con carne o salsa de tomate. Ben se quedó horrorizado al descubrir que yo lo cortaba todo con un pequeño cuchillo mal afilado, de modo que decidimos comprar un cuchillo de chef como Dios manda.

—Ahora que ya no parezco el Yeti, y que he empezado a utilizar otra vez zapatos, he pensado que tendría que intentar encontrar trabajo —comenta Ben un día mientras sigue cocinando. En el exterior, ya es noche cerrada—. Si sigo quedándome encerrado en tu piso, acabaré volviéndome loco y, además, nunca he sido de los que les gusta vivir del dinero de los demás.

—Creo que los canadienses pueden trabajar en Austria —digo—. Legalmente, me refiero.

He estado mirándolo en secreto por Internet.

Ben menea la cabeza.

—No, los trabajos de verdad son difíciles de conseguir —dice—. Me encargaría mejor alguna cosa pagada en negro. Me han dicho que si los lunes a las siete y media de la mañana te plantas delante de la iglesia polaca del distrito tercero, vienen, te recogen y luego te llevan a trabajar a alguna obra de las afueras.

—Ya —digo, e intento disimular mi decepción. No era precisamente el tipo de

trabajo que me había imaginado—. ¿Y le has dado más vueltas a la idea de estudiar? —pregunto—. Podrías ponerte a trabajar y también estudiar. ¿Hay algún tema que te interese?

Ben, de entrada, no dice nada.

—Tal vez algo relacionado con los coches —dice por fin—. Siempre me han interesado las máquinas rápidas y esas cosas.

—¿Lo ves? —digo—. A lo mejor en la Universidad de Viena hay algún tipo de curso subvencionado sobre Máquinas Rápidas y Esas Cosas.

—No, lo de los estudios nunca ha ido conmigo.

—Reflexiónalo un poco —digo.

Ben abre otra cerveza. Intento dejar de contar cuántas cervezas debe de haber bebido ya hoy. Nueve.

—¿Qué comías cuando vivías en la calle? —pregunto.

—Siempre comida de la mejor —responde—. Si hay que robar, que sea al menos de la mejor calidad posible.

—¿Y nunca te pillaron?

Ben estalla en carcajadas y mueve la cabeza en sentido afirmativo mientras sigue cortando apio.

—Sí, una vez, en Ámsterdam. Cometí el error de robar un pollo congelado y escondérmelo en la chaqueta. Pasé dos días encerrado en el calabozo de una comisaría holandesa. Pero fueron muy amables, la verdad. Te dejaban fumar diez cigarrillos al día y podías utilizar un pequeño ordenador para ver la tele o jugar al Tetris. Para comer, te daban pan blanco con semillas por encima.

Escucho fascinada las interminables historias de Ben. Historias sobre el camionero que los invitó a él y al Inglés a su casa, cuando estaban en España, con la intención de que mantuviesen relaciones sexuales con su gorda esposa mientras él los miraba. Sobre el día que, estando en Ginebra, un nigeriano loco tomó LSD y habría atacado a un policía con un hacha de no habérselo impedido Ben. Sobre aquella ocasión en la que el Inglés y él encontraron un billete de cincuenta euros en una calle de Lyon y fueron a un restaurante chino tipo bufet y acabaron echándolos porque se lo comieron todo. Un mundo que existía paralelo al mío y del que nunca había tenido constancia. Un mundo muy alejado de mi cálida cocina, que ahora tiene los cristales de las ventanas empañados y huele a cebolla frita, albahaca y ajo.

Al darme cuenta de que Ben apenas lee, asumo la responsabilidad de ayudarle

a descubrir el maravilloso mundo de los libros. Compró en secreto libros que creo que le gustarán y que no son muy complicados. Empiezo con obras tempranas de Stephen King y Michael Crichton. Finjo que las redescubro en la estantería y comento, con el tono de voz más desenfadado posible, que tal vez le resultarían interesantes. Cuando veo que empieza a leerlas y que acaban gustándole, me siento como una bibliotecaria orgullosa. El primer libro que lee de principio a fin por iniciativa propia es *Parque Jurásico*, de Michael Crichton.

Cuando descubro que tampoco ha visto muchas películas clásicas, pasamos las noches de otoño viendo *El hombre que pudo reinar*, *Fitzcarraldo* y *Amenaza en la sombra*.

Lo llevo a lugares de Viena que ni siquiera sabía que existían, como el Hundertwasser, el edificio de forma irregular repleto de árboles y arbustos, las criptas del subsuelo de la catedral de San Esteban, con sus miles de calaveras, y el secreto perfectamente guardado de la casa natal de Hitler, en el distrito sexto. Le enseño los lugares donde el movimiento de la resistencia dejaba grabados sus mensajes durante la Segunda Guerra Mundial, la Casa sin Cejas, en Michaelerplatz y el lugar donde murió W. H. Auden después de ofrecer una conferencia sobre poesía. Como Ben no acepta que le dé dinero, visitamos tiendas de segunda mano e intento encontrarle ropa en buen estado, que le siente bien y se adapte a su ínfimo presupuesto. Celebramos un falso funeral por su vieja ropa y la quemamos en una barbacoa, en Donauinsel. Mientras el fuego consume sus vaqueros, su camiseta y sus viejos calzoncillos, entonamos citas inventadas de la Biblia y la familia de musulmanes que está asando un cordero entero en la barbacoa contigua nos mira con curiosidad. Consigo lo que nunca conseguí con Matthias: me convierto en el profesor Higgins de Ben y él en mi Eliza Doolittle.

19

—Me gustaría enseñarte un poco mi mundo —dice de pronto Ben un día.

—No es necesario —replico.

—No, de verdad que me gustaría —insiste.

Intento impedir que mi cara revele el ataque de pánico que se apodera de mí.

—No, en serio, Ben, no tienes por qué enseñarme tu mundo. Prefiero escuchar las historias que me cuentas. Ya sabes que no soy nada aventurera. Por algo utilizo Facebook para seguir a la gente, pero nunca escribo nada sobre mí.

—Facebook —espeta Ben—. Facebook es para idiotas. El caso es que significaría mucho para mí que quisieras conocer a alguno de mis amigos. Podemos ir ahora mismo. Solo ir para ver cómo están.

—De acuerdo —digo, deseando estar ya de vuelta a casa.

Ponemos rumbo hacia el distrito décimo, donde hay calles que parecen no haber cambiado en absoluto desde la Segunda Guerra Mundial. Las fachadas de las casas están cubiertas de una capa marrón de suciedad y en la esquina hay un bar —*Zur Kneipe*, escrito en letras negras— con las ventanas cubiertas con cortinas tupidas de color granate. Lo único que echo en falta es un grupillo de niños en pantalón corto jugando con una rueda de bicicleta oxidada y el sonido de una sirena alertando de la llegada de un ataque aéreo.

—¿Así que este es el edificio que intentasteis ocupar los punks y tú? —pregunto.

Ben niega con la cabeza.

—No, de aquel nos echaron —dice—. Es mil veces más fácil ocupar en Ámsterdam que aquí en Viena. El tío de Strawberry es el propietario de la casa y nos dio permiso para vivir aquí hasta que la derriben. Después de vivir en el arbusto, antes de venir a tu casa, estuve durmiendo aquí.

—¿Strawberry? —digo—. ¿Un punk que se llama Strawberry?

Ben no ríe, y su reacción me toma por sorpresa.

—¿Por qué le llaman Strawberry? —pregunto, un poco nerviosa—. ¿Hizo

algo malo...?, ¿algo relacionado con cosas rojas y por eso le llaman así, irónicamente?

—Supongo que es porque le gustan las fresas, de ahí su nombre, Strawberry, «fresa» en inglés —responde Ben—. No me parece tan raro.

Entramos en el edificio a través de una enorme puerta metálica que chirría al abrirse. En la entrada hay unos cuantos cubos vacíos y la escalera que conduce al piso superior está sellada con cinta de señalización policial para indicar que está prohibido el paso. Ben abre la puerta que queda a nuestra izquierda y es recibido de inmediato con una sonora bienvenida. Cojo aire y lo sigo. Las paredes del apartamento están cubiertas con papel pintado en tonos oscuros, el suelo está asqueroso y el ambiente está impregnado con el mismo olor que tenía Ben en nuestra primera cita, aunque algo menos intenso. En el piso hace tanto frío como en la calle, por lo que calculo que probablemente la calefacción no funciona. Me presenta a tres punks: Kobra, Vichor y Strawberry. A pesar de que en Austria es más o menos obligatorio estrechar la mano a prácticamente cualquier cosa que se mueva, los punks se limitan a hacer un gesto con la cabeza en dirección a mí. Les devuelvo el saludo de la misma manera. Me sorprende que ninguno de ellos lleve cresta mohicana de color verde fluorescente o el pelo pintado de morado. Kobra lleva el pelo teñido de negro y Vichor y Strawberry llevan la cabeza rapada. Los tres van vestidos con sudaderas con capucha de color negro y vaqueros con cortes horizontales, el código de vestimenta del mundo anarquista, es evidente. Tanto Kobra como Vichor parecen mayores de lo que creía que los punks tenían permitido ser.

—¿Qué le ha pasado a tu barba? —pregunta el que se llama Strawberry.

—Estaba harto de asustar a los niños —responde Ben.

—¿Vives en el palacio de Schönbrunn o en el de Belvedere?

—Que te jodan —dice Ben, riendo.

—La hostia, no sabes cuánto me alegro de verte —dice Vichor.

—Y yo a vosotros —dice Ben.

Kobra, pese a que guarda silencio, es claramente el líder del grupo, seguido de Vichor. Strawberry, nervioso y asustadizo, se comporta como un perro tan acostumbrado a las zurras que se vuelve loco de alegría cuando su amo decide por una vez acariciarlo.

Entusiasmado con la visita, Kobra le da un manotazo en el brazo a Ben.

—Luego nos vamos al aeropuerto —dice—. ¿Te apetece venir con nosotros?

Me doy cuenta de que Ben siente tentaciones de decir que sí, pero me ha prometido antes que haríamos la compra de camino a casa. De pronto me

convierto en la novia típica, inmiscuyéndome en el breve retorno de Ben a su vida salvaje de soltero. Me da un escalofrío. Estoy dividida entre decirle a Ben que vaya con ellos, solo para demostrarle lo comprensiva y flexible que soy, y el deseo de llevármelo de aquí y alejarlo de esta gente lo más rápidamente posible. Pero me limito a quedarme quieta, algo rígida, a intentar reír y a mostrar interés.

—Lo siento —dice Ben—. Tal vez la próxima vez.

—¿Qué va a hacer en el aeropuerto? —pregunto en voz baja cuando Kobra desaparece de repente hacia otra habitación.

—Es donde se gana la vida —responde Ben—. Hay un par de papeleras que Kobra revisa un día sí y otro no.

—¿Por qué?

—Hay mucha gente que tira allí las drogas que lleva encima antes de entrar en el aeropuerto y pasar los controles. Cosas por las que podrían ser arrestados y han olvidado dejar en casa. No te imaginas la de bolsas de pastillas, hierba y hachís que ha encontrado allí. Incluso cocaína, a veces. Y teléfonos móviles. Yo lo acompañaba en alguna ocasión.

Ben señala una de las puertas.

—Allí estaba mi cuarto.

Asomo la cabeza por la puerta y veo una estancia llena de corrientes de aire donde faltan la mitad de planchas de madera del suelo. Aparte de una silla y un montón de periódicos viejos, la habitación está vacía.

—Mi colchón tan blandito debe de ser una tortura —digo—. ¿Es aquí donde dormías sobre un suelo de lona y cartones?

—Eso era en mi arbusto, en Stadtpark.

El tono que emplea Ben da a entender que yo tendría que ser capaz de controlar todos los lugares donde él había dormido antes de conocerme. Por otro lado, desde que estamos con los punks, he notado un cambio en la conducta de Ben respecto a mí. Es como si mentalmente se hubiera alejado un paso de mí para acercarse más a ellos.

Tomamos asiento en un sofá que hay en el pasillo, que al parecer es el lugar de reunión de los punks. No hay ventanas y estamos rodeados al menos por cinco puertas. El sofá tiene color de *goulash* y está lleno de manchas que decido que no he visto. Del techo cuelga una solitaria bombilla. Intento mostrarme lo más relajada posible, como si sentarme en un sofá raído y apestoso fuera algo que suelo hacer a diario. Todo a mi alrededor está tan sucio que noto que estoy a punto de romper a llorar.

—¿Quieres un poco de sopa? —me pregunta Strawberry.

—Me encantaría —respondo.

Desaparece en dirección a la pequeña cocina.

—Strawberry siempre prepara sopa —me dice en voz baja Ben, inclinándose hacia mí—. Siempre anda vomitando.

—¿Y hay relación entre ambas cosas? —replico, también en un susurro.

Ben se encoje de hombros.

—¿Por qué vomita tan a menudo? —pregunto.

Strawberry reaparece al poco rato con tres tazas con una sopa de color rojo claro. A pesar de que es poco espesa y tiene un curioso sabor metálico, digo que está muy buena. Vichor se deja caer contra la pared de enfrente de nosotros y Kobra se sienta con las piernas cruzadas en medio de la estancia y empieza a preparar un porro.

—¿Piensas volver a casa? —le pregunta Ben a Vichor.

—No me jodas —dice Vichor—. Estos putos austriacos ya no me deportan. Antes, me bastaba con lanzarle cuatro piedras al tranvía y esos mamones me mandaban directamente a Polonia y así podía lavarme la ropa y comer un poco decente en casa de mi madre. Pero ahora han decidido no deportarme más y se acabaron los billetes gratis para ir a casa. Y es imposible que reúna el dinero suficiente por mi cuenta. Son unos gilipollas.

A pesar de tantas palabrotas, Vichor cuenta su historia con una sonrisa y Ben, sentado a mi lado, se parte de la risa.

—Y mira esto —dice Vichor, subiéndose con afán una de las perneras del pantalón.

—Deja ya de una vez de enseñar esa mierda —murmura Kobra, dándole la primera calada al porro.

Nos inclinamos para ver qué quiere enseñarnos Vichor. Justo debajo de la rodilla tiene una herida de al menos quince centímetros. La costra es gruesa y supura y la piel de alrededor tiene un tono rojo intenso. Vichor se mira la espinilla con el orgullo y la ternura con que un padre contempla a su hijo recién nacido.

—Mierda, ¿qué te ha pasado? —pregunta Ben.

Kobra se saca de la lengua una brizna de tabaco.

—Tuve una pelea con un gilipollas —responde Vichor, encogiéndose de hombros con indiferencia—. La herida no se curaba y no tengo ningún puto seguro médico. Pero aquí en la esquina hay un veterinario que, según dice en el cartel, cura «animales grandes y pequeños», así que me dije «Joder, yo soy un animal grande», de modo que fui a verlo. El veterinario, que por ser austriaco

resultó ser un tipo bastante cuerdo, me dijo que si me trataba corría el riesgo de perder la licencia. Pero su mujer es médico, de humanos, y le dijo que me recetara unos antibióticos y me limpiara la herida.

Mientras escucha el relato de Vichor, Ben se pasa el rato riendo. Yo intento reírme también. Vichor vuelve a bajarse por fin la pernera del pantalón.

Media hora después, estamos de camino de vuelta al distrito séptimo, puesto que Kobra y Vichor se han ido al aeropuerto y Strawberry quería echarse una siesta. Noto el cuerpo extrañamente tenso. A pesar de las risas, tanto por parte de Ben como de los punks, era como si aquel apartamento estuviera impregnado con una neblina de agresividad y amargura. El frío, por otra parte, me ha dejado entumecida.

—Joder, esos tíos son la hostia —dice Ben.

Asiento.

Se vuelve hacia mí.

—¿Qué pasa? —dice—. Noto que algo va mal. Te lo veo en la cara.

No quiero que pierda el buen humor, de modo que intento ser lo más diplomática posible.

—Me han parecido muy agradables —empiezo a decir—. Lo que pasa es que ha sido como si yo no existiera.

—¿A qué te refieres?

—Ben, ¿no te has dado cuenta de que no me han formulado ni una sola pregunta y que todo el rato se han comportado como si yo no estuviera allí? Me he sentido como la «no-punk» invisible. Hay... hay quien... lo interpretaría como de cierta mala educación.

Ben se muestra sinceramente sorprendido.

—Strawberry te ha ofrecido sopa —dice por fin.

—Imagino que porque no habría estado bien ofrecértela a ti sin ofrecérmela también a mí —digo—. Aunque comprendo que no se fíen de la gente que no es punk. Y que tiene un trabajo y lleva ropa limpia. Supongo que tendré que esperar a la próxima visita para preguntarle a Vichor qué opina sobre la exposición de Kokoschka.

—Vichor jamás iría a una exposición de Kokoschka —dice Ben, enfadado.

—Lo sé —replico, e intento no caer también en el enfado—. Solo intentaba poner un poco de buen humor. —Sonrío a Ben, pero continúo con voz seria—. Y bien, Vichor, ¿estás de acuerdo con que Kokoschka demuestra que una huida de

la realidad no conduce necesariamente a la libertad? —Hago ver que respondo como si fuese Vichor—: Joder, ese gilipollas de Wittgenstein tenía razón cuando decía que Kokoschka deja al descubierto el esqueleto emocional de la gente. Como Strawberry. Si Kokoschka hubiera pintado a Strawberry, habría transliterado su vida espiritual como una figura encorvada sobre un fondo de color verde vómito. Pero oye, qué coño, tengo que ir a lanzarles unas cuantas piedras a las viejas.

—Para.

—Lo siento —digo—. Pero me han ignorado por completo, de verdad.

Entramos en el tranvía, nos sentamos. Empieza a recorrer los túneles oscuros de Matzleinsdorfer Platz.

—Tampoco tú les has preguntado nada —dice Ben de repente.

—Por supuesto que sí —digo, mintiendo—. Ben, reconócelo: son raros y maleducados.

—Tú no sabes nada de esa gente. Kobra pasó cinco años en la cárcel, acusado de arrojarle un televisor a un policía. Pero no fue él.

—Eso es lo que aseguran todos los que se dedican a arrojar televisores.

—No fue él —repite Ben—. Y el policía se quedó paralítico de cuello para abajo. Pero Kobra nunca fue un soplón. Son tíos estupendos. Lo que pasa es que tú piensas que todos los que no han ido a la universidad son idiotas.

—No pienso eso, ni mucho menos —digo—. Pero sí pienso que la gente es más feliz si puede elegir qué carrera profesional seguir, y eso solo se puede hacer si tienes estudios. Digamos que se te ofrecen más alternativas. El mundo no funciona precisamente a base de recogedores de lombrices que aman tanto su trabajo que no aspiran ni a jubilarse. Lo cual tampoco podrían hacer, puesto que después de trabajar en negro toda la vida jamás podrán disfrutar de una pensión de jubilación.

Bajamos en la estación de Kliebergasse, que tiene las paredes tapizadas con carteles de óperas de Verdi, representaciones de *ballet* y una exposición de las joyas de la familia de los zares rusos que hay en la Albertina. Los carteles están cubiertos de manchas de suciedad y tienen tantas capas debajo que sus esquinas están empezando a arrugarse.

—¿Piensas que soy idiota? —me pregunta Ben.

—Por supuesto que no —respondo—. Pero la gente que lanza piedras contra los tranvías sí que lo es.

—Para que lo sepas, me he pasado la vida trabajando. No empecé a viajar hasta el año pasado. Y cuando trabajo, siempre soy bueno en lo que hago.

—Yo no te he acusado de nada. Relájate.

Ben refunfuña a modo de respuesta y sigue el resto del día de mal humor. No sé si su enfado va dirigido hacia mí o hacia los punks, pero es la última vez que sugiere que vayamos a verlos.

Un miércoles por la mañana, estoy sentada con una de mis alumnas favoritas. Edeltraud tendrá cerca de setenta años y ha decidido mejorar su inglés. Su esposo murió hace cuatro años, justo cuando a ella le diagnosticaron un cáncer de colon. Desde que se recuperó de su enfermedad, ha dado clases a niños de la calle en Katmandú, ha aprendido a tocar el arpa, se ha tatuado en el hombro una mariposa azul y pronto empezará a asistir a clases de finlandés.

—¿Qué remedios caseros conoce para los resfriados? —le pregunto, intentando disimular un bostezo.

Estamos en el capítulo siete del libro de Nivel Cuatro de Berlitz. El capítulo lleva por título «Enfermedades y remedios caseros». En el exterior, se oye la sirena de un coche de policía.

—Personalmente prefiero un buen vaso de Glenmorangie —dice Edeltraud con un suspiro—. ¿Es obligatorio seguir con este capítulo?

Quedan solo diez minutos de clase y, por lo tanto, de que llegue el momento de reunirme con Ben, razón por la cual estoy encantada de saltarme esas frases desenfadadas sobre el ajo, el caldo de pollo y los baños de vapor de los que se jacta el capítulo siete. Edeltraud saca una revista del bolso.

—En *New Scientist* han publicado un artículo sobre el gas metano líquido que han descubierto en una de las lunas de Saturno —dice—. No he entendido todas las palabras, pero he pensado que tal vez podrías ayudarme.

Oigo otra sirena de policía, seguida por una tercera, solo un par de segundos más tarde.

—Por supuesto —digo.

Llaman con discreción a la puerta.

—¿Sí? —digo.

La directora, Dagmar, asoma la cabeza. En la sala de profesores corre el rumor de que a Dagmar le pone el material de papelería y Mike cuenta que una vez la vio acariciando un boli Bic rojo de un modo de lo más inadecuado.

—Solo quería asegurarme de que todo va bien —dice—. Quédate aquí y continúa con la clase.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Un robo —responde Dagmar.

—Oh, no, ¿no se habrán llevado los libros de gramática, verdad? —digo.

Dagmar se mira sin entender nada. En la sala de profesores corre también el rumor de que Dagmar se ha sometido, en el hospital general, al largo y complicado proceso de extracción de la totalidad de su sentido del humor.

—No ha sido aquí —dice—, sino en el otro lado de la calle. No hay de qué preocuparse. Continúa con la clase. Pero hay que mantenerse alejado de las ventanas. Y, por desgracia, no podemos salir del edificio hasta que todo esto haya terminado.

—Entendido.

En cuanto Dagmar cierra la puerta, Edeltraud y yo nos acercamos corriendo a la ventana. Desde el cuarto piso, donde se encuentra la academia, se ven cinco coches de policía estacionados en Mariahilferstrasse, que, por lo demás, está completamente vacía. Veinte hombres, vestidos de negro y con la palabra «COBRA» escrita en blanco en la espalda, han rodeado el edificio del Erste Bank, en la otra acera. El banco en el que entré un día para rellenar un formulario de retirada de fondos simplemente para relajarme.

—Me pregunto cuántos ladrones habrá —digo.

Edeltraud y yo estiramos el cuello en vano para poder ver algo más. Los policías uniformados de negro de la patrulla Cobra se abren en semicírculo. Al final de Mariahilferstrasse, veo a la policía intentando contener a los curiosos. Muchos filman el drama con su teléfono móvil.

—Aficionados —dice Edeltraud.

—¿Por qué lo dice? —pregunto.

—Todo el mundo sabe que el mejor momento para robar un banco es el lunes por la mañana —responde Edeltraud—. Es cuando menos esperas que te atraquen. Los austriacos siempre se equivocan.

—Pues no estoy de acuerdo con usted. Adoro a los austriacos —digo, y nos sentamos para seguir viendo el drama que se despliega en el exterior—. Sí, lo sé, a veces pueden ser un poco arrogantes y antipáticos, pero saben cómo disfrutar de la buena vida, una buena copa de vino, salir pronto del trabajo los viernes, ópera, teatros, unos pasteles deliciosos, los mercados de Navidad, el arroz Müller con canela, las cantantes de Eurovisión con barba, paisajes bellísimos, los viñedos dentro incluso de la ciudad de Viena, la heladería de Tuchlauben. Y luego está esa decadencia tan sexi, como si todos fuéramos a vivir eternamente o a morir mañana mismo. No me gustaría vivir en otro lugar que no fuese Viena.

—Los austriacos cierran los ojos al mundo que los rodea —dice con amargura Edeltraud.

Edeltraud y yo damos un brinco cuando el timbre anuncia que la clase ha terminado. Recuerdo entonces que he quedado con Ben, lo cual es imposible por el momento, ya que no nos dejan salir del edificio.

—¿Le han robado alguna vez? —le pregunto a Edeltraud.

—Solo en Brasil —responde, extendiendo los dedos de una mano—. Tres veces. Una en un restaurante, otra mientras estaba nadando con un par de turistas más en un lago y la tercera cuando la policía detuvo el taxi en el que iba.

—¿La policía?

Edeltraud hace un gesto afirmativo.

—Me robó la policía —explica—. ¿Y a ti? ¿Te han robado alguna vez?

—Sí, en una de las heladerías de Schwedenplatz —digo—. Pagué por tres bolas de helado, y solo me dieron dos. No me dieron la bola de fresa. Ladrones.

De pronto se oyen disparos en el banco. Los hombres de la patrulla Cobra se agachan de inmediato y la mitad de ellos pega la espalda a las paredes del banco. Uno de ellos mueve la mano en dirección al edificio donde estamos nosotras para indicarnos que nos alejemos de las ventanas. Llega una ambulancia y dos coches patrulla más. Oigo que en las demás aulas todo el mundo está ignorando también las órdenes de Dagmar y los Cobra.

—¡Julia! —Oigo de pronto.

Edeltraud me mira, pero no sé si he oído bien.

—¡Julia! —Volvemos a oír.

—¡Estoy aquí! —respondo.

Se abre la puerta y Ben irrumpe en el aula. Con tres zancadas, se pone a mi lado, me abraza y me da un larguísimo beso.

—¡Estás bien! —exclama, aliviado.

—Por supuesto que estoy bien —digo.

Ben mueve la cabeza con gesto de preocupación. Tiene la frente brillante por el sudor.

—No tenía ni idea de qué había pasado —dice—. Estaba bajando por Mariahilferstrasse cuando un hombre vestido de negro y armado con un subfusil ha empezado a gritarme en alemán diciéndome que no podía seguir avanzando por la calle. Y al ver tantos coches patrulla delante de la academia de idiomas, he pensado que pasaba algo.

—¿Como qué? —digo—. ¿Como que un alumno se ha vuelto loco?

—¿Quién sabe? Alguno podría haberse enfadado por un verbo, una coma o lo

que quiera que hagáis aquí. No sabes cuánto me alegro de que estés bien. Si alguien te hace algo, te juro que le arranco la cabellera.

—Ha habido un robo en la calle —digo, señalando el edificio del banco.

Ben mira por la ventana.

—Mola —dice—. Espero que ganen los ladrones.

Recuerdo de pronto la presencia de Edeltraud, que está mirando a Ben.

—Edeltraud, le presento a Ben —digo.

—Hola —dice Ben, y se dan la mano.

Edeltraud señala hacia la calle.

—¿Cómo te has apañado para entrar aquí? —pregunta.

—He ido por el patio trasero y he trepado por una cañería —responde Ben—. Ha habido un momento en el que he pensado que la cañería no iba a aguantar, pero por suerte ha ido bien. Al llegar a la segunda planta, he llamado a una ventana y una señora muy amable me ha dejado entrar. Y luego he subido corriendo hasta aquí.

—Eres mi héroe —digo.

Dagmar vuelve a asomar la cabeza en el aula. Al principio, se muestra un poco sorprendida al ver a un desconocido con Edeltraud y conmigo, pero rápidamente ajusta la expresión a algo que a buen seguro considera como «Eficiente y a la vez complaciente».

—Vamos a cerrar la academia —anuncia—. Dicen que esto podría prolongarse horas, de modo que, por razones de seguridad, vamos a cerrar. Tendremos que salir por atrás.

Desaparece de nuevo.

—¿No os da la impresión de que es como cuando en el colegio te mandan a casa porque está nevando? —dice alegremente Edeltraud.

—Yo era una de esas niñas a las que le encantaba la escuela —digo.

—¿Ha dicho por atrás? —pregunta Ben.

—Sí, por la puerta que da a la calle de atrás —digo—. Aunque creo que prefiero la ruta más dramática que has seguido tú a través de las cañerías y los pisos de la gente, Spiderman.

Ben parece un poco alicaído, pero enseguida da una palmada.

—En ese caso, tendré, al menos, que llevarte en brazos —dice.

Hago un gesto de negación con la cabeza.

—Prefiero ir andando. Pero gracias, de todos modos.

—Puedes llevarme a mí —sugiere Edeltraud.

Ben accede de inmediato y Edeltraud salta a sus brazos, encantada.

—Spiderman, Spiderman... hace todo lo que hace una araña... —canturrea Ben, saliendo del aula con Edeltraud en brazos.

Con una sonrisa, recojo los libros y los guardo en el bolso.

Durante nuestra siguiente clase, Edeltraud me pregunta dónde podría encontrar a alguien como Ben.

—En un arbusto —le respondo, y pienso que probablemente haya llegado el momento de que mis amistades conozcan a Ben. Y él a ellas.

21

Leonore está a punto de estrenar *Closer*. Dirige la obra e interpreta, además, a una de las protagonistas. Será la primera vez que Leonore y la gente del teatro se enfrentan a Ben y he convencido también a Rebecca para que venga con Jesús-Jakob. Ben va recién afeitado y duchado, y me he asegurado de que se ponga la mejor ropa que tiene.

—¿No podrías ponerte otra chaqueta? —digo, cuando llega el momento de ponernos los abrigos.

—Me gusta esta —dice Ben.

—Está un poco pasada de moda. Coge la otra, la que encontramos en la tienda de segunda mano.

—Me gusta esta —repito, con un tono que da a entender que la discusión se ha acabado.

Mientras vamos andando hasta el pequeño teatro, empiezan a caer los primeros copos de nieve del invierno. Ben no parece muy entusiasmado con la idea de ir al teatro y mira con anhelo los puestecitos de madera de Graben, donde venden ponche de Navidad y *glühwein*.

—¿Tendremos que ver toda la representación? —pregunta.

—Imagino que tendremos que salir por piernas cuando les hayamos lanzado a los actores los tomates podridos —respondo.

—¿En serio? —dice.

—Idiota —digo, sonriéndole—. ¿Quién sabe? A lo mejor resulta que te encanta la obra. Hay mucho sexo, y obscenidades, y drama.

No parece muy convencido.

Por desgracia, *Closer* no es buena. En un momento dado, una parte del decorado se cae sin motivo alguno, la iluminación es confusa y los cuatro actores creen estar representando cuatro obras distintas. Ben empieza a reír a carcajadas en la escena en la que Leonore hace un número de *pole dance* que pretende ser seductor y todo el mundo se gira a mirarlo. El problema, que en caso de ser denunciado abriría la caja de los truenos, es que Leonore se ha asignado el papel de la chica joven en vez del que representó Julia Roberts en la versión que se

hizo para el cine.

Cuando por fin termina la obra, el público se apiña en el pequeño bar del vestíbulo donde hay barra libre de Red Bull. Hay también bandejas con canapés secos y tomatitos rellenos con una especie de crema de color rosa salmón. El Hombre Beis está en una esquina, sin hablar con nadie.

—Rebecca, te presento a Ben —digo—. Ben, esta es Rebecca.

—Encantada de conocerte —dice Rebecca.

—Igualmente —dice Ben—. Dime, por favor, que te ha gustado tan poco como a mí. Julia es tan amable que no quiere reconocer lo horrorosa que ha sido la obra.

—Ha sido bastante horrorosa, ¿verdad? —dice Rebecca, casi en voz baja, inclinándose hacia Ben.

Veo que Rebecca le da su aprobación. Pero, por otro lado, sé también que aprobaría a cualquiera que no fuese Matthias, que jamás fue de su agrado.

Cuando Leonore sale del camerino, le hago entrega del ramo que le he traído y le comento lo maravillosa que ha estado. Desde que Ben se ha mudado a mi casa, he dejado de salir con Leonore y la situación entre nosotras se ha vuelto gélida, cuanto menos, como si la relación que mantengo con Ben fuera una traición personal hacia ella.

—Ha ido bien, ¿verdad? —dice Leonore, haciendo gala de una confianza en sí misma que no puedo más que admirar.

—Leonore, te presento a Ben. Ben, Leonore.

Ben y Leonore se estrechan la mano. Es odio a primera vista.

—¿Así que tú eres el sintecho que se ha instalado en casa de Julia? —le espeta Leonore.

—Sí —dice Ben—. ¿Y tú eres la actriz horrorosa que tiene un marido rico?

—¡Has estado fantástica, Leonore! —digo, alarmada.

Entonces, por suerte, se acerca alguien que quiere felicitar a Leonore y aprovecho la oportunidad para coger a Ben por el brazo y conducirlo hacia un rincón.

—¡No hables así! —le digo entre dientes—. Es una amiga. ¿Estás loco?

—Esa no es tu amiga —replica Ben—. ¿Por qué querrías tener amistad con una persona así?

—Por... porque... —digo, tartamudeando—. No se puede tener solo buenos amigos. Como tú con el Inglés. A veces necesitas tener otro tipo de amigos, aunque no te gusten tanto.

—No, no es verdad.

—Sí que es verdad —digo—. De lo contrario acabarías teniendo solo un amigo Y si ese amigo se va o se muere, te quedas sin ninguno. ¡Los medio-amigos son necesarios!

Ben me mira con expresión enojada.

—Deja ya de ser tan sueca.

—¿Tan sueca? ¿Y qué sabes tú de los suecos? Soy la única sueca que conoces.

—No tendrías que ser tan débil, joder —dice Ben, aclarando lo que quería decir—. Has de tener más pelotas.

—Veamos, en primer lugar, odio que utilices ese tipo de lenguaje —le digo en voz baja, enfadada—. Y, en segundo lugar, odio ese tipo de lenguaje.

—Esa gente te está utilizando. Tú eres mil veces mejor que gente como Eleonore.

—Leonore —digo corrigiéndolo.

—Lo que tú digas.

—Que hayas dormido sobre una lona no significa que puedas ignorar las normas sociales. Que tengas derecho a ser una especie de Buda de la verdad. Porque no lo eres.

—Eres una cobarde.

—¿Una cobarde?

Me doy cuenta de que la pareja que tenemos a nuestro lado nos está mirando, de modo que bajo la voz.

—¿Una cobarde? —repito.

—Vale, quizás una cobarde no —dice Ben—. La palabra no es la correcta. Pero vives la vida con una seguridad de la hostia. Me he dado cuenta de que nunca corres riesgos.

—¿Y te viene ahora de nuevo? Ya te lo dije cuando estuvimos por primera vez en la Donauinsel: no me gustan las sorpresas. ¿Y qué hay de malo en no querer correr riesgos? La semana pasada cruce la calle en rojo, ¿y sabes qué pasó? Que un anciano austriaco empezó a gritarme. Incluso estando la calle vacía. ¡No había ni un coche! —Estoy acaloradísima—. Estoy harta del mito de que la gente aventurera es mucho mejor que el resto de los mortales. De que solo te presten atención si te pones a nadar desnudo en medio del Ganges o si acaricias un delfín. «¡Oh, mírame bien! Estoy cubierta de barro en un festival de música donde no hay ni baños. ¡Soy lo más!».

Nos quedamos en silencio unos instantes. Veo que el Hombre Beis está hablando por el móvil con cara seria. De no haber estado discutiendo Ben y yo, habría hecho un chiste sobre una crisis de Red Bull —«Nos estamos quedando

sin alas»—, pero no digo nada.

—Si hay alguna cosa más de mí que te fastidia, mejor que lo sueltes ahora —digo finalmente.

Me mira.

—Creo que eres alérgica a tener las ventanas abiertas. El ambiente del piso siempre está muy cargado.

—¿Alérgica a tener las ventanas abiertas?

Ben responde con un gesto de afirmación.

—Seguramente, si vivieras en un tonel serías la persona más feliz del mundo —dice.

—El aire fresco está sobrevalorado —murmuro.

—Y a veces te acuestas muy temprano. Una mujer adulta jamás tendría que acostarse a las nueve de la noche.

—Una mujer adulta puede decidir por sí misma la hora a la que se acuesta —digo entre dientes—. La gente enrollada se acuesta temprano. Porque conocemos de sobra lo importante que es una buena noche de sueño. Y antes de dormirte siempre puedes leer un rato. Los perdedores son los únicos que se pasan la noche en pie.

—Lo que tú digas —vuelve a decir—. De todos modos, Leonore es una foca desesperada.

—Y tú eras un vagabundo apestoso cuando nos conocimos —digo—. Así que tranquilo.

Es nuestra primera pelea. Durante varios minutos, nos quedamos el uno junto al otro, bebiendo Red Bull y sin decir nada.

—¿Nos vamos? —dice por fin Ben.

Lo miro.

—No me apetece nada pelear contigo —dice.

—A mí tampoco me apetece pelear contigo —digo yo.

—Esa representación ya nos ha jodido bastante la noche.

—Vamos.

De camino a casa, Ben me tiene en el bolsillo imitando la actuación de *pole dance* de Leonore utilizando una farola a modo de barra. A nuestro alrededor, las calles están totalmente cubiertas de nieve.

—Una encuesta —digo con entusiasmo, señalando hacia allí.

Ben y yo estamos en el mercadillo de Navidad de Spittelberg, sujetando cada uno en la mano una humeante taza de color azul oscuro cargada hasta arriba de *glühwein*. El mercadillo de Navidad de Spittelberg es uno de mis favoritos. Los turistas no llegan hasta aquí porque queda escondido entre las calles del distrito séptimo. De modo que, en vez de por turistas, el mercadillo está concurrido por estudiantes, familias jóvenes y hípsteres vieneses, de esos que se sientan delante de un ordenador portátil en una oficina vacía con suelos de madera decorada única y exclusivamente con una gigantesca botella hinchable de Heineken u otro tipo de elemento irónico posmoderno. Estamos bajo cero y de la boca de los transeúntes sale vaho continuamente. Hay tantísima gente que no nos queda otro remedio que avanzar pegados el uno al otro, cosa a la que no me opongo en absoluto.

Ben está recién afeitado, lo que siempre hace que sus ojos parezcan más grandes si cabe, y no me canso nunca de contemplar su cara. Me doy cuenta de que varias mujeres le echan miradas, lo cual me hace sentirme satisfecha conmigo misma. Me pregunto entonces si un sitio web de citas que conectara a treintañeras con hombres sintecho sería una buena oportunidad de negocio. «Lo que a David le falta de dentadura queda compensado con creces con su habilidad de beber líquido anticongelante».

Ben mira hacia un grupo de estudiantes de instituto cargados con sus mochilas que acaba de invadir el mercadillo.

—Adolescentes —observa Ben, y se estremece—. A lo mejor ellos podrían explicarnos por qué en un mercadillo de Navidad venden figuras de madera de Bali, gorros de lana peruanos e incienso.

—Para haber estado durmiendo en un arbusto hasta hace muy poco, a veces resultas sorprendentemente conservador —digo—. ¿Te apetece otra?

Le enseño mi taza, que está casi vacía. A pesar de que el *glühwein* tiene un sabor amargo y a barato, estoy decidida a pasárnoslo bien. Después de visitar el mercadillo de Navidad, el plan continúa con una cena en Kent, un restaurante

turco del distrito dieciséis. Ben es amigo de uno de los camareros, que lo ha invitado a la boda de su primo y le ha ofrecido tabaco de contrabando de Ankara.

—Por supuesto —dice Ben—. Pago yo.

Saca unas cuantas monedas del bolsillo y empieza a contar.

—No —digo rápidamente—. Ya voy yo a buscarlo. Tranquilo. ¿Quieres lo mismo?

—No, deja que pague yo —dice Ben, malhumorado.

—No, no pasa nada. Déjalo.

—Tú has pagado la última ronda —me espeta—. Ya basta.

—De verdad, Ben, que no me supone ningún problema. Déjalo.

—No.

—¡Déjalo ya!

—¡Déjame tú pagar!

—¡Hola!

Dos adolescentes se han plantado de repente a nuestro lado y Ben y yo damos un brinco, sorprendidos. Son un chico y una chica. El chico tiene las mejillas llenas de acné y la chica tiene una melena larga perfectamente secada a secador.

—Somos de la escuela internacional de Viena. ¿Podríamos haceros unas preguntas? —dice la chica en inglés, y continúa sin esperar nuestra respuesta—. Pregunta número uno: ¿sois de aquí?

—No —dice Ben.

—Sí —digo yo al mismo tiempo.

La chica nos mira, un poco confusa. El chico anota nuestras respuestas en el iPad que lleva. La chica mira rápidamente la siguiente pregunta.

—¿Estáis de vacaciones en Viena? —pregunta.

—No —respondo yo.

—Sí —responde Ben.

La chica lee la siguiente pregunta:

—Para reducir la cantidad de basura que hay en las calles, ¿estaríais dispuestos a trabajar como voluntarios verdes y recoger basura?

—De ninguna manera —dice Ben.

Los chicos se quedan mirándolo. Las mejillas de la chica suben de color.

—En las calles de Viena no hay basura —digo—. Es una de las ciudades más limpias del mundo.

—Se trata de una pregunta hipotética —dice la chica.

Emplea un tono que sugiere que soy una retrasada mental. Soy plenamente consciente de que es de esas que siempre subraya la palabra «quizás» y que le

encanta hablar del tema de Julian Assange.

La chica lee la siguiente pregunta del iPad.

—¿Cuál pensáis que es la mejor manera de reducir la cantidad de basura? — pregunta.

—Colocando más papele... —empiezo a decir.

—Dándole una buena tunda a todo aquel que tire basura al suelo —responde Ben.

El chico con acné gruñe, dando con ello su aprobación, y anota la respuesta de Ben.

—¿Se os ocurre alguna cosa para hacer del mundo un lugar mejor desde un punto de vista medioambiental? —pregunta la chica.

Ben asiente con entusiasmo.

—Dejar de salvar osos panda. La única razón por la que los pandas siguen vivos es porque la gente los encuentra monos. Pero protegerlos cuesta millones de dólares y son animales débiles por naturaleza. Los osos panda están destinados a la extinción. Mejor invertir el dinero en otras cosas. Anótalo bien. Tal y como lo he dicho.

El chico teclea todo tan rápido como puede. La chica mira fijamente a Ben. Es evidente que su mundo adolescente se ha reconfigurado.

—Gracias por vuestro tiempo —dice la chica y, a pesar de que el chico está todavía escribiendo, tira de él para llevárselo.

Cuando los adolescentes desaparecen, me giro hacia Ben.

—Se te ha olvidado decir lo mucho que odias los cachorros de foca y a los niños africanos que se mueren de hambre —digo.

—Y que apoyo el cáncer —dice.

—Pero no digas que tendrían que andar pegando a la gente.

—¿Por qué no?

—Porque pareces un Neanderthal. Hay mejores maneras de comunicar con la gente.

—Pero no con los idiotas —sentencia Ben.

Suspiro interiormente, pero decido no seguir adelante con la discusión.

—Espera un momento aquí —digo, y voy a comprar dos tazas más de *glühwein*.

Aliviada, veo que Ben no protesta.

Después de otro *glühwein* y de un ponche de Navidad, ya no tengo frío y me doy cuenta de que la gente que nos rodea ha perdido su contorno. El mercadillo ya no está tan lleno; muchos han empezado a desfilar hacia sus casas para ir a

cenar.

—Uno más de estos —digo, levantando la taza— y es muy posible que acabes viendo mi imitación de Falco cantando *Rock Me Amadeus*, algo que no le deseo a nadie. Oye, espera un momento, ¿llevas una camiseta roja?

He atisbado algo rojo debajo de la chaqueta de Ben.

Ben asiente.

—Pero si estaba sucia —digo—. Me la he puesto las últimas noches para dormir.

—Cuando una chica se pone una prenda, queda automáticamente limpia para al menos otra semana —dice Ben—. ¿Lo sabías?

—No, pero parece lógico —digo, con un tono de voz tal vez demasiado elevado—. Mira, por allí va una de mis alumnas.

Señalo a Vera, que está al lado de una niña delante de uno de los puestos, mirando una vela perfumada de color morado.

—Ve a saludarla —dice Ben.

Digo que no con la cabeza.

—Mis alumnos siempre se quedan confusos cuando me ven fuera del aula —digo—. Como si cuando no estoy dando clases no tuviera existencia. Voy a dejar las tazas para que nos devuelvan lo que hemos dejado de depósito. Y luego nos iremos a Kent. Todo está un poco... un poco...

Dejo sin terminar la frase porque de pronto noto un sabor amargo que me invade la boca. Cojo la taza azul de Ben y, con paso irregular, pongo rumbo hacia el puesto del *glühwein*.

—¡Hola, Julia!

Me dan golpecitos en el hombro. Es Vera.

—¡Vera! —digo, y repito la palabra a continuación—. ¡Vera!

—Te presento a Sabine, mi hija —dice Vera—. Sabine, te presento a Julia, mi profesora de inglés.

Le estrecho la mano a la hija de Vera, que va peinada con dos trenzas muy finas. Confío en que ni Vera ni su hija se den cuenta de lo mucho que tengo que concentrarme para mantenerme en pie y que no noten que el aliento me apesta a vino tinto barato.

—¿Estáis comprando regalos de cumpleaños? —pregunto.

El sabor de la boca va a peor. De pronto me asalta un desagradable olor a *currywurst*.

—Estamos buscando regalos para Navidad, sí —replica Vera, corrigiéndome.

—¿Y vino un tal Nicolás a visitarte en la escuela la semana pasada? —

continúo en alemán, dirigiéndome a la hija de Vera, cuyo nombre ya he olvidado. En Alemania y Austria es tradición que San Nicolás visite a los niños el seis de diciembre.

La hija de Vera me mira con una expresión pétrea en su cara.

—Vino a vernos San Nicolás —dice, manteniendo su expresión imperturbable—. No «un tal Nicolás».

Veo que el hombre que está a nuestro lado le da un mordisco a un *currywurst* y que la mostaza color amarillo diarrea rezuma por el otro extremo de la salchicha y el pan.

—Sí, claro —digo, antes de vomitar con elegancia en el interior de una de las tazas azul oscuro que llevo en la mano.

Me quedo inmóvil. Vera y su hija se quedan completamente inmóviles. Todo ha sucedido tan rápido y con tanta fluidez que si no fuera porque estoy sujetando en la mano una taza llena de vómito, ni siquiera me creería lo que acaba de pasarme.

—Perdón —murmuro, y doy media vuelta.

Llego adonde está Ben a toda velocidad, dejo las tazas en el suelo y tiro de él para alejarnos del mercadillo navideño mientras intento contener las lágrimas.

—Ben, acabo de vomitar delante de una alumna —digo llorando, sintiéndome miserable.

Ben estalla en carcajadas.

—¿De verdad?

Muevo la cabeza en sentido afirmativo.

—En una taza de *glühwein* —sollozo.

—Buena puntería —dice Ben—. Ahora, por eso, supongo que no podremos recuperar lo que hemos dejado en depósito. Son diez euros que se han volatilizado como el humo.

Estamos ya en Burggasse. La calle peatonal tiene el suelo de gravilla, pero, con todo y con eso, me cuesta todavía mantener el equilibrio y tengo que agarrarme a Ben.

—No lo entiendes —digo—. He vomitado delante de una alumna.

Ben se encoge de hombros.

—Ese tipo de mierdas pasan —dice—. ¿Y ahora cómo te encuentras?

—¡Pues no pueden pasar! —exclamo—. Los alumnos nos tienen por robots. No podemos permitirnos ser humanos. Y mucho menos un humano que se comporte de manera desagradable.

Recuerdo que tuve un profesor de matemáticas que un día se tiró un pedo

delante de toda la clase y se vio obligado a cambiarse de colegio porque nunca nadie volvió a tomarle en serio. A un colegio de otro país.

—Deja de preocuparte tanto por lo que la gente pueda pensar de ti. A todo el mundo le importa una mierda.

—Pues a mí no me importa una mierda. ¡Es culpa tuya!

Subimos la calle y sigo colgada del brazo de Ben. Completamente paranoica, miro sin cesar a mi alrededor por si acaso Vera, o cualquier otro alumno, viene corriendo hacia mí.

—¿Por qué es culpa mía? —dice Ben.

Hace tanto frío que por primera vez me doy cuenta de que tiene las orejas coloradísimas.

—Porque normalmente no bebo tanto *glühwein* —digo—. Desde que estamos juntos he empezado a beber mucho. ¿Cómo es posible que tú no te emborraches?

—Para emborracharme necesito algo más que cuatro tacitas de vino caliente con especias —dice con tristeza Ben—. No olvides que cuando dormía mal solía pulirme una botella de vino tinto barato antes de desayunar.

Mi estómago emite un sonido que parece un borboteo y la boca se me vuelve a llenar de ese sabor a vino amargo mezclado con clavo.

—No me encuentro muy bien —digo—. Creo que tendremos que volver a casa.

—Tranquila —dice Ben, decepcionado.

Estoy a punto de pisar una caca de perro.

—¡Perros apestosos del séptimo! —digo—. Dios, creo que voy a vomitar otra vez. Y eso que ni siquiera hemos cenado. Aunque normalmente siempre cenamos. Lo que tú has cocinado. Dios mío, ¿no serás tú un cebador?

—¿Qué es un cebador?

—La persona que se excita viendo cómo comen los demás —digo, cada vez más acalorada—. Son tíos que se ponen sexualmente a tono cuando su novia se acerca a los quinientos kilos y ganan kilos y grasa sobre los kilos y grasa que ya tienen. ¡Eres un cebador! Y por eso preparas siempre la cena.

—Preparo siempre la cena porque tú solo sabes cocinar pasta con pesto —replica Ben—. Y esa ensalada rara con queso de cabra. Aparta de eso, eres de la creencia de que toda la comida debe cocinarse a máxima temperatura.

—La máxima temperatura es la única temperatura que sirve para cocinar —digo, arrastrando las palabras—. Las demás temperaturas son solo para quedar bien.

Ben abre la puerta de la calle y la temperatura ambiente asciende varios

grados en cuanto entramos. Curiosamente, el aire caliente me hace sentir más mareada y todo empieza a dar vueltas. Cuando llegamos al segundo piso, señalo la puerta que queda a la izquierda.

—ELFRIEDE JELINEK —susurro.

—No grites —dice Ben.

Me tapo rápidamente la boca con las manos. Las abro a continuación para formar con ellas un pequeño altavoz.

—Elfriede Jelinek —susurro a través de mi improvisado altavoz.

—No sé quién es —dice Ben.

—Je-li-nek. La ganadora del Premio Nobel. *La pianista. Bambiland. Las amantes.*

Ben se encoge de hombros, un gesto que, por un motivo que desconozco, me enfada muchísimo. En algún rincón de mi cerebro incorporo el *glühwein* austriaco a la lista de bebidas alcohólicas que me hacen enfadar muchísimo y que, en consecuencia, debo evitar en el futuro. En la lista constan ya el *whisky* y el vino de Skåne.

—Eres un ignorante —digo, enojada—. En nuestra casa vive una ganadora del Premio Nobel. UNA GANADORA DEL PREMIO NOBEL. En nuestra casa. En el medio de nuestra calle. «*Our house. Was our castle and our keep*».^[9] —canturreo—. En nuestra casa. Una ganadora del Premio Nobel. Jelinek. Inculto.

Seguimos subiendo con terquedad las escaleras, aunque el mundo empieza a oscilar de un modo un poco excesivo para mi gusto y mi dolor de cabeza. Noto un sabor acre en la boca.

—Seguramente hay muchas cosas que tú también ignoras —dice Ben—. Como qué es un Buick Grand National, por ejemplo.

—Sé lo suficiente para saber que no quiero saber qué es un Buick Grand National —digo.

Me he puesto a cuatro patas, puesto que me parece la forma más segura de seguir subiendo la escalera.

—¿Y quién es ahora el ignorante? —dice Ben—. Ven, dame la mano.

Le rechazo la mano.

—No, puedo apañarme sola.

Escupo y sigo trepando las escaleras a cuatro patas. Me voy a mi tonel.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, veo que Ben me ha dejado un vaso de agua y dos aspirinas en la mesita de noche. En el suelo, junto a la cama,

hay también un cubo, que por suerte está vacío. El piso está limpiísimo, la colada está tendida en el tendedero, Optimus ha comido y el cuarto de baño huele a ambientador. Para mi sorpresa, Ben ha ordenado además todos los zapatos del recibidor. Cuando le doy las gracias por todo, dice que lo de los zapatos no es cosa suya, que fui yo quien los ordenó cuando por fin logré subir toda la escalera y entrar en el piso.

[9] Después de decir «En nuestra casa. En medio de la calle» («*Our house. In the middle of our street*», en el original), Julia cae en la cuenta de que esas frases coinciden exactamente con la letra de una canción del grupo Madness, titulada *Our House*, que continúa con «*Our house. Was our castle and our keep*», que podría traducirse como «Nuestra casa. Que era nuestro castillo y nuestra fortaleza», de ahí que las entone. (*N. de la T.*)

Ben y yo fingimos ser Baryshnikov y Anna Pavlova sobre hielo. Con el mercadillo de Navidad cerrado, han instalado delante del ayuntamiento una pista de hielo enorme. De los árboles cuelgan copos de nieve de plástico y el edificio del consistorio está iluminado con luces de color morado. A pesar de que son casi las nueve y media de la noche, la pista sigue llena de gente. En los altavoces suena música clásica, lo que encaja a la perfección con nuestra improvisación de saltos, pasos y piruetas.

—Creo que tendríamos que descansar un poco —digo, cuando nos detenemos con una pose dramática—. Y después imitaremos a Nancy Kerrigan y Tonya Harding.

Ben sonrío antes de impulsarse para salir con el brazo izquierdo hacia delante y la pierna derecha hacia atrás. Intento patinar hasta la rampa lateral sin chocar con la gente. Esta noche es un poco distinta porque Ben ha pagado la entrada y el alquiler de los patines. Ha conseguido un trabajo a través de los polacos del distrito tercero. Antes de eso, hubo un intento fallido como vendedor de entradas para conciertos de Mozart, un trabajo al que puede acceder la mayoría de chicos desesperados y con aspecto más o menos pasable de Viena. Todos los disfraces de Mozart le iban pequeños y les decía a los turistas que fueran a ver otros conciertos de Mozart que eran mejores que los que él vendía. Después de dos semanas de intentarlo, solo consiguió ganar veinte euros, puesto que iba a comisión. Ahora trabaja de enlucidor de paredes.

—Son todos unos chupópteros —dice Ben—. A cualquier austriaco le pagarían veinte euros la hora por el trabajo. A mí me dan ochenta céntimos el metro cuadrado. Por lo que calculo que, aun en el caso de que enluciera tres veces una casa de cien metros cuadrados, solo obtendría ochenta euros. Pero, al menos, es un trabajo.

—Me siento muy orgullosa de ti —digo.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Si tuviera cinco años y te hubiera hecho un cuadro precioso con trocitos de

pasta, podrías decir que te sientes orgullosa de mí —dice Ben—. Pero esto es un trabajo de mierda. Aunque al menos me permite poder pagar la comida y otras cosas.

Mientras estoy en la rampa intentando que los dedos congelados de mis pies cobren vida, veo a lo lejos a Karen, que también trabaja en Berlitz. Karen es tan delgada y está siempre tan pálida que varios alumnos le han preguntado si está enferma. Un alumno incluso ha empezado a traerle bocadillos y naranjas.

—¡Hola, Karen!

Karen me ve y se acerca. Lleva una bolsa grande en la mano.

—¿Has terminado o empiezas ahora? —le pregunto.

—Ya me voy a casa —dice—. ¿Estás sola?

Respondo con un gesto negativo y señalo a Ben, que ha dejado de ser un bailarín de *ballet* para ponerse a bailar como un robot en medio de la pista de hielo con dos niños que se están partiendo de la risa. Karen y yo nos quedamos mirándolo un buen rato.

—Tenía ganas de preguntarte una cosa —dice Karen, pasado un tiempo—. ¿Te interesaría dar clases nocturnas en la universidad? Es un curso para principiantes que imparto normalmente, pero en estos momentos estoy demasiado ocupada.

—¿En la Universidad de Viena? —replico—. ¡Por supuesto!

—Estupendo —dice Karen—. El curso no empieza hasta septiembre, pero pagan el triple que en Berlitz.

—¡Caray, gracias!

—Y pronto voy a tener un montón de tesinas que calificar también de la universidad, si quieres algunas —dice—. También está bien pagado y no voy a poder con todas.

Karen se marcha y no puedo dejar de sonreír. Un trabajo en la universidad. En Berlitz también están empezando a pagarme más porque he sobrepasado las tres mil horas impartidas. Y para ponerle la guinda al pastel, hoy mismo he tenido una idea magnífica para una novela, que se desarrollará en Australia, sobre un sacerdote católico y una chica. Incluso sé cómo se llamará el sacerdote: padre Ralph. Lo cual, de hecho, es extraño, porque siempre había pensado que Ralph es un nombre un poco de tonto, pero sé que un escritor siempre tiene que hacer caso a su instinto. ¡Será una novela preciosa y conmovedora! Corro hacia Ben, que sigue en la pista de hielo.

—¡Ben! ¡Voy a dar clases de inglés en la universidad! —grito.

—¡Ven aquí, profesora universitaria!

Ben me coge la mano derecha, la levanta y hago una pirueta. Cuando me suelta, digo:

—No creo que puedas llamarme profesora porque no es más que un curso nocturno, pero mola igualmente.

—El enlucidor y la profesora —dice.

—No sé si las profesoras están autorizadas para salir con enlucidores de paredes —le digo en broma.

—Lo siento, pequeña —dice Ben, levantándose de nuevo la mano para que yo pueda hacer otra pirueta—. Pero vas a tener que aguantarme el resto de tu vida.

Lo que más me gusta de estar con Ben no son estos momentos de locura, sino la tranquilidad de la rutina diaria. Desayunar juntos, ir al supermercado Billa o al Merkur a hacer la compra, o sentarnos en el sofá al caer la noche, yo con una copa de vino tinto y él con una jarra de cerveza (ahora que lo he convencido de que no existe ninguna ley que diga que hay que beberla directamente de la lata), y comer chocolate Lindt con caramelo y un toque de sal. Es en estos momentos que siento gran alegría y satisfacción, una paz que nunca antes había experimentado. Parte de mí empieza a confiar en que Ben se haya olvidado de verdad de Berlín.

—Bubbles tendría que deshacerse de ese perdedor de Johnny —dice Ben—. Estaría mucho mejor sin él.

—Johnny acabará siendo la perdición de Bubbles —digo—. Sin tener que dar mucho a cambio.

Como Ben no había visto nunca *The Wire*, hemos empezado a visionar lentamente las cinco temporadas y ya hablamos de McNulty, Kim, Omar y Herc como si fueran conocidos nuestros de toda la vida.

—Pawel, el del trabajo, me ha dicho que hay buenas pistas de esquí a solo una hora de Viena —dice de repente Ben.

—Sí, lo sé —digo—. Semmering.

—¿Por qué no me lo habías mencionado nunca?

—Porque el esquí no me interesa —respondo.

—¡Tenemos que ir! —exclama Ben—. Si de verdad está tan cerca de Viena, me ha dicho Pawel que puedo tomar prestado el equipo de *snowboard* de su primo y todo lo que necesite.

De entrada, no digo nada.

—Umm..., no sé —replico por fin—. Verme bajando una pista a cinco kilómetros por hora podría ser demasiado excitante para ti. No sé si podrías gestionarlo.

—Sería muy divertido —dice con entusiasmo Ben.

—De acuerdo —digo—. Podríamos ir el sábado. Pero solo si me prometes que no te pintarás rayas blancas debajo de los ojos ni me dejarás colgada en lo alto de una pista.

—Hecho —dice.

Y vemos un episodio más de *The Wire*.

Luego, mientras nos cepillamos los dientes, tenemos una discusión sobre si D'Angelo Barksdale tendría que haber delatado o no a Avon.

—No hay que chivarse —insiste Ben—. Jamás.

—¿Es una regla de los bajos fondos? —pregunto, bajando dramáticamente la voz—. ¡No te chives jamás! ¿Seguís además otras reglas?

—¿Yo? Yo no estoy en la mafia.

Me aclaro la voz.

—Entonces no hay reglas —digo—. Pero ¿hay cosas que se hacen y otras que no, en el mundo de los sintecho?

Ben se lo piensa.

—Supongo que compartir el alcohol cuando tienes, no robarle nunca el rincón de dormir a nadie y nunca, jamás, hablar con la policía.

—Suena un poco como el universo Berlitz —digo encantada—. Compartimos el libro azul de gramática de Murphy porque es el mejor, nunca le robamos un alumno a nadie y nunca, jamás, hablamos con Dagmar. Las similitudes son espeluznantes.

Apagamos las luces y vamos al dormitorio.

—¿Qué significa ser «efervescente»? —pregunta Ben mientras estamos acostados leyendo.

—Ser animado, entusiasta —respondo—. Pero ¿no tienes el inglés como lengua materna?

—Sí, supongo que sí —dice Ben, suspirando.

—Si te hubieses esforzado un poco más en el colegio, supongo que habrías sabido algo así —digo, medio en broma.

—Sí, mamá —dice Ben, y vuelve a suspirar.

Intento no sentirme molesta por la coletilla.

—Y hablando de madres y de cosas que las madres toleran, pero no personas como yo —digo—, ¿podrías dejar de ir tirando las camisetas sucias por toda la casa?

Ben vuelve a suspirar antes de replicar.

—Sí —murmura.

Vuelve a fijar la mirada en el libro, por lo que entiendo que no quiere que vuelva a interrumpirlo. Y casi tengo la sensación de que ha estado a punto de volver a añadir la palabra «mamá», pero que se ha reprimido en el último segundo.

El jueves siguiente es agotador. Todos mis alumnos son nuevos y de distintos niveles. Hay una mujer, que está en el Nivel Tres, que no puede dejar de hablar del apartamento que acaba de comprarse con su novio. Ya sé que el cuarto de baño es de mármol italiano, que hay como mínimo dos balcones y que el ascensor da directamente al piso.

—Y tiene ciento veinte..., ¿cómo se dice «*quadrameter*»? —pregunta.

—Metros cuadrados —respondo, cansada.

La mujer esboza una sonrisa radiante.

—Sí, tiene ciento veinte metros cuadrados —dice—. Y está en el distrito primero.

—Qué bien —digo, deseando que pare de una vez de hablar de su piso.

—Mi novio es viceconsejero delegado de Hewlett-Packard en Austria —dice, resplandeciente de orgullo.

Durante unos segundos me pregunto cómo sería mi vida si tuviera un novio que fuera viceconsejero delegado de Hewlett-Packard. Cómo sería no tener que pagar prácticamente toda la comida, por no hablar de cómo sería ser copropietaria de un piso con él.

—Debe de pasar muchas horas en el trabajo —digo, intentando encontrar alguna cosa negativa.

La mujer mueve la cabeza hacia uno y otro lado.

—No tanto —dice—. Y siempre procuramos disfrutar de unas buenas vacaciones. El invierno pasado estuvimos en las Maldivas.

—Oh. —Es todo lo que se me ocurre decir.

Y como a estas alturas ya estoy harta de su fantástico apartamento, de su novio y de sus vacaciones, la obligo a realizar un ejercicio de adverbios de lo más aburrido.

Las últimas tres clases las doy a un hombre especialmente desagradable con el pelo rubio rojizo. Por alguna razón que desconozco, y pesar de ser un estudiante del AMS, lo han colocado en clases particulares y no en un grupo con más alumnos. Acabamos de leer un artículo de *Passport*.

—¿Qué es un «*behemoth*»? —pregunta, señalando una palabra de la revista.

Durante unos instantes me pregunto si puedo darle alguna respuesta falsa para escaquearme, pero estoy tan cansada que no se me ocurre nada. Anoche, Ben estuvo roncando. Me he dado cuenta de que lo hace cuando bebe mucho, y desde que trabaja enluciendo paredes para los polacos está bebiendo más de lo normal.

—La verdad es que no lo sé —digo—. Pero lo miraré durante la pausa.

El hombre me mira con cara de asco.

—¿Qué no lo sabes? —dice.

Entiendo ahora por qué ese hombre de pelo rubio rojizo no comparte clases con más gente. Para que no le den en la cabeza con el libro de texto del Nivel Seis.

—Si tuviera que adivinarlo, por el contexto de la palabra, diría que es algo tremendamente negativo —digo, intentando salvar la situación—. Se trata de una palabra cuyo origen no es inglés, esto es evidente.

—¿Eres mi profesora de inglés y no sabes qué quiere decir una palabra? —repite el alumno.

De pronto me entran ganas de volver a casa lo antes posible. De alejarme de idiotas como este tipo. De alejarme de Berlitz y del mundo entero. De estar en un apartamento vacío, yo sola, sin tener que hablar con nadie.

—Todos somos humanos —digo, intentando sonreír. Y entonces pronuncio la frase que suelo emplear con mis alumnos—: Los profesores no somos diccionarios.

—¿Es cierto que eres sueca? —pregunta el hombre—. ¿Que no eres inglesa? ¿Que el inglés no es ni siquiera tu idioma materno?

—Si pasamos a la página treinta y siete, podremos... —digo, intentando disimular que me tiembla la voz de rabia.

Pero el hombre se niega a darse por vencido.

—Si no sabes lo que significa esa palabra —dice—, creo que pediré otro profesor.

Me gustaría gritar y decirle que ni siquiera está pagando las clases, que las está pagando el Estado austriaco y que, en esas condiciones, cómo se atreve a ser tan exigente.

—¿Solo porque no sé qué es un «*behemoth*»? —digo.

—¿Sabes si Ken está libre los jueves a esta hora? —pregunta—. Me han dicho que es bueno.

—Lo miraré con la secretaria —respondo.

Cuando por fin termina la clase, me quedo un rato sentada. Por suerte, nadie necesita el aula. Miro fijamente delante de mí y deseo intensamente estar sola en mi apartamento. Solo unas horas. O incluso unos días. En estos momentos no me apetece ni hablar con nadie ni oír hablar a nadie, ni siquiera a Ben. Pasados veinte minutos, me levanto y voy a la sala de profesores a buscar la chaqueta.

Cuando llego a casa, respiro hondo antes de abrir la puerta.

—¿Hola? —digo, esperando que Ben esté aún trabajando.

—Estoy aquí —responde Ben—. En el salón.

Me quito los zapatos y veo un calcetín negro de Ben en el suelo del recibidor. El que tiene un agujero enorme en el talón, el que con tanto orgullo llama «su cebolla» cuando levanta el pie para enseñarlo. Lo cojo y entro en el salón.

—He encontrado esto al lado de los zapatos —digo.

—Oh, lo siento —dice Ben—. Lo había echado en la cesta de la ropa sucia.

Está sentado a la mesa con mi ordenador portátil y en la pantalla veo un juego de carreras en pausa.

—He encontrado en Internet un juego de conducción que mola muchísimo —dice—. Puedes conducir por la pista de Nürburgring.

Mi enfado se multiplica de inmediato por diez.

—En ningún momento te he dicho que pudieras instalar cosas en mi ordenador —digo.

—¿Por qué estás de tan mal humor? —dice Ben.

—No estoy de mal humor —replico, intentando controlar la voz—. Solo estoy un poco cansada y te agradecería que me pidieras permiso antes de instalar cosas en mi ordenador.

Voy al cuarto para poner el calcetín en el cesto de la ropa sucia y pienso en lo mucho que me gustaría sentarme sola en el sofá con Optimus y ver la tele. Tengo la sensación de estar asfixiada con la presencia de Ben. En la mesita de noche veo una lata vacía de Ottakringer. La cojo e irrumpo de nuevo en el salón.

—¿Tienes que ir dejando latas de cerveza por toda la casa? —pregunto con rabia, depositándola delante del ordenador.

—Es solo una —dice Ben—. ¡Estás de un humor que da asco, joder!

—¿No te acabo de decir que no estoy de mal humor? —digo—. Pero la verdad es que llegar a casa y encontrarte el apartamento lleno de calcetines y latas de cerveza es de lo más repugnante.

—¿Repugnante? —repite Ben—. Y ahora me dirás que tu mierda no huele.

Sus palabras me hacen explotar.

—A veces eres espantoso —digo entre dientes—. Yo no soy la que, sin motivo alguno, ha comido pienso de perro a veces, o la que se limpia los dedos en los calcetines mientras comemos. Limpiarse los dedos en los calcetines. ¿Eres consciente de lo asqueroso que es eso? ¡A veces te miro y siento vergüenza!

Ben no dice nada, pero su cara ha oscurecido un tono y su mirada se ha vuelto más dura.

—Y a veces incluso tengo la sensación de que mostrarte como un guarro y un proletario te excita —continúo—. Y lo odio. Eso sin mencionar cómo te comportas con mis amistades. Actúas de forma agresiva y provocadora, como si quisieras darles motivos para no ser de su agrado antes de que les dé tiempo a descubrir realmente un motivo para que no seas de su agrado.

—Todos tus amigos son unos idiotas —dice Ben entre dientes—. Excepto Rebecca.

—Oh, sí, claro, y el Inglés resulta que es un puto profesor de filosofía.

—De hecho, el Inglés estudió Filosofía —dice Ben—. Durante cuatro años.

—Todos los que estudian Filosofía son idiotas. Es una pérdida de tiempo sin futuro alguno. Es como estudiar *Los Simpson*. Y no quiero hablar más sobre el Inglés, lo que quiero es hablar sobre el hecho de que tu conducta es totalmente inaceptable. Me merezco algo mejor que esto. ¡Gracias!

Ben fija la mirada en el ordenador.

—Creía que éramos «iguales», que caminábamos «el uno al lado del otro» —dice, con voz impostada.

—¿Bromeas? —digo—. ¿Igual que yo? ¿De verdad te consideras igual que yo? ¿Pretendes hacer el chiste del siglo? ¿Y sabes otra cosa? No me gusta eso que me haces en el culo con la lengua. SIMPLEMENTE FINJO QUE ME GUSTA.

Me marchó corriendo a la habitación y cierro de un portazo. Tres cuartos de hora más tarde, salgo de nuevo porque ya estoy más calmada. Además, necesito ir al baño, y eso que, por una décima de segundo, me he planteado hacer pipí en la maceta del lirio de la paz para no tener que salir del cuarto. Pero entonces me doy cuenta de que ya estoy preparada para pedir perdón.

Ben está en la cocina, preparando un chili. No sé si el rojo de sus mejillas es por el vapor o por otra cosa.

—Lo siento —digo.

—Yo también —dice él, aunque su voz suena extrañamente fría.

—Te quiero —digo.

—Yo también te quiero —dice Ben, con aquella voz extraña.

Es la primera vez que lo decimos, pero el ambiente no podría ser menos amoroso.

—Y eso que he dicho de lo de la lengua —digo con cuidado—. No siempre finjo. A veces me gusta. O... no me importa que me lo hagas. Cuando me lo haces.

—No pasa nada —dice Ben, concentrándose en abrir una lata de frijoles—. No volveré a hacértelo más.

—Tampoco es eso.

—No pasa nada —repite, pasando entonces a una lata de alubias rojas.

Sigo en la puerta, observando cómo mezcla el contenido de las latas en la cazuela grande.

—He tenido un día horroroso con los alumnos —digo, y empiezo a contarle a Ben lo del hombre del pelo rubio rojizo.

Sé que para compensar mi arrebató tendré que mostrarme dócil como un corderito durante lo que queda de noche, y estoy dispuesta a hacerlo. Mientras comemos —poco a poco y con muchos chistes forzados por mi parte—, el ambiente se vuelve más normal, y después de cenar vemos dos episodios de *The Wire* y comemos chocolate Lindt, como es habitual.

Al día siguiente, todo me va mejor en el trabajo. Solo tengo tres grupos y uno de ellos es el formado por Bettina, Steffi y Hans.

—Los deberes que nos das eran un poco duros —me dice Steffi.

—Los deberes que nos diste... —digo, corrigiéndola con amabilidad—. ¿Por qué piensas que...?

De pronto, me quedo helada. Del mismo modo que hace unos meses sabía que Ben estaría esperándome en la puerta de la academia y no en Starbucks, ahora se me ocurre algo con la misma fuerza y la misma claridad.

Cuando acabo la última clase, bajo corriendo Mariahilferstrasse hasta Stiftgasse, voy de allí hasta Burggasse y enfilo finalmente Neustiftgasse. Me arde la garganta de tanto correr y tengo la espalda empapada en sudor. En cuanto llego a mi casa, subo las escaleras a tal velocidad que tropiezo y me doy un golpe en la rodilla. El conserje serbio que está fregando la escalera me pregunta si me he hecho daño. Muevo la cabeza en sentido negativo y le digo que solo es un rasguño, aunque la rodilla me duele un montón y tengo los ojos llenos de lágrimas.

Irrumpo en el apartamento y voy directamente a la habitación.

—¡Ben! —grito.
Pero ya lo sé.
Se ha marchado.

—¿Qué haces? —me pregunta Rebecca, nerviosa.

Me ha encontrado agachada junto a un arbusto, con las mejillas manchadas de tanto llorar. Va cargada con dos bolsas de mano de color azul oscuro llenas de libros de inglés, lo que significa que debe de haber venido directamente desde Berlitz después de haber leído el mensaje de texto que le he enviado.

—Intento encontrar a Ben —digo, secándome la cara e incorporándome para ir a mirar en el arbusto siguiente, por mucho que sea de sobra evidente que no esconde detrás a un hombre de metro noventa y cinco de altura.

Ha oscurecido y los copos de nieve se han transformado en duros balines de hielo. Aparte de la luz de las farolas, Stadtpark es un lugar completamente oscuro y hostil. De vez en cuando, se oye algún que otro graznido en el apestoso estanque que hay en la zona central del parque. De todos los parques de Viena, Stadtpark siempre ha sido el que menos me ha gustado, tanto por la caca de pato que hay por todas partes como por los vagabundos que abundan por allí. La ironía del destino me ha vuelto a llevar hasta aquí en busca de mi vagabundo.

—Pero no lo encuentro —digo, con voz temblorosa.

Veo el brillo de un condón usado entre las hojas y el arbusto hiede a meados y excrementos humanos, lo que me obliga a retroceder. Me vuelvo hacia Rebecca.

—No lo encuentro —repito, y rompo de nuevo a llorar.

Con cuidado, Rebecca me acompaña hasta el banco más próximo y nos sentamos.

—A lo mejor ha sufrido un accidente y se lo han llevado al hospital —sugiere.

—He llamado al teléfono de emergencias y a todos los hospitales, y no dan con él —digo, sollozando.

—¿Y si lo han arrestado?

—De ser así me habría llamado, ¿no?

—No si lo que ha hecho es tan horrible que no quiere que te enteres.

—Algo tan terrible ¿como qué?

Rebecca no responde, pero me lanza una mirada que podría sugerir cualquier cosa, desde robar un huevo Kinder hasta un acto de necrofilia.

—Y lo habrás llamado ya al móvil, ¿no?

—No tiene teléfono móvil —digo—. Y tampoco sé su dirección de correo electrónico, si es que tiene.

—¿Y Facebook?

—No tiene Facebook. Dice que Facebook es para idiotas.

—Pero tú tienes Facebook.

—¿Y?

—¿No te molestaba un poco que calificara a todos los que están en Facebook de idiotas estando tú también en Facebook?

—La verdad es que Facebook me importa tan poco que nunca me dolió ese comentario —digo.

En estos momentos no me apetece en absoluto mantener una conversación sobre Facebook. Solo quiero hablar sobre Ben porque, si hablo sobre él, es como si no se hubiera marchado.

—No lo entiendo —digo.

—Si te ha dejado por esa discusión, es que no se merece estar contigo —me dice Rebecca.

—No —digo, negando con la cabeza—. Soy yo la que no se merece estar con él. Siempre fue muy bueno conmigo, y estaba feliz y loco por mí, y yo siempre estaba incómoda y enfadada con él porque... ¿Por qué? ¿Porque no tenía estudios? ¿Porque no tenía un trabajo enrollado o prestigioso? He destruido lo mejor que me ha pasado en la vida por culpa de un calcetín y una lata de cerveza. Soy una esnob imbécil y gilipollas.

—No digas eso —dice Rebecca, regañándome.

—Y ahora se ha ido y por culpa mía. Soy una idiota.

Seguimos sentadas, a oscuras. Sollozo y moqueo pegada al abrigo de Rebecca.

—No tienes por qué sentirte como una tonta del culo por querer algo mejor —dice, abrazándome.

—Soy una tonta del culo —repito.

Sigue cayendo aguanieve y lo único que se escucha es el sonido amortiguado del tráfico en la lejana calle que rodea el parque.

A la mañana siguiente, me acerco al distrito décimo, al distrito donde viven Kobra, Vichor y Strawberry para ver si Ben está con ellos. Pero donde en su día estaba el edificio, ahora no hay más que una sima de gravilla y ladrillos protegida por una desvencijada valla.

Pasan los días y encuentro nuevos motivos que explicarían la marcha de Ben. Al final ha decidido irse en autostop a Berlín. Se ha encontrado con un viejo amigo. Los polacos le han conseguido un trabajo urgente fuera de Viena. ¡Está preparándome una sorpresa enorme y emocionante! Pero ninguno de esos motivos parece sincero.

Los días se transforman en semanas. Empiezo a esperar. Y a esperar. Y me convierto en un robot. Voy al trabajo, doy clases, voy al gimnasio, espero el tranvía, le doy de comer a Optimus, me limpio los oídos con un bastoncito de algodón. Hago todo lo que normalmente hago. Pero, por otro lado, hasta el último átomo de mi ser grita sin cesar: «¿DÓNDE ESTÁ BEN?». Sus camisetas, que he doblado perfectamente después de lavarlas, siguen en la estantería de la habitación. En el cajón de la cocina, el cuchillo que compramos descansa sobre un paño de cuadros. En el lavabo hay unos pelillos oscuros de barba que no tengo valor de limpiar. En una estantería del salón, hay un par de papeles arrugados con recetas y tres monedas. En la mesita de noche, sigue abierto *El umbral de la noche*, de Stephen King. Todo está como debería estar. Exceptuando el detalle de que Ben no está aquí. El único que está feliz es Optimus. Como un antiguo amante indulgente, vuelve a acariciarme la mano con el hocico y rasca la arena con exagerado entusiasmo cada vez que visita la bandeja.

Empiezo a echar tanto de menos a Ben que se me hace difícil concentrarme en cualquier otra cosa. Recuerdo todos los motivos por los que lo quiero: porque me acepta totalmente; porque piensa que la canción *Always*, de Erasure, es la canción más bonita del mundo, aunque nunca lo reconocería delante de sus amigos masculinos; porque con él nunca tengo que fingir; porque parece pensar que todo lo que yo hago es fantástico; porque cree, igual que yo, que el queso *halloumi* está sobrevalorado y que la *capoeira* es una tontería; porque es alto y sexi; porque no le da ninguna vergüenza adorar a Arnold Schwarzenegger; porque me recuerda al chico enrollado del colegio que siempre encontré sosa a gente como yo; porque hace unas semanas tuvimos una conversación larguísima

en falso portugués; porque es la única persona que he conocido que sueña cada noche con que es un superhéroe; porque el sexo con él es asombroso, pero nunca dura tanto como para empezar a pensar que ya es hora de ir limpiando la nevera; porque me hace reír; porque le gusta *Dentro del laberinto* tanto como me gusta a mí; y porque todos los colores de la vida se han vuelto mucho más intensos desde que lo conozco.

Y entonces llega la carta.

Al principio ni la veo porque está medio escondida en un folleto publicitario de Billa con una oferta donde se puede leer algo así como: *Ja! Yogur de fruta Natürlich a 0,59 euros y queso emmenthal a 1,29 euros*. No es hasta que lo dejo en la cocina, con la intención de poner el papel debajo de la bandeja de arena de Optimus, que detecto su presencia. Está dirigida a Ben y es la única carta que ha recibido desde que se trasladó a vivir conmigo. Cuando veo el logotipo azul oscuro del sobre, el corazón empieza a latirme a mayor velocidad. Abro el sobre y leo que Ben ha sido aceptado en el curso subvencionado de Ingeniería Mecánica de la Technische Universität de Viena. Había enviado el formulario de solicitud semanas antes de nuestra discusión.

Vuelvo a salir con Leonore. Estamos en la temporada de baile y por todas partes hay chicas y mujeres temblando de frío, con vestidos largos y peinados recogidos y duros como piedras. Durante los dos próximos meses, la dieta habitual de la población de Viena consistirá en vino *prosecco* y *krapfen*, esos bollitos dulces rellenos de mermelada de albaricoque.

Leonore y yo estamos en el bar del hotel Metropolitan, el lugar donde se tiene que estar en estos momentos. O, al menos, eso dice Leonore. Igual que Optimus, me observa con mirada indulgente y, a la vez, condescendiente.

—Estaba pensando en poner en escena los *Monólogos de la vagina* —dice—. Con la idea de que los beneficios se destinen al refugio de mujeres del distrito trece.

—¿No crees que *Monólogos de la vagina* es una obra que ya está un poco pasada de moda? —cuestiono—. Un poco noventera, ¿no?

Leonore se queda mirándome.

—¿Cómo quieres que esté pasada de moda la lucha por la independencia y la liberación de la mujer? —dice.

Noto una cosa roja y caliente explotando en mi interior.

—¿La lucha por la independencia y la liberación de la mujer? —repito—. Piensa que no vas a luchar contra los talibanes en Afganistán, sino a plantarte en un escenario durante dos horas para hablar sobre vaginas. En un espectáculo que se centra en experiencias sexuales más bien brutales y que es increíblemente negativo en cuanto a las relaciones sexuales entre hombres y mujeres. Y que contiene ese monólogo tan desagradable sobre la «buena violación» a la que se expone una niña de trece años. ¡Odio los *Monólogos de la vagina*!

Leonore me mira sin pestañear. He conseguido incluso sorprenderme a mí misma. A decir verdad, ni siquiera tengo nada contra los *Monólogos de la vagina*.

—¿Eres antifeminista o qué? —me espeta.

—¡Vaya, Leonore, has sacado a la luz mi secreto! —digo—. Tienes toda la razón: odio a las mujeres. Donde deberíamos estar todas es en la cocina.

Si lo último que deseo en estos momentos es volver a casa, ¿por qué estoy intentando sabotear la velada?

—Creo que tal vez tendría que ir yéndome ya para casa —dice Leonore, con voz gélida—. Mañana tengo que levantarme temprano.

—¡No! Quédate, por favor —digo—. Siento haber sido un poquito brusca. Por supuesto que puedes estrenar lo que te apetezca. Serías una... una vagina fantástica —digo, con la máxima normalidad posible.

El rostro de Leonore se ilumina de inmediato.

Cinco minutos después, me coge por el brazo.

—Oye, y qué pasó con ese tío... ¿Cómo se llamaba? Sí, el que vivía en la calle.

—Simon —digo, porque Leonore sabe perfectamente bien cómo se llamaba.

—¿Sí? ¿De verdad que se llamaba Simon? —dice—. ¿Qué fue de él?

—Tuvo que marcharse una temporada a Ámsterdam —digo.

—Ya —dice Leonore, y empieza a contarme el viaje a Hawái que el Hombre Beis, ella y su hijo están planeando para Semana Santa.

Una hora más tarde, en Passage, tengo la sensación de estar inmersa en un espantoso *déjà vu* del que ni siquiera la enorme cantidad de alcohol que he bebido es capaz de sacarme. Todo es igual, pero no. Y ello se debe a que Ben llegó a mi vida y se fue. El suelo de Passage está cubierto con charcos parduzcos, consecuencia del hielo fundido que arrastra todo el mundo en los zapatos, y el ambiente es más húmedo de lo normal. Pido un cóctel para Leonore y otro para mí. A mi alrededor, los hombres van vestidos de frac y con el pelo engominado, lo que significa que se han escapado de algún baile que se celebra en las cercanías. Noto que alguien me da unos golpecitos en el hombro. Es Mike, el actor de la academia de idiomas.

—Hola, Julia.

—¡MIKE!

Me abalanzo sobre él y le estampo dos besos en las mejillas, a pesar de que nos hemos visto en el trabajo hace tan solo un par de horas y nunca nos hemos besado en la mejilla. La noche parece estar repleta de sorpresas.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta Mike, echando un vistazo a su alrededor.

—¿Es esta tu mejor frase para empezar a ligar? —digo, con voz profunda, intentando lanzarle una mirada seductora.

—Yo, yo... No era mi... —Mike tartamudea.

Le doy un puñetazo en el brazo.

—Relájate —digo—. Pero ahora en serio, ¿qué dices cuando intentas ligar con alguien? ¿Le preguntas la hora o qué?

Mike se lo piensa unos instantes.

—Supongo que le pregunto cómo se llama —responde por fin—. ¿Te has enterado de que es posible que cierren nuestra sucursal de la academia para trasladarla a otro lado? Por lo visto, el alquiler que pagan es altísimo.

—¡No me digas eso, Mike! ¡No! —replico, enojada—. Nada de hablar de trabajo. No seas malo. Lo que quiero es conocer a la persona que se esconde detrás del actor que se esconde detrás del profesor de inglés. O al actor que se esconde detrás de la persona de Mike. A la persona que se esconde detrás de la persona de Mike. A Mike. ¿Quién eres tú?

Mike se queda mirándome. Pero la última y mayor sorpresa de la noche está todavía esperándome: voy a acostarme con Mike.

—Me has arañado —dice Mike.

Mike está sentado a mi lado en la cama, intentando tocarse la espalda. No digo nada porque confío en que, si mantengo los ojos cerrados, Mike desaparecerá. En que si me concentro mucho, muchísimo, lograré que se volatilice.

—Creo que incluso me has hecho sangre —continúa Mike.

Cierro los ojos con más fuerza. «Concéntrate, mujer, ¡concéntrate!».

—Dios mío, no me habrás dado un «mordisco de amor», ¿no? —dice Mike.

Miro de reojo a Mike y veo que se palpa el cuello con los dedos, como si yo le hubiera escrito en braille un mordisco.

El sexo ha sido mediocre, como mucho. Tanto Mike como yo hemos fingido que nos sentíamos más atraídos el uno por el otro de lo que en realidad nos sentíamos. Cuando Mike se ha quitado la camiseta, me he fijado en los pelos largos que tiene repartidos de forma aleatoria por el pecho y en tres marcas de nacimiento dispuestas en fila, como el Cinturón de Orión, bajo uno de los pezones. Al final, me he visto obligada a cerrar los ojos e imaginarme que era a Ben a quien tenía delante de mí.

—Eres bastante salvaje —dice la persona que sigue todavía a mi lado—. Jamás lo habría pensado de ti.

En vez de marcharse, Mike hace algo mucho peor. Se acurruca detrás de mí y me abraza como un monito pegajoso. Abro los ojos y fijo la vista al frente. Tengo que tensar todos los músculos del cuerpo para no empujarlo y echarlo..., en un mundo ideal, por la ventana.

—He pensado que, después de dormir, podríamos ir a desayunar a Wirr y luego dar un paseo por Schönbrunn —sugiere con satisfacción Mike—. Y en Burg Kino debe de haber sesión matinal. Tengo que advertirte de antemano que en el cine siempre tengo que comer palomitas.

Casi salgo volando de la cama.

—Mike, lo siento, pero tendrías que irte —digo, intentando ponerme el máximo número de prendas encima a la mayor velocidad posible. Gustosamente me habría puesto también el abrigo, los zapatos, la bufanda, el gorro y los

guantes y habría salido corriendo por la puerta, pero, por desgracia, estamos en mi casa.

—Pero si son las tres de la mañana —dice Mike.

—Viena es una de las ciudades más seguras del mundo —digo—. Mantente alejado de los hombres que veas al lado de una furgoneta con las puertas abiertas ofreciéndote caramelos y no te pasará nada, te lo prometo.

—Ni siquiera sé si los autobuses funcionan a estas horas. Y fuera hace frío. Ha empezado a llover.

—Mike, no eres una damisela, creo, y tienes que irte. Tengo novio. No, mejor dicho, prometido. Vamos a casarnos.

Mike no dice nada. Pero entonces se pone a buscar bajo la colcha. Luego bajo los cojines. Después detrás de las cortinas, hasta que coge el conejito de peluche gris que tengo en la mesita de noche y me lo enseña.

—Hola, soy el prometido de Julia —dice con la voz aguda de una niña—. Me abraza muy fuerte mientras comemos chocolate y vemos *Sexo en Nueva York*.

De entrada no sé cómo reaccionar. Estoy demasiado cansada, borracha y asqueada. El único pensamiento sólido que soy capaz de formar en mi cabeza es que hace más de diez años que no dan *Sexo en Nueva York* y que su insulto no es más que ridículamente erróneo.

—¿Qué? —digo—. Deja el conejo donde estaba.

—Si tienes un prometido, dime, ¿dónde está? —pregunta—. En el campo de «relación» de Facebook dejas muy claro que estás «soltera». ¿Cómo es posible, pues, que tengas un prometido?

Ben tenía razón. Facebook está lleno de idiotas.

—¿Y por qué te has acostado conmigo? —prosigue Mike.

No respondo.

—Eres muy mala prometida.

—Dame el conejo —digo.

Mike me lanza el conejo justo en el momento en que Optimus irrumpe en la habitación. Con un brinco silencioso, salta a la cama y empieza a olisquear a Mike.

—¿De dónde sales tú, lindo gatito? —dice Mike—. Eres un minino precioso. Un peludito bonito.

Optimus se instala en brazos de Mike y empieza a ronronear.

—¡Ven aquí, Optimus! —digo—. Optimus.

El ronroneo de Judas sube de volumen.

—¡Ven aquí, Optimus! ¡VEN AQUÍ!

Mike y Optimus siguen con sus arrumacos. Al final, me acerco y tiro de Optimus para sacarlo de los brazos de Mike. Con un sonoro «miau», se suelta, salta al suelo y sale corriendo de la habitación.

—Pero ¿qué clase de persona eres tú? —dice Mike, mirándome—. Primero eres infiel a tu prometido y me seduces, y luego torturas a tu gato.

—¡Sal de mi casa! —vocifero.

Mike se viste. Con cierta satisfacción, veo que, efectivamente, le he arañado con tanta fuerza la espalda que está sangrando.

—Tendría que ir un momento al baño —murmura Mike, cuando llega a la puerta.

—¡FUERA! —chillo, y lo empujo hacia la puerta.

Me cuesta mucho conciliar el sueño. Cuando finalmente consigo quedarme dormida, lo hago tan profundamente que ni siquiera oigo el móvil cuando suena.

Miro el número.

00160468530238

Alguien ha intentado llamarme dos veces. Los teléfonos móviles de Austria empiezan con 06 y los fijos con 01. Este número es muy largo y tiene dos ceros al principio. De pronto, se me forma un nudo en el estómago. Enciendo el ordenador y escribo los números. 001 604 es el código internacional de Vancouver, Canadá. Alguien en la casa empieza a gritar incontrolablemente de alegría.

Durante los tres días siguientes me niego a abandonar el apartamento. Digo en Berlitz que tengo gripe y a Rebecca le informo de que estoy viviendo circunstancias excepcionales y le pido que compre una lata de trocitos de carne en gelatina de Whiskas, para Optimus, y leche, pan y una botella de vino tinto portugués para mí.

—¿Sabes lo que es un teléfono móvil? —dice con amabilidad Rebecca—. ¿Sabes que puedes llevarlo siempre encima?

Toma asiento en el sofá a mi lado. Tenemos el móvil delante, en la mesita de centro.

—No lo entiendes —digo.

Llevo los últimos días sin apartar los ojos del teléfono y llevándolo conmigo de habitación en habitación. Incluso cuando voy al baño. Si me duchara correría el riesgo de no oírlo sonar, así que, como consecuencia, llevo el pelo sucio y mi pijama empieza a emitir cierto olor a rancio. En el transcurso de los últimos tres días, he descubierto además el nuevo mundo de la programación diurna de la televisión. Un mundo que consiste en telebasura alemana con programas con títulos como *Tormenta de amor* y espectáculos de música folclórica en los que los presentadores van vestidos con *lederhosen* y pasean por los verdes prados de la montaña. He descubierto también que Wenche Myhre, la estrella de la televisión noruega, sigue viva y que, por lo que se ve, disfruta de una floreciente carrera en los países de habla alemana.

—¿Has intentado devolver la llamada? —pregunta Rebecca.

—Más o menos cada diez minutos, pero no responden —digo—. Y ahora solo da señal de ocupado.

—¿Y si no es él?

—No conozco a nadie más de Canadá —digo—. Sé que es él. Lo sé.

—¿Y si Ben le dio tu número a alguien que conoce en Canadá mientras vivía aquí? —sugiere Rebecca—. ¿Y ahora esa persona simplemente intenta ponerse en contacto con él?

Me quedo en silencio.

—No se me había ocurrido —digo. Meneo la cabeza—. No, sé que era Ben que intentaba ponerse en contacto conmigo. Lo sé.

Y entonces, Rebecca dice lo increíble:

—Pero si Ben es, o era, un sintecho, ¿de dónde sacó el dinero para volver a Canadá? ¿Y por qué no ha intentado llamarte de nuevo?

No respondo. Seguimos sentadas en silencio, ambas con la mirada fija en el teléfono móvil.

Después de dos días más, me veo obligada a salir de casa. Rebecca dice que se niega a apoyar la existencia de Kasper Hauser que me he autoimpuesto y se ha terminado el papel higiénico. Mi amiga potencial, Elfriede Jelinek, nunca me habría traicionado de esta manera.

Con cara de pocos amigos, y aun llevando el teléfono encima, bajo apresuradamente a Billa, compro comida y papel higiénico y vuelvo corriendo a casa. El móvil suena cuando estoy subiendo por la escalera. Es Rebecca.

—Hola —digo.

—No pongas esa voz de decepción —dice—. He encontrado la dirección.

—¿Qué dirección?

—La dirección del número de teléfono. La dirección desde donde llamó Ben.

—¿Qué? ¡Gracias, gracias Rebecca! ¿Y cómo la has conseguido? Yo solo supe ver que el número era de Vancouver, nada más.

—He tenido que buscar un poco —dice Rebecca—. No he conseguido averiguar quién vive allí, pero lo que sí tengo claro es que Ben llamó desde el 1348 de Commercial Drive, Vancouver.

«1348, Commercial Drive, Vancouver. 1348, Commercial Drive, Vancouver. 1348, Commercial Drive, Vancouver», me repito.

—Incluso puedes ver la dirección en Google Street View —continúa Rebecca—. Se ve un sitio agradable.

Rebecca tiene razón. Cuando busco el 1348 de Commercial Drive, Vancouver, veo una calle ancha con árboles y tiendas. A la derecha de ese número hay un establecimiento con una marquesina negra que lleva por nombre «Caffé Amici». 1348, Commercial Drive, Vancouver. Ahora que por fin he encontrado una pista que podría llevarme hasta Ben, me invade una oleada de alegría y relajación. Es como si mis pulmones se llenaran de nuevo de aire.

—Rebecca, necesito que me hagas un favor —digo—. ¿Podrás ocuparte de Optimus mientras voy allí?

Rebecca es lo bastante inteligente como para no intentar hacerme cambiar de idea. Y formula, en cambio, preguntas directas y prácticas.

—¿No sería mejor, y también más barato, esperar a ver si vuelve a llamar?

—No puedo esperar más —digo—. Esta espera me está volviendo loca.

—Pero ¿y si te llamaba para romper contigo?

—Entonces, al menos, lo sabré —digo—. Me voy a Canadá. De hecho, siempre me ha apetecido viajar allí. Hasta la fecha nunca había tenido un motivo. Hace años que no me tomo unas vacaciones como Dios manda y tengo dinero para hacerlo. Y si encuentro a Ben, podré disculparme por todas las cosas horribles que le dije y contarle que sé que había decidido ponerse a estudiar.

Sé que sueño vulgarmente desesperada y que la parte más sensata de mí me está diciendo en voz baja: «No vayas». Pero decido no hacerle caso. Tener algo concreto que hacer después de tanto tiempo resulta maravillosamente liberador.

—¿No crees que recorrerse medio mundo por una simple corazonada recuerda un poco a Glenn Close en *Atracción fatal*? —dice Rebecca.

No replico. No caigo en la trampa.

—Imagínate que vas y te lo encuentras allí con una mujer y tres hijos. Una mujer que se llama Shania, o Melody o cualquier cosa por el estilo.

—Veamos, por un lado, sé que no será así —digo—. Y por el otro, al menos obtendré respuestas. Después de matar a Shania, claro. Cualquier cosa es mejor que no saber nada. —Me quedo unos segundos en silencio—. Algo tiene que haber pasado. Y, como mínimo, tengo que intentar averiguar qué es.

Seis días más tarde, estoy sentada en un vuelo de British Airways rumbo a Vancouver.

El avión va lleno hasta los topes. A pesar de que en el vuelo hasta Londres he podido disfrutar de asiento de ventanilla, después de la escala he acabado en un asiento de pasillo y tengo dos personas entre la ventanilla y yo. El asiento es duro y estrecho y, por mucho que me giro y me remuevo, no consigo ponerme cómoda. El espacio para las piernas es tan pequeño que mis rodillas tocan obligatoriamente con el asiento de delante y no sé cómo colocarme entre la manta, los auriculares, los calcetines, los tapones para los oídos, la cartulina con el menú y la almohadita que British Airways me ha proporcionado en el momento en que he subido a bordo. Acabo sentada con un montón de cachivaches en la falda, lo que hace imposible poder bajar la bandeja que tengo delante de mí. Los asientos contiguos al mío están ocupados por una pareja de unos cincuenta años que no se dirige la palabra. La mujer está leyendo un libro de bolsillo y el hombre tiene la mirada fija en el frente. Los demás pasajeros se han puesto ya los auriculares y están mirando sus pantallas.

—¿Le apetece algo de beber? —pregunta una voz de barítono.

Levanto la vista y veo a un hombre maquillado, con una peluca rubia de media melena y un pañuelo de seda de color rojo y azul que oculta su nuez de Adán.

—Un zumo de naranja, por favor.

—Aquí tiene —dice la voz de barítono cuando me hace entrega del zumo.

Me giro hacia el hombre sentado a mi lado para compartir la sorpresa sinceramente agradable de descubrir que el azafato es un travesti, o posiblemente un transexual, pero el hombre pide una cerveza sin ni siquiera mirarme.

Me hundo en mi asiento y pienso en cuánto me gustaría que Ben estuviese conmigo para poder hablar sobre el azafato. Desde que Ben se marchó, mantengo conversaciones mentales con él casi a diario. Para animarme, pienso en las tonterías que decía Ben, en sus opiniones sobre Tina Turner («Soy solo yo, ¿o no te parece que siempre ha tenido sesenta años?»); los *hippies* («Nunca he conocido a un *hippie* que no fuera también un quisquilloso»); Penélope Cruz («Me recuerda a una cucaracha»); y las sopas («La sopa es el futuro»). Son

cosillas ridículas que me hacen reír y que nunca contaría a nadie, precisamente por lo ridículas y triviales que son. Tengo ganas de que llegue el día en que aplaste una cucaracha y le diga a Ben que he matado una «Penélope Cruz». Sonrío para mis adentros, pero ni siquiera los recuerdos de Ben ayudan a que el tiempo pase más rápido. Me pongo a ver una comedia romántica protagonizada por Kate Hudson, pero, por desgracia, con la película casi me dan ganas de arrancarme los ojos. En el avión se escuchan gruñidos, toses, carraspeos, suspiros, conversaciones en voz baja y algún que otro ronquido. El pasaje no vuelve a la vida hasta que no se sirve la primera comida.

—Aquí tiene —dice la voz de barítono, depositando delante de mí una bandeja azul oscuro con comida.

La cantidad de comida que contiene la bandeja es sorprendente e incluso parece apetitosa. De pronto, el hombre sentado a mi lado se vuelve hacia mí.

—¿Ve lo que han hecho? —dice.

Veo que su mujer pone cara de exasperación antes de concentrar toda su atención en la comida.

Miro la bandeja.

—Tiene buena pinta —digo.

—Pero ¿ha visto qué comida nos dan? —dice el hombre.

Miro una vez más la comida e intento solucionar el misterio.

El hombre señala con su tenedor blanco de plástico.

—Pan blanco, pasta, carne roja y un postre cargado de azúcar —dice—. Comida con todas las garantías de provocar estreñimiento. —Se inclina hacia mí—. Las compañías aéreas hacen todo lo que está en sus manos para que no vayamos al baño. Y me refiero, sobre todo, a aguas mayores. Todo. Con este tipo de comida provocan estreñimiento. Me apuesto lo que quiera a que nunca se le había ocurrido.

El hombre me guiña el ojo, satisfecho, y empieza a untar el panecillo con mantequilla.

Pese a la posibilidad de estreñimiento, me lo como todo, más para pasar el tiempo que por hambre.

Después nos sirven café. Cuando le han llenado la taza de café, el hombre sentado a mi lado vuelve a girarse hacia mí.

—Provoca estreñimiento —dice, señalando la taza.

Sonrío y levanto el dedo pulgar.

—¿Qué le lleva a Canadá? —me pregunta.

—Un amigo. ¿Y ustedes? —Muevo la cabeza en dirección al hombre y su

esposa—. ¿Son canadienses?

—Sí —dice el hombre—. De Kelowna. A unas tres horas en coche de Vancouver.

—¿Han estado de vacaciones en Inglaterra? —le pregunto.

—No —responde el hombre, y de pronto la conversación toca a su fin.

Sacó el libro de Lonely Planet sobre la Columbia Británica que he comprado en Heathrow. Es la primera vez que estoy en América, aunque, después de verme forzada a seguir una dieta de tele norteamericana, casi tengo la sensación de haber tenido una vida paralela allí. O, al menos, en los Estados Unidos. Sobre Canadá no sé gran cosa, pero he visto *Desafío bajo cero*. Y de pequeña devoré todos los libros de *Ana de las tejas verdes*, lo que significó el inicio de mi deseo de visitar algún día Canadá y beber «cordial de frambuesa», fuera lo que fuera eso, igual que hacía Ana. Durante casi dos horas, leo información sobre lo que hay que hacer si te ataca un oso y sobre lugares llamados Kamloops y Banff, y admiro las fotografías de las montañas nevadas.

De pronto llega la hora de la siguiente comida. El hombre sentado a mi lado y su esposa se han quedado dormidos, así que soy la única que como. Después de cruzar tantas franjas horarias, ya no tengo ni idea si esa comida es el desayuno, el almuerzo o la cena.

Intento dormir, pero no lo consigo. En la pantallita que muestra el trayecto y la posición exacta en que se encuentra el avión, veo que en estos momentos volamos sobre mar abierto. Esto me hace pensar en el inicio de una historia apasionante que tengo que escribir sea como sea: sobre un grupo de estudiantes cuyo avión se estrella en una isla desierta. Pero, antes de llegar más lejos, suspiro, porque caigo en la cuenta de que William Golding ha escrito ya *El señor de las moscas*. Ben tiene razón, tal vez debería intentar escribir algo más cercano a mi propia vida.

Decido ir al baño para estirar las piernas. En la puerta hay varias personas esperando; parecen fantasmas de vuelos pasados. El azafato transexual y otra azafata murmuran entre ellos mientras preparan los termos del café. Un bebé rompe a llorar en algún lugar del avión. La atmósfera del interior se vuelve más asfixiante a cada minuto que pasa. La tripulación de cabina empieza a circular con agua y zumo de naranja.

Durante las horas siguientes, me cuesta permanecer sentada sin moverme y el dolor de las piernas se vuelve casi insoportable. Nos sirven una comida más. La sensación de claustrofobia va en aumento. Intento dormir, pero tampoco lo consigo esta vez. Mi asiento se ha convertido en una cárcel en miniatura. El libro

de Lonely Planet se me hace aburrido. Veo una comedia tras otra sin ver, en realidad, nada. El dolor de las piernas es muy intenso. Parece como si el viaje no fuera a acabar nunca. Y entonces, de pronto, el avión inicia su descenso.

El hombre me da un codazo y mueve la cabeza en dirección a la ventanilla.

—Canadá —dice, como si el destino del avión hubiera sido incierto hasta este momento.

Estiro el cuello para mirar por la ventanilla. Lo único que se ven son bosques de color amarronado.

—Pensaba que en Canadá había mayoritariamente pinos —digo.

—Son pinos —dice la mujer.

Es lo primero que ha dicho en todo el viaje.

—¿Y son marrones? —digo.

El hombre y la mujer me miran y asienten.

—Sí —dice la mujer—. Es por el escarabajo del pino, que está matando todos los árboles. Debe de haber matado ya más de la mitad de los árboles de la Columbia Británica. Hay quien dice que es la peor plaga de insectos del mundo. Y últimamente los inviernos nunca son lo bastante fríos como para acabar con esos bichos.

Estoy tan conmocionada que apenas puedo hablar. Abajo, hasta donde me alcanza la vista, solo se ven bosques de color marrón.

—¿De modo que todos estos bosques están muertos? —pregunto.

El hombre y la mujer asienten de nuevo.

—¿Y por qué nadie escribe sobre este asunto? —suelto—. ¡Es una noticia a nivel mundial! La mayor plaga de insectos del mundo. La mitad de los bosques muertos. Es terrible.

La mujer se encoge de hombros.

—Nadie escribe sobre Canadá —dice.

Miro enojada el libro de Lonely Planet, con sus fotos de bosques de color verde intenso, que tengo todavía en las manos. Conmocionada, durante el resto del descenso me niego a mirar por la ventanilla para protestar contra el escarabajo del pino y los bosques muertos de la Columbia Británica.

Aterrizamos por fin y, como un rebaño de zombis, todo el mundo sale del avión. Las piernas me duelen tanto que, de ser posible, me arrastraría por la

pasarela. Fuera está nublado, y un reloj que veo en el interior del edificio anuncia que son las once menos veinte. Me quedo un momento quieta, intentando discernir si son las once menos veinte de la mañana o de la noche. Después de un viaje tan largo y de más de veinticuatro horas sin dormir, el tiempo se ha convertido en un concepto escurridizo y confuso. Con las piernas tambaleantes, empiezo a moverme en la misma dirección que el resto de la gente. Me ataca una leve oleada de náuseas.

—Pasaporte, por favor.

Le entrego el pasaporte al hombre con barba de tres días que hay detrás del cristal antibalas e intento sonreírle al primer canadiense que conozco en Canadá. No me devuelve la sonrisa.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a Canadá? —pregunta el hombre.

—Vengo a visitar a un amigo —respondo.

—¿Cómo se llama su amigo y cuál es su dirección de residencia?

—Se... se... llama Ben Richards y vive en el 1348 de Commercial Drive. Aquí, en Vancouver.

¿Estoy imaginándome cosas o será verdad que el hombre ha reaccionado levemente cuando he mencionado Commercial Drive?

—¿Qué tipo de amistad tienen?

Tengo ganas de girarme hacia el viajero que tengo detrás para preguntarle si este hombre está de verdad autorizado para formularme esa pregunta. Pero lo que hago, en cambio, es pegarme al cristal antibalas para que solo él pueda oírme.

—Somos amantes —digo, y me sonrojo, más por enojo por lo personal de la pregunta que por turbación.

El hombre se queda mirándome un rato.

—¿De dónde viene?

—De Viena —digo—. Austria. He hecho escala en Londres.

—¿Y por qué viene de Viena si su pasaporte es sueco?

—Porque vivo en Viena.

—¿A qué se dedica?

—Soy profesora de inglés.

—¿Tiene intención de trabajar mientras esté en Canadá?

—No —digo—. Los canadienses hablan un inglés excelente. Aparte de los canadienses francófonos, claro está.

Me doy cuenta enseguida de que he cometido un error e intento reír. El hombre de la barba de tres días se queda mirándome.

—¿Pretende ser insolente?

Hago un gesto negativo con la cabeza y se me suben más si cabe los colores.

—Lo siento —digo—. En absoluto. No tengo intención de trabajar mientras esté en Canadá. Lo siento.

—¿Cuánto dinero lleva encima?

—Lle-llevo doscientos dólares canadienses en efectivo —digo, tartamudeando—. Y la tarjeta Visa.

—¿Cómo ha conseguido el dinero?

«A través del tráfico de personas en Moldavia», pienso. Pero no. Digo:

—Trabajando como profesora de inglés. En Berlitz. Como le he dicho, soy profesora de inglés.

Cuando finalmente consigo que el hombre me selle el pasaporte y me autorice a ir a recoger la maleta, noto que me tiemblan las piernas. Estoy consternada por el trato que he recibido por parte de los canadienses hasta el momento. Mentalmente, le canto las cuarenta a Ben porque los canadienses no son ni mucho menos lo simpáticos que siempre decía y, mentalmente también, Ben me asegura que lo que pasa es que da la casualidad de que he coincidido con un tarado que se excita comportándose como un cabrón con la gente.

La sensación de náuseas va a peor. Después de recoger la maleta, salgo a un vestíbulo enorme e intento localizar el tren que va directamente a Vancouver. El alivio que siento por haber llegado por fin a Canadá se pelea con el agotamiento y un *jet lag* que parece ir a peor a cada minuto que pasa. Todo parece un poco surrealista. Cuando le pregunto a la mujer del mostrador de información dónde puedo comprar el billete de tren, tengo la impresión de estar hablando muy lentamente. Me asalta de repente un pensamiento horroroso. Estoy bocabajo. Vancouver está en el otro lado del planeta. Estoy bocabajo. O del revés. O al contrario. O lo que sea. Todo. Está. En. El. Lugar. Erróneo. Estoy a punto de caer al suelo y me agarro en el último instante para poder evitarlo, y es solo con un esfuerzo sobrehumano que consigo sentarme en uno de los asientos azules del tren. Pese a que jamás en mi vida he tomado LSD, comprendo que la sensación debe de ser esta. ¿Cómo es posible que todo el mundo que veo a mi alrededor finja que esto es normal? Con rigidez, me aferro al reposabrazos del asiento para no salir volando hacia el techo. O proyectada hacia el suelo.

Me esfuerzo por admirar la ciudad, los rascacielos y, a lo lejos, las montañas nevadas, pero no lo consigo. Paso todo el viaje en tren combatiendo las náuseas y las alucinaciones que me provoca el *jet lag*.

Cuando bajo en la última estación y cojo la escalera mecánica para bajar, lo veo. Y vuelvo a la vida de inmediato. Una sensación de felicidad infantil me recorre el cuerpo entero y me cuesta no echarme a reír. Deseo agarrar a la mujer de negocios que pasa por mi lado para decirle que ahí enfrente hay UN INDIO DE VERDAD. ¡Un indio! ¡Existen! Por supuesto que sabía que en Norteamérica había nativos americanos, pero ver uno de carne y hueso —¡un indio vivo!— casi me provoca risa. El hombre se da cuenta de que estoy mirándolo y se acerca. Es ahora cuando veo que su ropa está andrajosa y que, por algún motivo que desconozco, lleva tres botellas de plástico vacías colgadas del cinturón. Cuando abre la boca, veo que le faltan dos dientes.

—¿Tienes un pitillo? —dice, arrastrando las palabras.

Respondo negando con la cabeza. Decepcionado, se dirige a la papelería más próxima y mi alegría se evapora.

Antes incluso de abandonar la estación, se me acerca otro nativo americano para pedirme un cigarrillo.

Me dirijo al hotel Buchanan, donde he reservado una habitación por setenta y nueve dólares canadienses la noche. Hay una cama con una colcha de *chintz*, una mesa, un armario, una tele y un pequeño lavamanos. Las cortinas de las ventanas son también de *chintz*, a juego con la colcha. El cuarto de baño y el retrete se comparten con otras dos habitaciones de la misma planta. Me envuelve un sorprendente silencio.

No tengo que dormir. Todas las guías de viaje recomiendan adaptarse de inmediato a la hora local. Como aún no son las dos de la tarde, tengo que asegurarme de no tener la oportunidad de colocarme en posición horizontal y, por otro lado, no quiero ir al 1348 de Commercial Drive sin antes haber

disfrutado de una noche de sueño reparador, de modo que decido ir a explorar Vancouver.

—¿Quiere un mapa de la ciudad? —me pregunta el hombre asiático del mostrador de recepción cuando paso por delante.

Hago un gesto de negación con la cabeza.

—Gracias, ya tengo esto —digo, mostrándole el libro de Lonely Planet.

Paso horas dando vueltas por la ciudad. En Stanley Park, admiro un tótem enorme, y en el West End, los rascacielos. Todo me parece curiosamente familiar. Al principio pienso que debe de ser el *jet lag*, que me está jugando una mala pasada, pero después me doy cuenta de que ya he visto todos estos lugares, puesto que todas las películas norteamericanas de serie B están, evidentemente, rodadas en Vancouver. A pesar de mi idea preconcebida de que todos los norteamericanos sufren sobrepeso, la gente que veo es normal, incluso sospechosamente atlética.

Entonces doblo una esquina y me meto directamente en el infierno.

La calle que tengo enfrente está llena de zombis. De figuras esqueléticas que parecen moverse sin rumbo de un lado a otro. Todo el mundo va vestido de gris y la mayoría camina con la vista fija en el suelo. Algunos arrastran carritos de la compra llenos de abultadas bolsas de plástico. Un hombre gordo, de aspecto enfermizo y ascendencia nativa norteamericana, la primera persona con sobrepeso que veo, viene directo hacia mí montado en una silla de ruedas motorizada y, de no haberlo esquivado saltando hacia un lado, me habría pisado el pie. Como una estúpida, sigo adentrándome en la calle en vez de dar media vuelta. En todas las esquinas hay media docena de personas vestidas prácticamente en harapos. Los hay sentados en cajas, hablando entre ellos y pasándose cigarrillos. Un hombre con un abrigo largo y sucio me pregunta algo que no entiendo. Paso por delante de un hombre con un tatuaje en la frente que está inyectándole algo en el cuello a una mujer tumbada en el suelo. La mujer tiene los ojos cerrados.

—Dios mío, ¿está bien? —grito.

El hombre me ignora por completo.

—¿Está usted bien?

Casi salto cuando noto que alguien me toca en el brazo. Es una mujer robusta con la cara en forma de luna. Lleva un cortavientos de color azul celeste, en el que puede leerse «Cuerpo de Voluntarios de Vancouver».

—Me he perdido —le digo.

—¿Dónde está su hotel? —pregunta la mujer.

—En el West End —respondo.

La mujer me coge del brazo y me guía en dirección contraria.

—Venga, le buscaremos un taxi —dice con prisas—. ¿Tiene dinero suficiente para un taxi?

Asiento.

—¿Qué es este lugar? —pregunto.

—Downtown Eastside —responde la mujer—. Conocido también como «la ciudad de la basura», «la zona de las chabolas» o «la ciudad del *crack*».

—¡Cuántos yonquis! —exclamo.

—Son inofensivos —dice la mujer mientras seguimos andando por la calle—. De día, al menos. Aunque hay que ir con cuidado con los traficantes. Esta zona no es ni mucho menos la peor. Tendría que ver en Surrey.

—¿Y la policía no hace nada?

Nos cruzamos con un hombre sin camiseta y con barriga cervecera que empuja un carrito de la compra cargado hasta los topes. Saluda a la mujer.

—Hola, Al —le dice ella—. ¿Y qué quiere que hagan? Son muchos. Por eso los ayudamos nosotros.

Pienso en el hombre tatuado y la mujer tumbada en el suelo.

—Los yonquis no son precisamente la gente más inteligente del mundo. De serlo, no se habrían convertido en yonquis.

La mujer levanta el brazo y se detiene un taxi a nuestro lado. Empieza a anochecer.

—Al West End —le dice la mujer al taxista cuando este baja la ventanilla.

—Muchas gracias por su ayuda —le digo a la mujer.

—Que tenga una estancia estupenda en Vancouver —replica la mujer con una sonrisa.

Y da media vuelta y se va por donde hemos venido. Parece aliviada por haberse librado de mí por fin.

El taxista me pregunta de dónde soy.

—De Viena —le respondo.

—Oh, esos canales —dice, y suspira con anhelo.

Delante del McDonald's de Commercial Drive hay una joven pareja de *hippies*. Van cogidos de la mano y están mirando a la gente que come dentro. La chica lleva el pelo corto y un vestido hasta los pies con estampado arcoíris; el chico lleva el pelo recogido en una coleta y pantalones vaqueros acampanados. No puedo dejar de mirarlos. En Viena no hay *hippies*.

Si algún día existieron, debieron de arrancarlos de allí rápidamente. Como si fueran malas hierbas. Con óperas y tartas Sacher a modo de herbicidas. No recuerdo haber visto nunca un *hippie* de verdad. Y ahora tengo dos, justo delante de mí. El chico lleva incluso un gran símbolo de la paz pintado con rotulador en la cazadora vaquera. De pronto, empiezan a aporrear los cristales del McDonald's.

—¡Cerdos!

—¡Destruidores de la naturaleza!

—¡Asesinos!

—¡Hipócritas! —gritan.

Varias personas del interior del establecimiento levantan la vista para ver de dónde viene tanto ruido.

—¿Sabéis lo que estáis comiendo? —grita la chica.

—¿Cómo podéis comer en un lugar tan horroroso? —grita el chico.

—¿Sabéis que McDonald's está destruyendo las selvas tropicales?

—¡Con tantos lugares como hay en el Drive no se os ocurre otra cosa que venir aquí!

—¡Os estáis comiendo el planeta!

La pasión de la pareja me conmueve. Me he criado como parte de una generación que da la pasividad por sentado y se me llenan los ojos de lágrimas al ver su energía y sus súplicas. Es casi como si me sintiera alineada con ellos, por mucho que mi protesta fuera de otro tipo.

«¡Dejad ya de una vez de utilizar “*I'm lovin' it*” como eslogan!» —gritaría yo —. «¡El presente perfecto continuo no debe utilizarse para las emociones! ¡Sois unos desgraciados que no hacéis más que masacrar el idioma! ¡Tenéis que decir

“*I love it!*”».

Un hombre de unos cuarenta años que está comiendo en McDonald’s responde a la pareja levantando groseramente un dedo antes de volver a fijar la vista en el periódico que tiene delante y seguir bebiendo café. La gente se pone de nuevo a comer e ignora a la pareja, que sigue gritando y aporreando el cristal. Y hasta que no sale un empleado blandiendo una escoba para ahuyentarlos, como si fueran dos palomas tercas, no se marchan de allí. Aunque no antes de que el chico haya hecho el signo de la paz, un gesto dirigido a todo el mundo y a nadie en particular.

Commercial Drive es una calle larga y ancha. Exceptuando McDonald’s, que está totalmente fuera de contexto, los restaurantes veganos compiten para ganarse un espacio entre las tiendas de productos homeopáticos, y los transeúntes forman una mareante combinación de etnias. Dos hombres con chalecos de color fluorescente recogen alguna cosa del suelo con unos palos con un gancho en el extremo. De entrada pienso que se trata de basura, pero, cuando los observo mejor, me fijo en que lo que recogen del suelo son jeringuillas. El cielo está tan gris como ayer. Me siento aún medio enferma por culpa del *jet lag* y es como si fuerzas invisibles estuvieran ejerciendo presión sobre mi cuerpo por todos lados.

Cuando la pareja de *hippies* desaparece de mi vista, giro y enfilo la calle en dirección hacia donde tendría que estar el número 1348. Delante de mí, un sintecho recoge un cigarrillo entero de la acera. Se vuelve hacia mí y me muestra su afortunado hallazgo.

—¡Un pitillo! —exclama—. ¡Estaba andando pensando en tabaco y voy y encuentro uno!

Cierra los ojos y empieza a rezar.

—Cien dólares, cien dólares —murmura.

—Buena suerte —le digo, sonriendo.

Sigo caminando. El 1302 es una clínica de acupuntura donde venden también productos de medicina china. En el interior de la tienda hay una anciana asiática vestida con bata blanca y con la mirada perdida. Las puertas siguientes corresponden a edificios de viviendas. En su mayoría tienen puertas de colores distintos y en una de las ventanas hay un cartel con una cita de Ken Kesey: *O estáis en el autobús o fuera del autobús.*

El 1324 es una librería especializada en libros LGBT. Mi corazón empieza a acelerarse. Veo de pronto la marquesina negra que vi en Google Street View. A medida que me acerco, veo también que han pintado alguna cosa encima del

nombre *Caffé Amici*, pero que el local sigue siendo igualmente una cafetería. Me pregunto lo antigua que será la foto de Google. Como faltan aún varios meses para que llegue el verano, los árboles no son verdes, claro está, y las casas se ven más desvencijadas que en la foto.

El corazón me late como un instrumento de percusión. Llego al número 1348. Es una tintorería que está cerrada. En la pared exterior hay una cabina telefónica coronada con el nombre «Bell» en un cartel. Me dirijo hacia allí. El auricular está descolgado y alrededor de los números se ven marcas de quemaduras. La totalidad de la superficie está pintada con grafitis y las teclas están manchadas con algo que no me atrevo a mirar muy de cerca. Con cuidado, cuelgo debidamente el auricular.

Permanezco junto al teléfono varios minutos. En la imagen de Internet no se veía ni la tintorería ni la cabina telefónica, pero ahora todo me parece de lo más evidente. Una parte de mí probablemente ha sabido siempre que jamás encontraría a Ben en el 1348 de Commercial Drive y que todo esto no es más que un sueño loco e irrealista. Agarrarse a un clavo ardiendo. Por primera vez percibo, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago, que no voy a verlo nunca más. Y que nunca descubriré por qué desapareció. Es como si algo se resquebrajara de repente en mi interior. Deseo gritar: «¿DÓNDE ESTÁS? ¿POR QUÉ ME MENTISTE? ¡DIJISTE QUE TENDRÍA QUE AGUANTARTE EL RESTO DE MI VIDA!».

Las piernas no me sostienen. Me dejo caer junto al teléfono y me hago un ovillo. La gente que pasa por la calle me ignora por completo. Soy un simple despojo más de Commercial Drive.

Las horas que siguen están envueltas en un halo de confusión. Con una sensación de pesadez en las piernas, decido regresar al hotel. Pero cuando estoy en el tren, cambio de idea, bajo en la primera estación sin pensarlo y empiezo a dar vueltas sin rumbo. Ya no me importa nada. Vago por las calles durante varias horas y de pronto termino en el Buchanan.

En el transcurso de los tres días siguientes, solo abandono la habitación del hotel para comprar comida. Lloro, duermo, veo la tele, duermo, lloro, miro las cortinas de *chintz*, como cosas que no es necesario calentar, y lloro un poco más. Al cuarto día —el quinto desde que llegué a Vancouver—, ya me es imposible seguir llorando. Sorprendida y aliviada, me doy cuenta, además, de que he superado el *jet lag* y de que la inquietud ha comenzado a invadir mi cuerpo. Faltan siete días para el vuelo de regreso a Viena.

Bajo a recepción y le pregunto al asiático si puede conseguirme otra manta, puesto que por la noche he pasado frío.

—Por supuesto —dice—. Por si le interesa, hay un grupo de huéspedes del hotel que hoy piensa realizar una salida para avistar ballenas.

De entrada no digo nada. La idea de pasar un rato en compañía de otras personas —perfectos desconocidos, además— me parece, cuando menos, agotadora. No me apetece verme obligada a entablar una de esas conversaciones intrascendentes por las que me pagan como profesora. Pero, por otro lado, ahora que ya he tachado de mi lista a los indios, los *hippies* y los *yonquis*, sí que me apetecería ver una ballena.

—De acuerdo. —Me sorprende diciendo.

El grupo del hotel está integrado, además de mí, por una pareja de australianos, que se llaman Dave y Lee, y una holandesa con rastas llamada Cornelia. Después de recibir instrucciones detalladas del hombre de recepción, nos envolvemos en varias capas de ropa y subimos a un autobús local para recorrer un trayecto de cerca de una hora. Dave, Lee y Cornelia hablan animadamente, mientras que yo permanezco sentada en silencio. Imagino que un títere de guante resultaría mucho más interesante y atractivo de lo que yo debo

de serlo en este momento. Pero no tengo ningunas ganas de participar en sus relatos de mochileros, que consisten, básicamente, en comparar los distintos lugares donde han estado.

—¿Así que por donde más has viajado es por Asia? —le pregunta Lee a Cornelia.

Cornelia asiente.

—Por Vietnam —dice—. Y Camboya.

—Qué bien —dice Lee—. Nosotros también hemos hecho Vietnam.

—¿Verdad que es fantástico? —dice Cornelia.

—Increíble —comenta Lee.

—Es un país mágico —dice Cornelia.

Dave ha empezado a toquetear la cámara, y me temo lo peor. Que esté intentando localizar las fotos de su viaje a Vietnam.

—Nunca he conocido gente más fantástica que en Vietnam —prosigue Cornelia.

—Increíble —dice Lee.

—Eran tan auténticos.

Acerco más la cara a la ventanilla para seguir contemplando los barrios de las afueras por los que estamos pasando en un intento de bloquear la conversación y dejar de darle mentalmente a Lee una docena de sinónimos para la palabra «increíble».

En un momento dado, el trío empieza a hablar sobre el dinero canadiense.

—En Australia hace casi veinte años que tenemos billetes de plástico —dice Dave—. Pero no ha sido hasta ahora que el resto del mundo ha empezado a seguir nuestra iniciativa.

—Son muy raros —dice Cornelia, tocando con cuidado un billete de cien dólares canadienses de color marrón claro—. En comparación con el euro, quiero decir. Parecen muy artificiales y plastificados.

Dave le coge el billete.

—¿Sabías que no pueden partirse por la mitad? —dice.

Lo parte en dos.

Todo el mundo se queda mirándolo durante unos segundos. Dave se queda blanco como un cadáver y Lee estalla en carcajadas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclama Dave—. Lo siento mucho. En teoría es imposible romperlos. Toma, ten uno mío.

Le entrega rápidamente a Cornelia un billete de cien dólares que saca de la cartera. Vuelvo de nuevo la cabeza hacia la ventana, aunque no puedo evitar

sonreír.

Llegamos a un lugar lleno de tiendas de *souvenirs* disfrazadas de casitas de pescadores, todas ellas con nombres que empiezan con la palabra «capitán» y que escriben como «Capt'n». Pagamos la excursión y escuchamos una presentación de diez minutos sobre las normas generales a seguir a bordo y sobre lo que podemos avistar, aunque el guía no nos garantiza que podamos avistar nada. Veo que Dave y Lee intercambian sonrisas en varios momentos, lo cual me hace sentir como un títere de guante muy pequeño y solitario. Un títere que lleva ahora un chaleco salvavidas de color rojo.

Pasamos por delante de arrecifes e islotes y salimos a aguas abiertas. Enfundada en el chaleco, mi cuerpo entero anhela que Ben esté a mi lado. ¿Qué sentido tiene disfrutar de experiencias sin nadie a quien luego poder decirle «¿Te acuerdas cuando...?»? De pronto, veo un águila calva en un arrecife. Está posada sobre la rama de un árbol caído y tengo la impresión de que soy la única que la ha visto. El águila está tan quieta que casi empiezo a creer que es una imitación colocada allí por la oficina de turismo, pero entonces ladea la cabeza un poco hacia la izquierda. Los demás ocupantes de la barca la vislumbran y empiezan a hacerle fotografías. Saboreo el momento en que estábamos solo el águila y yo.

El aire es frío y tengo que enterrar las manos entre las piernas para que no se me queden heladas. Pasamos por delante de lujosas mansiones. Algunas están totalmente construidas en madera, pero otras parecen cubos de hormigón futuristas. A estas alturas, la mayoría de los ocupantes de la barca tiene la nariz colorada por el frío. Cuando las nubes se dispersan, se produce una búsqueda masiva de gafas de sol en las bolsas.

—En estos momentos, nos encontramos técnicamente en aguas de los Estados Unidos —anuncia el guía.

Una mujer mira de inmediato hacia el agua. De haber estado Ben aquí, habría intentado adivinar qué anda buscando. Veo tres focas que se sumergen en el agua. El guía empieza a ponerse un poco nervioso porque aún no hemos avistado ballenas y le dice alguna cosa al hombre con bigote y gafas que pilota la embarcación. El hombre se limita a encogerse de hombros.

—¡Allí! —grita de repente alguien.

Me giro y sofoco un grito: a unos treinta metros de nosotros hay un grupo de orcas. El hombre con bigote y gafas apaga el motor y la embarcación se queda en silencio. Nadie se atreve a moverse. De pronto, y sin hacer ningún ruido, empiezan a asomar y a esconderse bajo la superficie del agua varias aletas

negras de distintos tamaños. La más grande se aleja un poco de nosotros. Surcan el agua una aleta dorsal de dos metros de longitud y un lomo negro como el carbón que parece no tener fin. Oímos el sonido de una corriente de aire cuando varias orcas abren sus espiráculos para respirar.

La barca empieza a seguir la manada de ballenas desde una distancia prudencial. Cada vez hace más frío. De pronto se escucha el sonido potente de una salpicadura y todos los pasajeros de la barca nos giramos hacia el otro lado. Detrás de nosotros, dos orcas han empezado a dar saltos. Cuando, rectas como flechas, salen disparadas del agua, y antes de que giren sobre sí mismas para volver a sumergirse, es posible ver su cuerpo blanco y negro en su práctica totalidad. Una tercera orca salta y agita la aleta caudal antes de desaparecer de nuevo envuelta en una cascada de agua.

—Hoy están juguetonas —dice el guía.

Las cámaras no paran de lanzar disparos y el grupo, de vez en cuando, lanza gritos de júbilo.

—Muy especial, ¿verdad? —dice Cornelia, sonriéndome.

No es hasta este momento que me doy cuenta de que las lágrimas caen sin cesar por mis mejillas.

En el autobús, de regreso a Vancouver, todo el mundo guarda silencio. Por suerte, incluso Increíble-Lee parece comprender que un exceso de conversación echaría a perder la experiencia que hemos compartido. Al cabo de un rato, Lee se queda dormida sobre el hombro de Dave, que se entretiene repasando las fotografías de su cámara.

Cuando estamos casi en el hotel, oigo que Dave, Lee y Cornelia están planificando una excursión de *camping* y preguntándose dónde podrían ir. De pronto me doy cuenta de que es una buena oportunidad.

—¿Puedo ir con vosotros? —digo de repente—. Conozco un lugar fantástico.

Sigue un prolongado silencio, durante el cual envejezco unos cinco años.

—Por supuesto que puedes —dice por fin Cornelia.

—¿Tienes tienda? —pregunta Lee.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Puede compartirla conmigo —dice Cornelia—. Tengo una tienda para dos personas.

—¿Y tienes saco de dormir? —pregunta Dave.

—No —respondo—. Pero puedo comprármelo.

—El recepcionista nos ha recomendado Diamond Lake Park, cerca del lago Okanagan —dice Dave.

—No —replico con rapidez—. Bouleau Lake. Es mucho mejor. Bouleau Lake, sin dudarlo ni un instante. No os arrepentiréis. Es un lugar asombroso.

—¿Has estado antes? —pregunta Dave—. Creía que habías dicho que no habías estado nunca en Canadá.

—De mayor, me refería —digo—. No he estado nunca de mayor. Antes era una persona totalmente distinta.

—¿Una persona totalmente distinta? —repite Lee—. ¿Naciste chico, quizás?

—No. Quiero decir que de niños somos personas totalmente distintas. O de adolescentes —explico, un poco molesta—. Por ejemplo, actualmente no estaría dispuesta a dar mi vida por Kevin, de los Backstreet Boys. El caso es que Bouleau Lake es maravilloso.

Dave no parece del todo convencido, pero decidimos que al día siguiente iríamos para allá a las once de la mañana.

Cuando me encierro de nuevo en la habitación del hotel, mi corazón late con fuerza como consecuencia de los nervios y la excitación. ¡Voy a ir a Bouleau Lake! Bouleau Lake, donde sé que Ben ha estado tantísimas veces. Como no tengo carné de conducir, nunca podría haber ido por mi cuenta hasta allí. Y pienso que tal vez exista una pequeña posibilidad de que encuentre alguna cosa, algo que me ayude a seguirle la pista a Ben. Y entonces pienso de pronto en otro pequeño detalle: voy a ir de *camping*.

Jamás he ido de *camping*. Soy una persona de interior. Nada me pone más nerviosa que un día soleado y sin nubes, porque sé que tendría que estar en el exterior, haciendo esas cosas que hacen los amantes del aire libre (bebiendo de forma controlada de una cantimplora, mirando una brújula antes de otear el horizonte, hablando de que «aquí fuera existe un mundo completamente distinto»). En mis sueños siempre llueve. Lo más cerca que he estado de ser una amante de la naturaleza fue la vez que fui de excursión a Lainzer Tiergarten con Rebecca y Jesús-Jakob. Intenté impresionarlos con mis conocimientos sobre ciencias naturales y casi acabo matando a Jesús-Jakob confundiendo el lirio de los valles con el ajo silvestre. ¡Y ahora voy a ir de *camping*!

A las once menos cuarto del día siguiente, todo el mundo está listo para ponerse en marcha. Dave ha alquilado un cuatro por cuatro y estamos cargando las tiendas, los sacos de dormir, las mochilas (de ellos), las maletas (mías) y las bolsas con la compra y el material de acampada. Como compensación por haberme invitado, he insistido en ser yo la que comprase la comida y, a través de Cornelia, le he pedido prestado un saco de dormir a una chica italiana que está en la cuarta planta. Dave y Lee ocupan los asientos delanteros del coche y Cornelia y yo los de atrás. Dave introduce nuestro destino en el GPS.

—¿Ya hemos llegado? —digo en cuanto Dave sale a la calle desde el hotel.

Cornelia ríe y dice:

—Necesito ir al baño.

—Si vosotras dos no os calláis, no tendréis más caramelos —dice Lee desde el asiento de delante.

Cornelia y yo nos miramos. Guardamos silencio durante diez segundos.

—¿Ya hemos llegado? —gritamos al unísono.

—Qué pesadas son siempre las niñas —murmura Dave.

Durante el trayecto, mis nervios aumentan porque con Ben nunca se sabe. ¿Y si resulta que Bouleau Lake es un basurero radiactivo? ¿O si está cerrado al público? ¿Y qué espero, de hecho, encontrar allí?

Tres horas más tarde estamos por fin a punto de llegar. Hemos circulado entre montañas nevadas y paisajes desérticos. Por desgracia, hemos visto también kilómetros y kilómetros de bosques marrones, secos, muertos. Víctimas de ese asesino en serie que es el escarabajo del pino. En varios puntos, vemos aún un montón de nieve acumulada. Lee se enfada cuando se entera de que Cornelia y yo nos hemos comido todos los Twizzlers de fresa pero, aparte de eso, hemos tenido un viaje divertido. He descubierto que Dave y Lee no solo están prometidos, sino que, además, son primos segundos, y que Cornelia tiene una tienda de ropa confeccionada con tejidos orgánicos en Róterdam.

—Se ve bastante salvaje —dice Cornelia, cuando abandonamos la carretera principal para seguir las indicaciones hacia Bouleau Lake—. ¿Era ya así cuando estuviste aquí la última vez?

—Por supuesto —digo, con toda la convicción que me es posible.

El firme de la carretera es tan irregular que tenemos que sujetarnos bien, y seguimos circulando en plena naturaleza durante veinte minutos. La carretera parece medio abandonada y, a lo largo de un buen rato, el coche sube una cuesta empinada que corre por encima de un riachuelo.

—¿Habéis visto aquel coche oxidado que hay allá abajo? —digo, con cierta inquietud.

Pero soy la única que lo ha visto. La mitad del coche está cubierta de maleza y mentalmente he visto incluso cuatro esqueletos sentados dentro. Con los cinturones de seguridad puestos y paquetes vacíos de Twizzler a su lado.

Dave está tan concentrado en la conducción que incluso ha dejado de hablar.

De pronto, llegamos a una zona despejada junto al lago. Hemos llegado.

—¡Guau! —exclamo.

El agua brilla bajo el sol y a nuestro alrededor, gracias a Dios, no hay más que bosques verdes. Dave sale y estudia la parte frontal del coche. Salgo también, estiro las piernas y contemplo el paisaje, aliviada al ver que se trata de un lugar bonito de verdad. La zona de *camping* dispone de tres lugares donde poder encender fuego y tiene unos veinte metros de diámetro. El ambiente es frío y tonificante. El lago queda al oeste y por los otros tres lados hay bosque. Clavado en un árbol hay un cartel en forma de flecha indicando los «Lavabos». En el

campamento no hay nadie más. Y Ben no está. Naturalmente. Ni tampoco hay una formación de hormigas señalando la dirección por donde se marchó. Naturalmente. Pero aun así, me alegro de estar en un lugar que sé que le gustaba muchísimo.

Los campistas más experimentados se ponen enseguida a montar las tiendas. Cojo una piqueta de metal y empiezo a clavarla en el suelo, al lado de donde Cornelia está extendiendo nuestra tienda.

—¿Qué haces? —pregunta Cornelia.

—Montar la tienda —respondo, algo insegura.

—Esa piqueta va en la esquina. Creía que ya habías ido de *camping* en alguna ocasión.

—En Suecia las tiendas funcionan de otra forma. No hay tantas piquetas —digo, señalando el equipamiento.

—Tranquila, no pasa nada —dice Cornelia—. Lo he hecho tantas veces que iré más rápido si la monto sola.

Aliviada al ver que no tengo que ayudar, voy a probar lo fría que está el agua. Es como sumergir la mano en un agujero abierto en el hielo para pescar. A lo lejos, veo gente remando en una canoa. Deben de haber instalado el campamento en la otra orilla. Me saludan con la mano. Les devuelvo el saludo. Vuelven a saludarme. Vuelvo a saludarlos. «De modo que la vida de *camping* es así», me digo, y noto que un bultito de metal se funde en el interior de mi corazón de chica de ciudad.

Lee y yo vamos a buscar ramas secas. El sol calienta lo suficiente como para ir sin chaqueta, a pesar de que la temperatura parece caer quince grados en cuanto te adentras en una zona de sombra.

—Mola mucho —digo, emocionada.

—¿El qué? —pregunta Lee.

Señalo el bosque que nos rodea.

—Todo esto —respondo—. ¡Buscar leña!

Lee se queda mirándome.

—Sí —dice, después de una pausa.

Evidentemente, Lee no es la persona adecuada con quien compartir mi emoción por estar buscando leña.

Unas horas más tarde, hemos encendido la hoguera y estamos preparando la comida. Cuando digo «estamos», me refiero a Dave. Lee, Cornelia y yo somos las animadoras. Luego, comemos las patatas asadas y las mazorcas de maíz que hemos enterrado junto al fuego, y salchichas. Dave y Lee ya han bebido varias

cervezas y Cornelia y yo compartimos una botella de vino. Después de tantos años en Viena, el precio del alcohol en Canadá me ha asustado un poco, y al no reconocer ninguno de los vinos, me he decidido por el que tenía la etiqueta que más me gustaba.

Empieza a oscurecer. Aparte de algún que otro pájaro, el bosque está totalmente en silencio y lo único que se escucha es el crepitar de la hoguera.

—La vida al aire libre no es tan mala después de todo —digo, mirando hacia el lago.

—Sí —dice Cornelia.

Dave regresa de los baños. Aún no se ha abrochado el pantalón.

—He oído algo que podría ser un oso —dice, eufórico.

—Lo has oído tan solo porque confías en que podamos ver un oso —dice Lee.

—Dejaré igualmente el cuchillo a mano, por si acaso —dice Dave, sacándolo de la funda de cuero que lleva en el cinturón.

Cornelia empieza a hurgar en el interior de su mochila.

—Y yo tengo un silbato —dice, enseñándonoslo.

—Pues yo puedo asustarlo explicándole la diferencia entre los verbos transitivos e intransitivos —digo.

—Eso servirá... —dice Dave, guardando el cuchillo.

Abrimos otra botella de vino y asamos malvaviscos. La conversación pasa a canciones con letras malentendidas. Les cuento que durante años pensé que Bob Marley cantaba «*No woman, no crime*»^[10], y Cornelia dice que siempre pensó que Robert Palmer decía «*Might as well face it, you're a dick with a glove*»^[11].

—Mi inglés no era lo que se dice estupendo por aquel entonces. Aunque, evidentemente, conocía todas las palabrotas —argumenta en su defensa—. Y no sabía el título de la canción. De modo que, durante años, pensé que «*dick with a glove*» era una forma de llamar a los idiotas en inglés. Ya que Michael Jackson solo llevaba un guante.

—¿Y qué pensabas que podía tener Robert Palmer contra Michael Jackson? —pregunta Lee.

—¡Eso es lo que nunca llegué a entender! —dice Cornelia, meneando de un lado a otro su cabeza con rastas.

Río tanto que se me llenan los ojos de lágrimas. Es noche cerrada, pero el resplandor de la hoguera me permite imaginarme a Ben sentado con nosotros. Me mira y sonrío. Y sé lo que estaría pensando en estos momentos. Finalmente, tomo la decisión de llamar a la puerta de Elfriede Jelinek en cuanto vuelva a Viena para decirle lo mucho que la admiro y también de empezar a cantar en un

coro y viajar más. Son pensamientos que me hacen muy feliz, y como Ben, en cierta manera, es el que me ha empujado a tomar tales decisiones, decido por fin contarle a todo el mundo el motivo por el que estoy aquí.

—¿Queréis saber por qué he venido realmente a Canadá? —pregunto, y todo el mundo asiente con la cabeza.

De modo que les cuento a Lee, Dave y Cornelia toda mi historia con Ben. Pero, cuando termino, no obtengo la reacción que esperaba. Nadie admira lo romántico que ha sido mi gesto ni dice que acabaré dando con él. Más bien parecen algo incómodos y, al principio, nadie dice nada de nada.

—¿Y no te dejó ni un solo mensaje? —pregunta finalmente Lee.

Respondo con un gesto negativo.

Cornelia se encoge de hombros.

—Siempre he pensado que vale la pena luchar por un buen polvo —dice, con ese tono tan despreocupado que solo podría emplear una holandesa con rastas.

[10] Que se traduciría como «No mujer, no hay crimen», en vez de «*No woman, no cry*», «No mujer, no llores». (N. de la T.)

[11] Que se traduciría como «Enfréntate a la realidad, eres una polla con un guante», en vez de «*Might as well face it, you're addicted to love*», «Enfréntate a la realidad, eres un adicto al amor». (N. de la T.)

De pronto, surge de la nada una furgoneta pintada como una cebra. Durante un buen rato nos quedamos mirando la aparición en blanco y negro. No sale nadie. Al cabo de unos treinta segundos, se abre la puerta lateral y saltan dos chicos. Uno de ellos luce las greñas más impresionantes que he visto en mi vida. En la parte superior de la cabeza lleva el pelo tan corto que parece que sean púas brillantes y luego, en el cogote, el cabello se transforma en una melena al aire.

—¡Hola! —dice el Greñas.

—¡Hola! —responde Dave.

El Greñas y su amigo, que es un poco más bajito, se acercan hacia nosotros.

—¿Podemos sentarnos con vosotros? —pregunta el Greñas—. Ya es muy tarde para encender otra hoguera.

—Estábamos pensando en acostarnos pronto —dice Lee, mirando a Dave con intención.

El Greñas se señala a sí mismo.

—Me llamo Duffy. Y este es mi hermano, Adam.

—Adam levanta la mano.

—Yo soy Dave, y esta es Lee.

—Yo soy Julia —digo.

—Y yo Cornelia —dice Cornelia.

Entonces me doy cuenta de que tanto Duffy el Greñas como Adam se balancean de un lado a otro. Lo que me lleva a preguntarme quién conducía. De pronto, como si se tratara de un número sorpresa en un circo ruso, emerge de la furgoneta un tercer chico. Duffy y Adam lo reciben con aplausos.

—¡Escabeche! ¡Estás despierto! —exclama Duffy, antes de girarse de nuevo hacia nosotros—. Este es Mike el Escabeche. Su mujer lo ha dejado hoy.

Mike el Escabeche se restriega los ojos y se sienta en un tronco junto al fuego. Adam vuelve a entrar en la furgoneta y sale con una bolsa marrón de papel medio rota. Empieza a pasar cervezas, que va sacando de la bolsa, a todo aquel que quiera. Decido seguir con el vino.

—¿Por qué te llaman Mike el Escabeche? —pregunto.

—¡Que me jodan si lo sé! —responde Mike el Escabeche, abriendo una cerveza.

—¿Así que habéis venido a pescar? —pregunta Duffy.

Es el único que no se sienta. Permanece de pie, con las piernas separadas, mirándonos.

—No —responde Dave—. Solo estamos de *camping*.

—Con dos tiendas —dice Duffy, señalando las tiendas con un ademán.

Como no queda claro si lo que dice es una pregunta o una observación, nadie replica. Mike el Escabeche se levanta de pronto y entra otra vez en la furgoneta. Cierra de un portazo.

—Su mujer lo ha dejado hoy —dice Duffy.

—Ya lo has dicho —dice Dave.

—Es una mala puta —dice Duffy.

Los nuevos campistas han cambiado de estado de ánimo al sentarse junto a la hoguera y nadie sabe muy bien cómo comportarse. Noto que Adam nos está mirando a Cornelia y a mí. Duffy coge una mazorca de maíz a medio comer del plato de papel que Lee tiene a su lado.

—¿Pasa algo si me la como? —pregunta.

—Tranquilo —dice Lee, con una sonrisa que en realidad no es una sonrisa.

Duffy empieza a morder la mazorca. Adam sigue mirándonos a Cornelia y a mí. Al final, nos sonrío.

—Así que... sois... —empieza a decir.

—¿Europeas? —digo, terminando la frase por él—. Sí.

Adam emite una risilla.

—No —dice—. ¿Sois...?

Deja de nuevo el resto de la pregunta en el aire.

—¿Miembros de la Yakuza? —digo—. No.

La risilla se exagera.

—No.

—¿Amantes de la buena mesa? —digo—. Sí. Mira, si no terminas tu pregunta, esto puede durar toda la noche.

—¿Sois...? Bueno, ya sabéis qué quiero decir... ¿Estáis juntas?

Duffy vuelca rápidamente toda su atención en nosotras.

—¡Las lesbianas son la hostia! —grita—. Los gais me hacen vomitar, pero las lesbianas... —Se relame—. ¡Venid con papá!

—No estamos juntas —digo—. Y somos heterosexuales.

Hace aproximadamente una hora, Cornelia nos ha contado que está casada con

un senegalés quince años más joven que ella, pero que van a divorciarse porque está tan enganchado a los porros que han dejado incluso de mantener relaciones sexuales. Adam, no obstante, sigue sonriendo, como si no me creyera. Justo en este momento, se abre de nuevo la puerta de la furgoneta y reaparece Mike el Escabeche. Con una sonrisa de oreja a oreja y una guitarra.

—Joder —murmura Duffy—. Ha traído la guitarra.

Mike el Escabeche se sienta de nuevo junto a la hoguera y nos mira por primera vez.

—A Johnny Cash lo arrestaron por coger flores —dice, y empieza a tocar la guitarra.

Duffy se acerca a él con la bolsa de papel marrón.

—¿Qué coño pasa, Adam? —grita, y arruga la bolsa.

—¿Qué coño pasa, Duffy? —replica Adam.

Mike el Escabeche sigue tocando y canturrea alguna cosa.

Duffy señala a Adam y se gira hacia nosotros.

—¿Sabéis de qué trabaja? —dice—. A ver si lo adivináis. A ver.

Hacemos un gesto de negación con la cabeza.

—Trabaja de cocinero en casa de un viejo —dice Duffy en tono burlón.

—Al menos tengo un trabajo —dice Adam—. No como...

—Yo soy un puto *snowboarder* profesional —le espeta Duffy, interrumpiéndolo.

—Eras —dice Adam, corrigiéndolo—, antes de dedicarte profesionalmente a cortarme el pelo.

Al instante, Duffy se pone colorado como un tomate y se abalanza sobre su hermano. Dave, Lee, Cornelia y yo nos levantamos de un salto y retrocedemos unos pasos. Duffy y Adam se pelean con tanta violencia que acaban rodando por el suelo y pegándose puñetazos. Los dos lanzan alaridos de dolor y gimen por el esfuerzo. Mike el Escabeche sigue tocando la guitarra junto a la hoguera.

Soy la primera que reacciona.

—¡Parad! ¡Parad! —grito—. ¡Ayúdame, Dave!

Dave y yo corremos hacia la pareja e intentamos separarlos para que dejen de pelear. Resulta bastante fácil, lo que me lleva a pensar que probablemente es más una farsa de los dos hermanos que otra cosa.

—Gilipollas —murmura Adam.

—Gilipollas —replica Duffy.

Todo el mundo se sienta de nuevo junto a la hoguera y se produce un breve periodo de silencio. Lo único que se oye es la guitarra de Mike el Escabeche y su suave canturreo. Para animar el ambiente, le pregunto al trío si quiere un poco de vino. Todos responden que sí, y Adam entra en la furgoneta y sale con unos vasos de papel usados. Mike el Escabeche saca una colilla de su vaso antes de servirse el vino.

—Antes tenía en la furgoneta una taza de verdad que robé de Starbucks —dice Adam—. Pero alguien me la birló en una gasolinera. ¿Creéis que se puede caer más bajo?

—¿Así que en vuestros países os permiten casaros? —pregunta Duffy, después de beber un trago.

—No estamos juntas —dice Cornelia—. Pero sí, en Holanda los homosexuales pueden casarse. Y en Suecia, de donde es originaria Julia, también.

Mike el Escabeche nos mira fijamente.

—¿Sois tortilleras? —dice—. ¡Mola! ¡Me alegro por vosotras!

De pronto, se levanta, entra en la furgoneta y cierra la puerta.

Duffy se queda mirándolo.

—Es un puto tacaño —murmura—. No quiere compartir su coca con nadie. Lo más probable es que en estos momentos esté esnifando su veinteava línea sin ofrecer a nadie. De no ser porque su mujer acaba de dejarlo hoy mismo, creo que estaría dándole una buena paliza por ello.

—¿Y por qué lo ha dejado? —pregunto.

—Quién sabe. Siempre fue la hostia de rara —dice Duffy—. Cuando se casaron, ella tenía cuarenta y dos tacos y el Escabeche solo veinticinco. Ella tenía un trabajo como Dios manda. En un banco. Y cuando iba a trabajar, iba vestida con ropa de verdad. Pero, cuando no trabajaba, solo salía con gente de veinte años. No tenía amigos de su edad. Dime tú, ¿qué tipo de mujer con más de cuarenta años no tiene amigos de su edad?

—Rara de cojones —dice Adam, ratificándolo.

—Siempre pensamos que era un coñazo que se juntara con nosotros, pero no decíamos nada porque veíamos al Escabeche feliz. De haber tenido que ser uno el que dejaba al otro, tendría que haber sido él quien la dejase a ella.

Se abre otra vez la puerta de la furgoneta y salta de su interior Mike el Escabeche. Va sin camiseta y tiene los ojos más abiertos que antes. Se golpea varias veces en el pecho, como un gorila macho.

—¡Escabeche! —dice alegremente Adam—. ¡Escabeche! ¡Escabeche! ¡Escabeche!

Mike el Escabeche señala a Adam y sonrío.

—Dices la verdad, amigo mío —dice.

Se gira entonces hacia Cornelia y hacia mí.

—Si queréis montároslo, empezad cuando os apetezca —dice.

El rollo este de que Cornelia y yo estamos liadas empieza a cansar. Decido que los hermanos Marx canadienses sigan su espectáculo sin mí, de modo que me levanto para ir a acostarme. Además, necesito ir al baño. Cuando me incorporo y noto que todo se mueve un poco de un lado a otro, me doy cuenta de que he bebido más de lo que imaginaba.

—¿Te vas a dormir? —pregunta Cornelia.

Hago un gesto afirmativo.

—Iré yo también enseguida —dice.

Veo que Adam, Duffy y Mike el Escabeche intercambian miradas maliciosas.

Intentar encontrar los baños en la oscuridad sería una misión suicida, de modo que me dirijo a un arbusto que hay entre los árboles, detrás de la tienda que comparto con Cornelia. En cuanto me alejo unos metros de la hoguera, hace tanto frío que empiezo a temblar. Me bajo el pantalón y las bragas y me sujeto bien a una rama para no caerme. Pasa un buen rato sin que nada suceda: mi cuerpo no quiere mear en protesta contra el frío.

El olor. Antes de que mi cerebro haya tenido tiempo para asimilarlo, mi cuerpo registra un olor que llega hasta mí como una ola. Es dulce, como de hierba seca mezclada con orina. Levanto la vista y veo el oso a menos de cinco

metros de mí. Escucho su respiración húmeda y, de pronto, lo de hacer pipí deja de ser un problema. Por mucho que haya leído en la guía de Lonely Planet todo lo que hay que hacer si te tropiezas con un oso, no recuerdo absolutamente nada de nada. La sorpresa se transforma en miedo. Los ojos del oso exhiben una indiferencia misteriosa y muestran, a la vez, determinación. Ya no estoy segura de si la respiración que escucho es la del oso o la mía. O ambas. El olor. Mi único pensamiento, ridículamente evidente, es el de ese olor, animal y exclusivo. De pronto, el oso se yergue sobre sus patas traseras. El pelaje tiene un aspecto sucio y lacio, como si le fuera tres tallas grande. El oso emite una especie de ronquido y abre la boca. Sé que no es buena señal. No quiero morir en Canadá. Descuartizada por un oso y con el culo al aire. Siempre he confiado en morir en un prado, después de haberme echado una buena siesta. Oigo el crujido de una rama al partirse. Tanto el oso como yo nos giramos para ver de qué se trata. Es Mike el Escabeche. Lo ilumina el resplandor del fuego y lo veo con el torso desnudo y mirando furiosamente al oso.

—¡DEJA EN PAZ A LA LESBIANA! —ruge.

Y después de decir eso, da tres pasos hacia el oso y le atiza un puñetazo en el morro. El mundo se paraliza y, durante unos segundos, Mike el Escabeche y el oso se miran a los ojos. Entonces, el oso da media vuelta y desaparece entre los árboles. Un sonido de ramas y ramitas partiéndose bajo su peso acompaña su veloz retirada.

Mike el Escabeche levanta el brazo derecho y corre trazando pequeños círculos mientras canturrea el tema principal de la banda sonora de *Rocky*. Yo sigo aferrada con todas mis fuerzas a la rama y con los pantalones por debajo de la rodilla hasta que finalmente, con un gran esfuerzo, consigo soltarla.

—*Gonna fly now* —canta en falsete Mike el Escabeche—. *Flying high now*.

Consigo incorporarme y subirme los pantalones, pero me tiemblan tanto las manos que no consigo subir la cremallera. Noto una presión inmensa en el interior de mi caja torácica y la piel me arde. Los demás ya han llegado para ver qué sucede.

—¿Qué cojones pasa? —pregunta Duffy.

—Un oso. Pero le he enseñado quién era aquí el señor Miyagi —dice Mike el Escabeche, que sigue dando puñetazos en el aire y confunde claramente películas de principios de los ochenta.

Me tiembla tanto el cuerpo que Cornelia tiene que sujetarme para volver hasta la hoguera.

—Me lo he perdido —dice Dave, lanzando una mirada acongojada hacia el bosque.

—¿Qué tal estás? —me pregunta Lee.

Muevo la cabeza con incredulidad.

—No puedo creer que haya estado a punto de ser atacada por un oso pardo —digo.

—Un oso negro —dice Mike el Escabeche, corrigiéndome.

—Eso —digo, algo decepcionada, aunque decido que cuando en un futuro explique la historia del oso, será de todos modos un oso pardo.

—De haber sido un oso pardo, ahora no estarías aquí sentada —dice Duffy.

—¿No creéis que tendríamos que marcharnos de aquí? —sugiere Lee—. ¿Y si vuelve?

Adam y Duffy se sientan de nuevo junto a la hoguera.

—No va a volver —dice Adam—. El oso no querrá volver a vernos ni en pintura ni nosotros queremos volver a verlo a él.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—No volverá —repite Duffy.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro? —repite Lee.

Duffy se queda mirando a Lee.

—¿Tú volverías si yo te hubiese dado en todos los morros? Los osos no son rencorosos como las Tortugas Ninja. No se ha ido para planificar su venganza. ¿Acaso donde tú vives hay muchos animales que anden buscando venganza? ¿Hay canguros elucubrando planes ingeniosos?

Lee no responde.

Adam abre mucho los ojos e infla las mejillas.

—Soy un koala y voy a desquitarme —dice, con voz aflautada—. Pero antes, comeré un poco de eucalipto. Tranquilamente.

Adam, Duffy y Mike el Escabeche ríen a carcajadas y se ponen a cuatro patas para imitar a animales australianos con sed de venganza.

—¿Hay más vino? —dice por fin Duffy, secándose los ojos después de llorar de la risa y estirando las piernas.

A la mañana siguiente, cuento setenta y dos picaduras de mosquito en las piernas. Me han picado a pesar de haber dormido con el pantalón.

Cuando salgo de la tienda, veo que Adam ya se ha levantado y que la hoguera está encendida. El campamento está en la sombra y el suelo sigue todavía helado. Adam me sonrío.

—El Escabeche ha pescado unas truchas —dice.

Veo tres peces dispuestos en fila sobre un tronco, junto al fuego.

—¿Y cuándo los ha pescado? —pregunto, envolviéndome con la chaqueta.

—Esta mañana —responde Adam—. Voy a preparar unos huevos Benedict.

Veo unos *muffins* asándose al fuego y me fijo entonces en que Adam está removiendo una salsa holandesa en un cazo. Cuando miro a mi alrededor, veo que Adam, Duffy y Mike el Escabeche han recogido toda la basura que dejamos anoche. Duffy me saluda desde la puerta de la furgoneta pintada como una cebra, donde está sentado, fumando. Debe de haber estado nadando, puesto que sus greñas mojadas le caen en tirabuzones por la espalda.

—Por la noche he oído animales —digo—. Aullando.

—Podrían ser perros de las praderas —dice Adam.

—O lobos —dice Duffy desde la furgoneta, ahuyentando con la mano un insecto.

Desayunamos. Mike el Escabeche, Adam y Duffy nos formulan preguntas de lo más normal y nos aconsejan lugares que visitar en el camino de regreso a Vancouver. Sé que es una posibilidad remota, pero pregunto de todos modos.

—¿Conocéis a Ben? Le gusta venir mucho por aquí.

—¿Te refieres a Ben el bajito, sin pelo y gilipollas? —pregunta Duffy.

—No, este Ben es alto. Muy alto. Y tiene el pelo oscuro y un poco rizado.

Adam mira a Duffy.

—A lo mejor se refiere a Benny.

—Benny se largó a vivir a Manitoba —dice Duffy—. Y se hizo esterilizar.

—¿A Ben el Grande, entonces? Ese se está quedando calvo.

—Y está muerto. ¿No te acuerdas de que hace un año se dio una piña con el coche y murió?

—¡Mierda! Lo había olvidado. ¿Y cómo se llamaba su hermano...?

Mientras siguen hablando, empiezo a recoger las cosas.

Dave y Lee han emprendido viaje de vuelta a Australia y Cornelia ha seguido camino hacia Seattle. Hemos quedado en que seguiríamos en contacto y Cornelia me ha prometido venir a Viena a visitarme. Ya echo de menos su austero sentido del humor y la actitud relajada de Lee y Dave ante la vida. No he conseguido dar con Ben, ni siquiera acercarme a ello, pero al menos puedo jactarme de haber conocido a alguien en Wonglepong, Queensland. Y a pesar de que aquella vez en Donauinsel no me mostré de acuerdo con Ben e insistí en que pasada cierta edad es imposible hacer nuevas amistades, eso es precisamente lo que he hecho, y me alegro de ello.

Aún faltan tres días para mi vuelo de regreso a Viena. Me siento como una nubecilla solitaria aunque ambiciosa, y por ello me subo al bus turístico para visitar la ciudad, como *dim sum* en Chinatown y contemplo un calamar en el acuario de Stanley Park. Entró en una cafetería y pido «cordial de frambuesa», pero no tienen ni idea de qué es eso y tengo que contentarme con tomar un café.

De camino hacia el Museo de Antropología, veo que queda cerca de Wreck Beach, que Ben me mencionó pero que había olvidado por completo. Aprovechando que es el primer día despejado desde que estoy en Vancouver, decido ir primero allí. Cuando llegamos a la parada, le pido al conductor del autobús que me indique hacia dónde queda Wreck Beach.

—Por allí —dice, señalando hacia un bosque—. Luego hay que bajar por una escalera de madera. ¿Está segura de que no tendrá frío?

Y se ríe.

Llevo bufanda y guantes, y le digo que no; sin entender del todo por qué el hombre sigue riendo para sus adentros.

Cruzo el bosque y encuentro la escalera de piedra que desciende hacia la playa. A veces es tan empinada que me veo obligada a sujetarme a la barandilla, y a veces hay agradables descansos entre peldaño y peldaño. El sendero está flanqueado por altos pinos de Oregón. La escalera es interminable y leo un cartel que anuncia que hay un total de cuatrocientos ochenta y tres peldaños. Emerjo por fin de entre los árboles y llego a la arena. Junto al mar sopla con fuerza la

brisa.

—¡Hola! —Oigo que dice una voz—. ¿Qué tal va todo?

Pasa por mi lado un hombre que tendrá unos setenta años. Exceptuando una riñonera de color verde fluorescente y las sandalias, va completamente desnudo.

—Bi... bien —consigo decir, fijando la mirada en su apergaminado trasero.

Contándome a mí y al anciano, en la playa hay un total de siete personas. Seis de ellas van desnudas. Estoy a punto de echarme a reír. Era evidente que la playa favorita de Ben tenía que ser una playa nudista.

Me acerco al agua y me siento en las piedras para contemplar el paisaje. Para disfrutarlo, como me contó Ben que hacía cuando venía aquí. A lo lejos se ven casas y detrás de ellas, las cumbres nevadas de las North Shore Mountains. El aire de Wreck Beach huele a sal y algas, con una débil nota de marihuana que me hace pensar en Matthias y me lleva a preguntarme por qué estuvimos juntos tanto tiempo. Por qué creía que el amor tenía que ser aquella lucha continua. Por qué consideraba normal tener que «trabajar» en una relación como si trabajase en un turno de una mina de uranio rusa. Con Ben todo era fácil, natural, obvio. Hasta que desapareció y todo se fue al traste.

Miro al hombre de la riñonera. Se ha sentado en una toalla, a escasa distancia de mí. El sol se ha escondido un instante detrás de una nube, pero él ha extendido igualmente un pequeño toldo de color morado desteñido, bajo el cual se ha instalado. Me levanto y me acerco a él.

—Perdone —digo—. Me pregunto si podría formularle una pregunta.

El hombre sonríe. Tiene las mejillas y la barbilla cubiertas con una barba blanca de tres días de aspecto áspero.

—Ningún problema —dice—. ¿Qué quiere saber?

Me esfuerzo para que mi mirada no descienda hacia su pene, que me recuerda una melancólica salchichita entre una pelusilla blanca y unos testículos arrugados. En la playa no estaremos a más de diez grados.

—Me preguntaba si habrá visto alguna vez por aquí, por Wreck Beach, a un chico llamado Ben —digo—. Es muy alto. Y con el pelo oscuro. A veces lleva barba. Es muy... alegre.

El hombre ríe.

—Pues claro que conozco a Ben —dice.

De pronto me cuesta respirar y mi cuerpo desea desplomarse de golpe.

—Todo el mundo conoce a Benjy-Benito —prosigue el anciano—. Nos hacía reír mucho todos los veranos. Con sus colegas. Era un tipo muy enrollado. De vez en cuando compartíamos algún que otro porro.

Apenas me atrevo a formularle la siguiente pregunta.

—¿Y lo ha visto últimamente? ¿Estos últimos meses, quizás?

El hombre hace un gesto negativo y se rasca el vello blanco que le cubre el pecho. Tiene las uñas largas y amarillas.

—Qué va, hace ya unos años que no lo veo. Por lo que me contaron, se fue a vivir a T. O.

El hombre sigue rascándose. Emite un sonido seco y rasposo.

—¿A T. O.? ¿Y eso dónde es?

—Toronto.

—¿No se marchó a Europa?

El hombre hace otro gesto negativo con la cabeza.

No, mi recorrido no puede terminar aquí.

Deja por fin de rascarse su tórax hundido y saca de la riñonera un tubo de manteca de cacao para los labios.

—¿Conoce a alguien que pudiera saber alguna cosa más de él? ¿Alguien con quien pudiera hablar? —pregunto.

—Sé que solía ir a Vito's, en Commercial Drive —dice el hombre—. Siempre podrías ir a preguntar allí.

Se aplica con esmero la crema de cacao.

—¿No sabrá, por casualidad, el apellido de Ben?

—No. Siempre lo llamábamos Ben, Benjy o Benjy-Benito. No me preguntes por qué. Pero siempre nos hacía reír.

Le doy las gracias al hombre y subo a toda velocidad la escalera de madera. Durante el recorrido, me maldigo por haberme olvidado por completo de Wreck Beach. La estupidez puede adoptar muchas formas y en estos momentos está adoptando la de alguien que se ha visto obligado a detenerse varias veces para coger aire mientras subía esas escaleras.

Estoy otra vez en Commercial Drive y enseguida localizo Vito's. Se trata de un bar de mala muerte con un grafiti pintado en la pared de la entrada y que no abre hasta de aquí a dos horas. Entro en el supermercado que hay al lado y me dedico a curiosear los productos expuestos hasta que el dependiente vietnamita empieza a mirarme raro. Escucho cómo toca la guitarra eléctrica una chica peinada con raya en medio. El estómago empieza a rugirme de hambre y me compro una porción de *pizza* con pesto en un local llamado Uncle Fatih's. Paseo arriba y abajo, por delante de Vito's, consciente de que debo de parecer un perro nervioso. Por fin veo un tipo con el pelo teñido de negro que se acerca a abrir la puerta, entra rápidamente en el local y vuelve a cerrar. Pasados diez minutos, abre de nuevo la puerta y empieza a retirar las planchas de madera que protegían las ventanas con barrotes. El chico lleva unos pendientes negros de gran tamaño y un aro plateado en la nariz. Tiene al menos tres *piercings* en cada ceja.

—Disculpa —le digo.

—¿Qué pasa? —dice el chico, que se gira y vuelca en mí toda su atención.

—Estaba preguntándome si conocías, o conoces, a un chico llamado Ben, o Benjy, o Benjy-Benito —digo—. Es alto, con el pelo oscuro.

El tipo se encoge mínimamente de hombros.

—Por aquí vienen unos cuantos Ben. Pero tengo demasiados clientes como para poder acordarme del nombre de todo el mundo. Lo siento.

El chico parece sentir sinceramente no poder ayudarme. Casi rompo a llorar.

—¿Estás seguro? ¿Ben? —repito—. Tiene un primo que murió.

—Como te he dicho, cada noche pasan por aquí montones de clientes, así que quién sabe. Tal vez sí que viene por aquí. Lo siento. ¿Por qué andas buscándolo?

—Por nada en concreto —digo—. Solo quería saludarlo.

El chico me mira y me doy cuenta de que uno de los *piercings* que lleva en una ceja está infectado.

—De verdad que me gustaría poder ayudarte —dice.

—Y a mí también —replico, con voz temblorosa.

De pronto, da la impresión de que el chico toma una decisión y saca su

teléfono móvil.

—Espera, voy a llamar a Sherri —dice—. Ella tiene mejor memoria que yo.

Un minuto más tarde, le he explicado mi situación a Sherri. Mientras hablo con ella, el chico se agacha, recoge las planchas de madera y las mete en el local.

—Creo que puedo recordar a un chico como el que me describes —dice con ciertas dudas la voz que se oye en el otro extremo de la línea—. Y si no recuerdo mal, ese grupillo —él, su primo y unos cuantos más— solían frecuentar también Donny's, en Burnaby. Creo que vivían cerca de allí. Tal vez podrías ir a ver qué averiguas.

Le doy las gracias a Sherri y enseguida le pregunto al chico de pelo negro cómo llegar a Donny's. Una vez me ha explicado que tengo que coger el SkyTrain en dirección este, salgo prácticamente corriendo.

En el tren, estoy tensa e impaciente y no puedo parar de mover las piernas. Dispongo de poquísimo tiempo, pero tengo la sensación de que estoy a punto de encontrar a Ben y de que pronto podré pedirle perdón por todo. Me muerdo el interior de la mejilla y observo el paisaje que se despliega al otro lado de la ventana, un escenario que cambia constantemente y pasa de chabolas pobres y en estado ruinoso a casas con fachadas blancas y tiendas. Delante de mí va sentada una chica. Tiene el pelo rubio de bote, lleva una camiseta rosa de Hello Kitty y unos vaqueros negros lavados a la piedra. Me doy cuenta de que lleva un *piercing* en un pezón, puesto que el aro de metal sobresale justo donde Kitty tiene la oreja izquierda. Cuando empieza a buscar alguna cosa en su bolso, me fijo en las uñas.

—¡Qué uñas! —le suelto.

La chica sonrío y me las muestra.

—Molan, ¿verdad? —dice.

Extiende la mano para que pueda apreciarlas mejor. En cada uña hay una minúscula fotografía en color de una cara sonriente, y en una de ellas, de un perro.

—Son mi madre, mi padrastro, mi hermano pequeño, mis dos hermanastras, tres amigas y mi perro. Aunque me arrepiento de haberme puesto esta —dice, señalando la uña del dedo índice de la mano izquierda, que está decorada con una chica con melena oscura—. Ya no somos amigas porque al final se ha portado como una mala puta.

—Es como tener un álbum de fotografías en las uñas —digo—. No sabía que se podían hacer cosas así.

—Ahora se lleva mucho. Hay un sitio en Kingsway, en Burnaby, donde lo

hacen —me explica la chica—. ¿Puedo ver las tuyas?

—¿Las mías?

—Tus uñas —me aclara la chica.

Un poco cohibida, le muestro mis uñas, cortas y sin pintar.

—Son nudistas —digo.

La chica sonrío.

—En ese caso, tendrían que ir a Wreck Beach.

—Acabo de estar allí —digo—. Pero hacía un poco de frío.

Me doy cuenta ahora de que la chica lleva unos pendientes de plástico con personajes de Disney: Goofy en la oreja izquierda y Minnie Mouse en la derecha.

—Aunque, de todos modos, creo que Wreck Beach es un lugar sobrevalorado de la hostia —dice, poniendo cara de exasperación—. Tantas escaleras y luego no hay más que un montón de *hippies* apestosos, tías con tetas que les cuelgan hasta la barriga y viejos barrigudos. Y la policía paseándose por las noches para comprobar que nadie esté bebiendo descaradamente alcohol. La última vez que fui, había un tipo allí tumbado, mirándonos a mis amigas y a mí mientras se hacía una paja. Tendrían que darle una buena paliza, para que aprendiera.

—Una vez en el metro de Viena, donde vivo, hubo un tío, unos cuantos asientos más allá de donde yo estaba, que también empezó a pajearse —le explico—. Cuando vio que me había dado cuenta de lo que estaba haciendo, me dijo que no tardaría mucho, que enseguida acababa.

—Como si eso mejorara en algo la cosa —dice la chica.

—Lo sé —digo, moviendo la cabeza en un gesto de preocupación.

—Me llamo Jordana —dice.

—Yo soy Julia —digo.

El rostro de la chica se ilumina.

—¡También empiezas con J! ¡Mola!

Le devuelvo la sonrisa y pienso cuánto me gustaría que mi vida fuera tan simple que me sintiese feliz con solo poder practicar la aliteración de nombres. Jordana saca el móvil y un tubito brillante; aprovechando el reflejo, se pinta los labios de color rosa. A pesar de que viste como si tuviera once años, intuyo que tiene que estar por encima de los veinticinco.

—He quedado con un chico que me gusta mucho —dice, mientras se limpia con cuidado una manchita de rímel que le ha quedado debajo de un ojo—. Tengo que estar guapa.

—Qué bien —digo.

—Está buenísimo —dice—. Así que, si quiero enrollarme con él, tengo que subir el volumen del amplificador al once, no sé si me explico.

—*This is Spinal Tap* ^[12]—replico, sonriendo.

Se levanta para bajar.

—¿Bajas también aquí? —me pregunta.

—No..., creo que bajo en la siguiente parada.

—Vale, que te vaya muy bien —dice.

—Y a ti también —digo—. Buena suerte.

Jordana baja del tren y sonrío para mis adentros. He hablado con una desconocida en un tren. Ben se habría sentido orgulloso.

Bajo en la estación siguiente, pero el chico de pelo negro ha debido equivocarse, puesto que no veo ningún lugar llamado Donny's. Cuando le pregunto a un peatón, me dice que tendría que haber bajado una parada antes. Como no tengo ni idea de cuándo pasará el siguiente tren, echo a andar en dirección contraria.

Es una zona agradable, con ambiente de ciudad pequeña. Las casas no tienen aspecto de ser muy caras, pero se ven limpias y bien cuidadas. Una anciana que está sacando las malas hierbas de su acera me saluda, y le devuelvo el saludo.

Camino varios kilómetros y entro tanto en calor que tengo que quitarme la bufanda y llevarla en la mano. Paso por delante de un motel que, con su rótulo de neón roto, podría ser perfectamente el escenario de una película americana. Cruzo un puente sobre un río. En la otra orilla hay un Tim Hortons, seguido de un Starbucks y varios bares y tiendas. Todo me parece impersonal y acogedor a la vez.

Veo por fin un edificio blanco rectangular con un cartel negro donde puede leerse *Donny's*. Enfrente hay un aparcamiento que está prácticamente vacío. Me detengo unos segundos para coger aire y levanto la cabeza. Sopla una brisa cálida y el cielo ha adoptado los matices lila claro que preceden el atardecer. De pronto, se abre la puerta de *Donny's* y veo que sale Jordana, la chica del SkyTrain. Rodea por la cintura a un chico que camina a su lado y ríe por alguna cosa que él dice. El chico es Ben.

[12] *This is Spinal Tap* es una película de 1984 acerca de una banda de *heavy metal* que se rodó a modo de falso documental y que tuvo mucho éxito en Norteamérica. La frase «I have to turn the speakers up to eleven» («Tengo que subir el volumen del amplificador al once») aparece en la película y hace referencia a

esos momentos en que, por alguna u otra circunstancia, se necesita un empujón de más para salir airoso de una situación. *(N. de la T.)*

Me refugio de inmediato detrás de un coche beis. El dolor que siento en mi interior me hace verlo todo negro durante un segundo y tengo que apoyarme contra la sucia puerta del coche para no perder el equilibrio. No, esto no puede volver a pasarme. La historia no puede repetirse. Ben y Matthias. Matthias y Ben. Matthias sentado detrás de la mesa de la cocina contándome que en clase han estado echando un vistazo a las cámaras Mamiya, cuando llevaba meses sin pisar siquiera la escuela de fotografía. Ben, que me dijo que tendría que aguantarlo toda la vida y que ahora está con otra. No, por favor, otra vez no. Me arde todo el cuerpo y tengo que esforzarme por respirar. Nunca imaginé que los sentimientos pudieran provocar tanto dolor físico. Una mujer que pasa junto al coche me mira con extrañeza, de modo que me incorporo y echo a correr hacia el tren. Corro y corro. Paso corriendo por delante de un grupo de adolescentes que me gritan algo que no alcanzo a comprender. Paso corriendo por delante de Starbucks y de Tim Hortons.

Me siento orgullosa de mí misma por no romper a llorar en el tren. Tampoco lloro durante el recorrido desde la estación hasta el hotel. Tampoco lloro cuando saludo al asiático de recepción y subo corriendo la escalera rumbo a mi habitación. Tampoco lloro cuando me desnudo, me ducho, me pongo el pijama y me cepillo los dientes. No es hasta que me arrastro por el suelo entre la mesita de noche y la cama, hasta que me quedo completamente encajonada entre ambos muebles, que permito que las lágrimas broten por fin.

Es la última clase en Berlitz de Bettina, Steffi y Hans. Steffi me regala una caja de bombones Merci.

—Gracias —digo.

Con las mejillas del color del clarete, Bettina murmura alguna cosa y me entrega unas hojas de papel grapadas entre sí y con fotografías impresas. De entrada no entiendo qué es. Pero enseguida me doy cuenta de que ha hecho fotos de su familia y sus dos gatos y ha escrito una frase corta en inglés debajo de cada una de las imágenes. En la última página hay una foto de Bettina con una copa de *prosecco*. En el pie de foto puede leerse:

¡Querida Julia! ¡Eres la mejor profesora del mundo! Tus clases han sido una alegría. Y de gran utilidad. ¡Gracias! ¡Bettina!

Estrecho a Bettina en un largo abrazo e intento no llorar. Me parece que a Steffi le fastidia que Bettina me haya hecho un regalo tan personal. Hans mira la foto en la que aparece Bettina con la copa de vino. Y a continuación señala hacia mí.

—Has convertido a Bettina en... una alcohol... —dice, pero no consigue encontrar la palabra adecuada.

—¿Que he convertido a Bettina en una alcohólica? —digo yo, acabando la frase—. Espero que sí. Siempre y cuando hable también inglés.

Hans me estrecha la mano y mis tres alumnos desaparecen para siempre. Hans es el único que ha conseguido un trabajo, mientras que Bettina y Steffi continúan por la tortuosa senda del desempleo.

Miro por la ventana, que tiene chorreones de suciedad, para ver si la ansiada lluvia está por fin de camino, pero el cielo sigue totalmente azul. En el alféizar hay un papel arrugado y un par de clips sujetapapeles. Guardo con cuidado en el bolso los bombones y el *collage* de Bettina.

No existe nadie más aburrido que aquel a quien le han roto el corazón, y por ello vivo escondida desde que volví de Canadá. Doy mis clases, voy al gimnasio,

veo a mi nuevo compañero de vida (Netflix), leo y duermo. Desde Canadá, estoy durmiendo mucho. Y cuando no duermo, pienso en lo agradable que debería de ser estar durmiendo.

Pero hoy he decidido hacer algo. Algo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo: cuando salgo del trabajo, voy y compro una azalea de interior.

El calor del verano ha vaciado las calles de la ciudad de sus residentes locales y los ha sustituido por turistas con helados y ojos cansados. Hace tanto calor que solo puedes moverte a cámara lenta. Por suerte, las casas del distrito séptimo son tan altas que, a pesar de que el ambiente vuelve a estar opresivamente cargado de polvo, las aceras mantienen un sombreado agradable.

Totalmente decidida, bajo a la segunda planta de mi edificio y llamo al timbre del piso que da a la calle. Aunque en parte confío en que no haya nadie en casa, veo de inmediato una sombra detrás de los paneles de cristal tintado de la puerta. Alguien desbloquea los dos cerrojos de seguridad y abre la puerta.

—*Grüss Gott* —digo—. Perdón por molestarla. Me llamo Julia y vivo en la cuarta planta. Solo quería darle esto y decirle lo mucho que la admiro.

Le entrego la planta, que he hecho envolver con papel blanco y decorar con una cinta rizada de color verde. Elfriede Jelinek es bajita y tiene un aspecto muy pulcro. Lleva los ojos maquillados y los labios pintados con un tono rojo apagado.

—Gracias —dice, y parece feliz y sorprendida.

Cierra la puerta.

Me quedo allí plantada como una idiota. ¿Acaso no me habré expresado bien en alemán y ha pensado que era un mensajero que simplemente venía a entregarle la planta? ¿No ha caído en la cuenta de que lo he hecho para que me invitara a pasar a su piso y así poder entablar amistad? Y ni siquiera sería necesario que fuéramos amigas, pero imaginaba que en el transcurso de la conversación me contaría al menos alguna cosa sobre qué implica ser escritor o sobre la vida, o sobre los hombres que me cambiarían la vida.

Afectada por la falta de humanidad de esa mujer, a punto estoy de volver a llamar al timbre para obligarla a decir alguna cosa profunda. Pero entonces oigo que entra alguien por la puerta de la calle y me alejo de la puerta de Jelinek, la mujer del corazón de hielo, para subir de nuevo a mi casa.

Subiendo las escaleras, tengo un *flash* de inspiración y sé sobre lo que voy a ponerme a escribir de inmediato. Es de lo más evidente: a pesar de todo, Elfriede

me ha ayudado. Mi libro girará en torno a una profesora de inglés que un día está en un banco de Karlsplatz cuando de pronto llega un desconocido y se sienta a su lado. Y todo cambia para siempre.

En cuanto entro en el apartamento, sé que algo no va bien. En primer lugar, Optimus no está instalado en la cunita del recibidor esperándome y, en segundo lugar, el apartamento huele distinto. Entro en la habitación y me paro en seco. Ben está durmiendo en mi cama.

Me quedo junto a la cama y lo miro durante un buen rato. Veo que se ha cortado el pelo y que ha sumado un par de kilos desde que lo vi por última vez en Canadá. Veo también una mochila en un rincón y una toalla mojada colgada en la puerta del cuarto.

—Ben —digo.

No se mueve.

—Ben —digo, subiendo un poco la voz.

Abre los ojos.

—Hola —dice, sonriendo.

Se incorpora y se apoya en la pared.

—El vuelo a Bratislava aterrizó con retraso —dice, bostezando—. Y luego tuve que dormir en el suelo del aeropuerto hasta que empezaron a funcionar los autobuses hacia Viena. Después resultó que el autobús tuvo un problema con el motor y nos hicieron bajar a todos y esperar a que llegara un vehículo de sustitución.

Sigo totalmente quieta. Ben retira la colcha.

—Ven aquí —dice, con una sonrisa—. Dios mío, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Vete —digo.

Veo el miedo en sus ojos.

—Sal de mi piso —insisto—. No pienso hacer esto. Hacer como si estos últimos meses no hubieran existido. ¡Vete! ¡Sal de mi piso y de mi vida!

Ben se sienta del todo.

—Intenté llamarte —dice, nervioso—. Varias veces. Y no respondías.

—Llamaste una vez —digo.

Me da la sensación de que reflexiona sobre lo que ha dicho.

—Estoy seguro de que llamé más de una vez.

—Pues yo estoy segura de que no.

Cuando miro a Ben, regresa el dolor; el dolor que con tanto éxito he conseguido contener desde que volví de Canadá.

—¿Por qué me abandonaste? —pregunto—. ¿Por aquella pelea?

No responde.

—¿Fue por aquella pelea? —repito, subiendo la voz.

—¡Sí! O al menos de entrada, fue por eso —dice Ben—. Pues claro que me enfadé con todo lo que me dijiste. ¡Quién no se enfadaría! Luego estuve un tiempo trabajando con Pawel. Antes de volver a Canadá.

—¿Y cómo conseguiste el dinero para el viaje? ¿Enluciendo paredes?

—Claro que no —dice Ben entre dientes—. Me lo prestó mi padre. Y me costó un montón conseguirlo, debo añadir. Pero ya se lo he devuelto.

—¡Pensé que habías muerto! —grito—. ¡O que estabas en la cárcel! ¡O en el hospital! ¡O donde fuera!

—¡Me largué a Canadá por tu bien! —dice Ben—. ¡Por ti!

Espero que continúe.

—No tienes ni idea de lo que es no tener dinero —prosigue—. Estar en una de las ciudades más bellas del mundo y no poder comprar nada. Me marché a Canadá para ganar dinero. Para nosotros. Ya has visto los trabajos de mierda que puedo conseguir aquí en Viena. Disfrazarme de payaso de Mozart o trabajar para esos polacos que la mitad de las veces ni siquiera te pagan.

—¡Todo eso es solo por tu culpa! —digo—. La decisión de viajar de un país a otro en autostop fue tuya. Igual que la decisión de no hacer nada con tu vida. ¿Y de dónde sale eso de que en Canadá hay trabajos tan fantásticos y tan bien pagados?

—Al menos hay trabajos donde puedo ganar mucho dinero con rapidez —dice Ben—. Estaba hasta el gorro de que tuvieras que pagármelo todo.

Estoy tan enfadada que me cuesta incluso respirar.

—¿Cómo coño te atreves a hacerme sentir culpable por trabajar y ganar dinero? —digo—. ¡E insinuar que me dolía gastar dinero contigo y divertirme a tu lado! ¡Las cosas bonitas cuestan dinero! Lo único que te fastidia es que sea mujer, ¿no? Pero ¿sabes qué? No me importaba. ¿Por qué ni siquiera te pusiste en contacto conmigo ni me dejaste un pequeño mensaje cuando te fuiste a Canadá? ¡La gente normal no se comporta así! ¡Los que se comportan así son los cabrones!

Ben hace un gesto de frustración con las manos y señala hacia mí.

—¡Deja de hacer eso! —dice—. ¡Deja ya de coger todo lo que yo digo y transformarlo en otra cosa! Siento mucho no haberme puesto en contacto contigo. Quería hacerlo, pero... pero también quería esperar a tener un poco más de dinero. Para demostrarte que puedo ganar dinero y mantenernos con ello.

¿Crees que no me daba cuenta de lo nerviosa que te ponía tener que pagarlo todo, por mucho que ahora digas que no? No me volví a Canadá, precisamente, para disfrutar de la vida y pasármelo en grande.

Pienso en Jordana. Pero ni siquiera sometida a la tortura más brutal me plantearía reconocer ante Ben que viajé a Canadá para encontrarlo ni que lo vi con ella.

—Quieres que hablemos sobre mis sentimientos y esas cosas —continúa Ben—. Quieres que todo el mundo se comporte tal y como tú tienes pensado que debe comportarse. ¿Por qué no escribes un pequeño guion para así saber todo lo que tenemos que decir y hacer? ¿Eh?

Durante unos segundos, ninguno de los dos dice nada. La tormenta ha amainado un poco.

—De hecho, eso que dices tampoco estaría tan mal —digo yo al final—. A lo mejor así la gente dejaría de decepcionarme de una vez por todas.

—Crece, hazte mayor —dice Ben, aunque sin menos rabia en la voz—. En realidad no quieres estar con alguien como yo, lo que quieres es estar con un banquero austriaco.

—¿Con un banquero austriaco?

—Tú misma lo dijiste. Que solo estabas conmigo porque no tenías otra elección. Recuerdo que lo dijiste cuando estuvimos en Donauinsel. Que tu reloj biológico empezaba a marcar las horas.

Me quedo boquiabierta antes de replicar.

—Ben —digo—. Eso no es lo que quería decir, en absoluto, y jamás te comenté nada sobre ningún reloj biológico. Me resulta increíble que durante todo este tiempo hayas estado pensando que solo estaba contigo por mi edad. ¡Si ni siquiera soy vieja!

Ben parece estar procesando lo que acabo de decirle y ninguno de los dos dice nada durante un rato.

—He recorrido medio mundo por ti —dice Ben—. ¿Lo captas? He dejado a mi familia por ti. Viena ni siquiera me entusiasma mucho, pero estoy aquí igualmente. Por ti.

«Y yo también crucé medio mundo por ti», pienso.

—¿Y fuiste tal vez fiel en Canadá?

De entrada, Ben no dice nada.

—Supongo que unas cuantas chicas lo intentaron, pero yo solo podía pensar en ti constantemente —responde por fin—. Mi única intención era ganar un poco de dinero. Dinero para nosotros.

—¿Y no podías ponerte en contacto conmigo? —digo—. ¿Como una persona normal? ¿Se te pasó en algún momento por la cabeza que pudiera estar preocupada? ¿Creías que te esperaría eternamente? No entiendo tu lógica, la verdad. Mira, Ben, por favor, ayúdame a comprender en qué estabas pensando.

—¡Pues pensaba en regresar! —replica Ben—. ¡Siempre quise volver aquí y estar contigo! No me apetecía estar otra vez con el mismo grupo de gente del Drive y del Donny's. Allí todo el mundo sigue haciendo exactamente lo mismo y tomando las mismas drogas que estaba tomando ya antes de que yo viajara a Europa. Stewie sigue pillando sobredosis los fines de semana y Fat Reggie continúa buscando pelea con desconocidos cada vez que se emborracha. —Ben suspira—. No sé por qué no intenté volver a ponerme en contacto contigo. Tenía en la cabeza un montón de explicaciones para mi actitud, pero ahora me doy cuenta de que no son más que idioteces. Quería irme de aquí para demostrarte que soy capaz de ganar dinero y salir adelante. Eres la única persona que ha creído alguna vez en mí. Que ha creído que yo podía llegar a algo.

Muevo la cabeza con incredulidad.

—Pero ya no lo creo —digo—. Eres un perdedor que nunca va a llegar a nada. Un gandul. Como Matthias.

En cuanto menciono a Matthias, veo que Ben se pone furioso.

—No me compares con ese cabrón —dice enojado—. Yo no soy como él.

—Eres exactamente igual que él —digo—. Y ahora: Sal. De. Mi. Casa.

En Kirchengasse acaban de abrir el primer centro de donación de plasma de Viena. Como las instalaciones se encuentran en el camino que va desde mi casa a la academia, he estado observando con excitación los carteles que anunciaban su puesta en marcha, y ahora por fin está inaugurado. Entro en él el primer día.

—Bienvenida al Centro de Plasma Baxter —me dice la chica situada detrás del mostrador blanco—. ¿Viene a donar plasma?

Muevo la cabeza en un gesto afirmativo y sonrío. Todo a mi alrededor es blanco: el suelo, el mobiliario y el techo. Hay una única pared pintada de naranja y parte del mobiliario tiene algún detalle en ese color. Las esquinas están decoradas con palmeras de interior gigantescas y todo tiene un aspecto etéreo y futurista.

—¿Ha donado plasma alguna vez? —me pregunta la chica, entregándome un formulario que tengo que rellenar.

—No —respondo, y veo que la chica parece aliviada, lo cual me provoca cierta perplejidad.

A decir verdad, ni siquiera estoy al cien por cien segura de lo que es el plasma, aparte de saber que tiene algo que ver con la sangre. Pero como en el Centro de Plasma Baxter pagan nada menos que cincuenta euros por la primera donación y veinte por las siguientes, tampoco es que me importe mucho. Lo que es más, según explican en el folleto, puedes donar hasta cincuenta veces al año, lo que significa que podría sacarme más de mil euros extras anuales si me convierto en una donante intensiva de plasma.

Tomo asiento en una de las sillas naranjas y leo que el plasma es lo que queda después de retirar todas las células sanguíneas sin dejar que la sangre se coagule y que tiene aplicaciones clínicas muy importantes. Relleno el formulario y se lo devuelvo a la chica, junto con mi carné de identidad y una fotocopia de mi Meldezettel, la tarjeta de residencia austriaca. Me hacen pasar casi de inmediato, como si les preocupara la posibilidad de que fuera a cambiar de idea. Entro en una habitación donde hay una docena de personas más y me piden que me siente en una cómoda silla reclinable. Una mujer uniformada de blanco me clava una

aguja en el brazo. Fascinada, veo fluir la sangre a través del tubito de plástico y transformarse en un líquido amarillento en el interior de una máquina que zumba a mi lado. Mientras permanezco tumbada, me acuerdo de que he visto que en la iglesia de Kaiserstrasse buscan nuevos miembros para el coro y me recuerdo a mí misma que tengo que enviarles lo antes posible un mensaje de correo electrónico para que tomen nota de mi interés.

Permanezco allí tumbada casi una hora y media, hasta que me han extraído la cantidad de plasma necesaria. Leo un par de revistas y echo de vez en cuando un vistazo a los demás ocupantes de la sala. Cuando termino, me ponen un esparadrapo en el brazo, me dan un trozo de pastel de chocolate bastante seco y me entregan un billete de cincuenta euros nuevo y sin una arruga. Pienso que, entre mi nueva rutina como donante de plasma y mi integración en el coro de la iglesia, mi futuro nunca había sido tan de color rosa.

Cuando salgo de Berlitz unos días más tarde, oigo de repente una voz.

—¿Tendría algo de calderilla para un sintecho?

Me giro y veo a Ben sentado en el suelo, apoyado en un edificio. Sostiene en la mano un vaso de papel de McDonald's. De entrada no digo nada. Pero me siento más feliz de verlo de lo que me gustaría reconocer.

—No hay que dar dinero a los mendigos —digo al final—. Si lo haces, no lograrán sobrevivir cuando los suelten de nuevo a vivir en libertad.

Me fijo en que lleva ropa nueva, sin remiendos, ropa que no reconozco.

—¿Cómo es que sigues todavía en Viena? —le pregunto.

—Ahora vivo aquí, quieras o no —dice—. Y me he apuntado a un curso subvencionado de ingeniería mecánica.

Decido no decirle que sé que hace seis meses lo aceptaron ya en ese curso.

—¿Piensas ser ingeniero? —digo, empleando un tono algo sarcástico del que me arrepiento de inmediato, pues hace que parezca una niña de trece años.

—Sí —replica Ben—. Ya he asistido a un par de clases. Los demás estudiantes acaban justo de cambiar la voz y parezco su abuelo. Pero los profesores son enrollados.

—¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar para sumarte finalmente al otro bando? —le pregunto—. Creía que eras feliz enluciendo paredes, cogiendo lombrices y viviendo al aire libre.

Ben reflexiona un momento su respuesta.

—El olor a pies —responde finalmente—. No quiero ser de esos que siempre llegan a casa con olor a pies. Eso es señal de que tienes un trabajo de mierda. Aunque es probable que tú también tengas algo que ver con todo esto.

—¿De qué piensas vivir? Mientras estudias, me refiero.

—He conseguido un trabajo de celador en la universidad —me explica—. Al parecer, necesitaban alguien porque se pasan el día moviendo bancos, sillas y libros de un departamento a otro. Y es un trabajo legal y todo. Incluso voy a pagar impuestos.

—¿Y aún no has explotado? —digo—. ¿Dónde vives ahora?

—Ya no vivo en un arbusto de Stadtpark —dice Ben con una sonrisa—. Vivo en el catorce, en una habitación que le alquilo a un tío que creía que se llamaba Bogdan hasta que, cuando ya llevaba un mes allí, va un día y me dice: —a partir de aquí, Ben continúa con acento balcánico—: «Ben, por favor, deja de llamarme Bogdan. Me llamo Bora». Yo habría jurado que se llamaba Bogdan. Quiero que se llame Bogdan. Tendría que llamarse Bogdan.

—Todo el mundo necesita un Bogdan —digo.

Sonreímos y nos quedamos unos instantes callados. De pronto, Ben saca una cosa del bolsillo.

—Tengo incluso móvil —dice—. Apúntate el número.

Por educación, agrego el número a mi teléfono. Volvemos a quedarnos callados.

—Tengo que irme —digo al final.

—¿Has quedado con tu banquero austriaco? —pregunta Ben.

—Por desgracia, mi banquero austriaco está demasiado ocupado explotando a los pobres —respondo—. Aunque, por otro lado, tiene un BMW y me compra abrigos de pieles a diario. De esos que hacen con fetos de cordero.

—Pero te apuesto lo que quieras a que no tiene un Bogdan —dice Ben.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Ahora en serio. ¿Dónde vas? —dice Ben.

—Voy a cantar en un coro de la iglesia —digo, extendiendo los brazos—: ¡Tachán, estás ante una persona nueva!

—¿Puedo ir? —pregunta Ben.

—¿Quieres apuntarte a un coro?

—Por Dios, no —dice Ben—. Pero ¿puedo esperar hasta que termines?

De pronto noto como si el peso de mi corazón se hubiera multiplicado por dos.

—No creo que sea muy buena idea —digo.

Ben se levanta.

—Quiero pedirte perdón —dice—. Por haberlo hecho tan mal al intentar ponerme en contacto contigo cuando estaba en Canadá. Me comporté como un imbécil y comprendo lo triste que debí de ponerte. Lo siento.

—Gracias —digo.

—Dicho esto, me da igual lo mucho que te enfades ahora conmigo —prosigue—. Pienso esperar. No te librarás de mí tan fácilmente.

De repente, me viene a la cabeza la imagen de Jordana y Ben saliendo de Donny's.

—Ben —empiezo a decir—. Nunca seré capaz de volver a confiar en ti, de modo que seguir juntos no tiene ningún sentido. Necesito poder confiar en mi compañero.

Ben me mira y noto que se le tensa la mandíbula. Soy incapaz de mirarlo a los ojos.

—No digas «compañero» —dice en voz baja—. Parecemos *cowboys*.

—Adiós —digo, y echo a andar a toda velocidad.

Intento tragar el nudo que se me ha formado en la garganta y pensar en el coro para animarme un poco. En menos de media hora, no solo estaré conociendo un montón de gente interesante, sino que estaré además cantando canciones preciosas y me enriqueceré espiritualmente con ello. En Canadá estaba equivocada. No es necesario tener a nadie con quien compartir las experiencias fantásticas de la vida.

Soy la única menor de setenta y cinco años. En la gélida iglesia católica de Zum Göttlichen Heiland, se me distingue a la legua entre el rebaño de arrugas, manchas de vejez y cataratas. Soy al menos cuarenta años más joven que la persona que menos edad me lleva. Soy además sueca y, de hecho, protestante.

«*O, ein neues Chormitglied!*», exclaman varias personas cuando me ven, lo que me lleva a pensar que debe de hacer unos cuantos años que no se incorpora nadie nuevo al coro.

Todo el mundo me mira antes de girarse para saludarse con un beso en la mejilla o quitarse el abrigo. Todo el mundo va bien vestido, y los hay incluso que van sumamente elegantes. Hay un anciano con corbata y varias mujeres con refinados fulares y collares enormes. La iglesia está llena a rebosar de esos ornamentos dorados y esas estatuas de santos con ojos vacíos y boca seria que siempre encuentras en las iglesias católicas. Todo está envuelto en un aroma especial, resultante de la combinación de polvo, perfume e incienso.

—¿Eres contralto o soprano? —me pregunta el director del coro.

—La verdad es que no sé —respondo—. ¿Existe algún tipo de test para averiguarlo?

Por lo visto no lo hay, puesto que el director del coro se limita a indicarme con la mano que me sitúe entre los contraltos y los sopranos. En la iglesia hace tanto frío que veo incluso el vaho que me sale de la boca, de modo que decido seguir con la chaqueta puesta. Cuando estamos todos debidamente colocados, pasamos diez minutos realizando algunos ejercicios de calentamiento para la voz y para el

cuerpo y, acto seguido, el director del coro se sienta detrás del piano y empieza a remover una montaña de papeles.

—Hoy empezaremos con una canción nueva —dice—. ¿Quién quiere hacer el solo?

—¡Yo! —grito de inmediato, levantando la mano.

Todo el mundo se gira para mirarme.

—Era broma —digo enseguida—. Si ni siquiera sé qué soy.

Me olvido añadir que me refiero a si soy contralto o soprano. Solo uno de los bajos ríe un poco, de manera que decido mantener la boca cerrada hasta que llegue el momento de cantar.

—*Der gute Hirte leidet für die Schafe...* —empieza a cantar el director del coro, y los demás le seguimos.

Cantar en un coro resulta ser mucho más duro de lo que pensaba. En primer lugar, no sé leer música, de modo que no me queda otro remedio que escuchar a los demás, y, en segundo lugar, es físicamente muy exigente. Transcurrida media hora, empiezo a tener la mandíbula dolorida, y, por otro lado, cantar con tanta seriedad sobre los ángeles me parece realmente una tontería. Los demás miembros del coro siguen mirándome con curiosidad.

—Qué joven más guapa —dice un hombre cuando terminamos, cogiéndome la mano para darle unos golpecitos cariñosos.

Tiene la mano increíblemente seca, y teniendo en cuenta que lleva unas gafas con cristales de un centímetro de grosor, no sé hasta qué punto puedo tomarme en serio el cumplido.

—¿De dónde es usted? —me pregunta el anciano.

—Soy sueca —respondo, y todo el mundo emite un comedido «¡Oh!», como si yo fuera la reencarnación de Cristo.

—¿Y qué hace aquí? —cuestiona una mujer.

—¿Se refiere en el coro? —le pregunto con nerviosismo—. Soy católica —digo, mintiendo.

—No, me refiero en Viena —dice la mujer.

—La verdad es que, si quiere que le sea sincera, estoy aquí porque adoro Viena —digo, y una vez más el grupo me da su aprobación.

Los veo tan felices de tener un nuevo miembro en el coro, y además joven, que creo que, de no ser porque todos deben de padecer dolores de espalda, me habrían levantado en hombros para llevarme en procesión. Al final, acabamos saliendo todos juntos, yo con la ilusión de que llegue pronto la semana próxima para realizar otro ensayo.

De camino a casa, empiezo a preguntarme si por algún lugar debe de haber otra mina de oro de actividades de pensionistas que descubrir y si esos ancianos podrían tal vez convertirse en mis nuevos amigos.

«Yo combatí en la guerra», me dirían, con los ojos llenos de lágrimas.

«Yo también —diría yo—. O, al menos, he visto muchas películas en las que sale gente que combate en la guerra».

«Los jóvenes han perdido la flor de la juventud», me dirían.

«Estoy totalmente de acuerdo —diría yo—. Pero díganme, de verdad, ¿cuál es el secreto de la vida?».

Y me lo contarían.

Cuando estoy ya casi en casa, un anciano me detiene de pronto delante de una mercería que siempre está cerrada. Lleva una chaqueta raída y sucia.

—Disculpe, ¿tiene usted un gato? —me pregunta.

—Sí —respondo.

El anciano coge una bolsa de la compra de plástico que tiene a su lado y me la entrega. Se la acepto, sin saber muy bien qué pretende de mí.

—Mi gato se ha muerto —dice—. Coja esto, por favor.

Miro el contenido de la bolsa y veo comida para gato y un par de juguetes también para gato.

—Pero... —empiezo a decir—. ¿No quiere tener más gatos?

El anciano se seca rápidamente una lágrima que le asoma por el rabillo del ojo.

—No —dice.

Y echa a andar a toda prisa por Kaiserstrasse y veo que se seca de nuevo los ojos. Miro otra vez el contenido de la bolsa y veo que la comida para gatos es de la barata y que los juguetes están hechos polvo. Veo también la solitaria y cruel realidad de la vejez.

—Por favor, Optimus, pruébala un poquito, solo te pido eso —digo, ya en casa.

Pero Optimus se niega a comer la comida para gatos que me ha regalado el anciano y también a jugar con los juguetes.

Es la primera clase que imparto en el curso nocturno de la universidad. Aparte del hecho de que he tenido que comprarme los rotuladores, me impresionan los edificios modernos y, lo que es más importante, me impresiona el salario que recibo por hora en comparación con lo que gano en Berlitz. Cuando los estudiantes empiezan a entrar, los saludo y les doy la mano. Todo el mundo sonrío e intento recordar el máximo número posible de nombres: Özlem, Zsofia, Agi, Sunita, Fuat, Ahmed y otros.

—Soy Julia —digo, tendiendo la mano a la pareja un poco más mayor que acaba de entrar.

Los dos son bastante bajitos y la mujer lleva velo. Tímidamente, la mujer murmura algo que suena como «*Bahar*», y me estrecha rápidamente la mano con debilidad.

Cuando me giro hacia el hombre, me sonrío y dice:

—Yo Rahim.

Continúo con la mano tendida hacia él y pienso que Rahim no debe de haberla visto.

—Soy musulmán —me explica Rahim en alemán.

Sigo sin captarlo y los segundos siguientes resultan extraños. Al final, Rahim saca de pronto su teléfono móvil y estrecho un extremo del aparato mientras él lo sujeta por el otro. Acabo de estrechar la mano a dos chicos turcos y me había olvidado por completo de que hay musulmanes que no le dan la mano a miembros del sexo opuesto o a personas no musulmanas. Tanto Rahim como yo somos conscientes de lo embarazoso de la situación, pero, por suerte, llegan más alumnos al aula y vuelco toda mi atención hacia ellos.

—Me-llamo-Julia —digo con la máxima claridad posible cuando todos los alumnos están dentro y han marcado la ficha de entrada—. ¿Cómo-te-llamas?

Veintiuna caras me miran con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos muy abiertos. Es un grupo de Nivel Uno, lo que significa que son principiantes sin ningún conocimiento previo del tema. Se sientan en el aula con la espalda erguida y su lenguaje corporal rebosa todavía puro entusiasmo, algo que sé que

empezará a ir en baja hacia la tercera semana. Me acerco a la primera alumna, una chica eslovena con flequillo.

—Me llamo Julia. ¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Me llamo Agi —responde.

Me señalo para indicarle que me formule la misma pregunta, pero ahora a mí.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta Agi.

—Me llamo Julia —digo, y me dirijo al alumno siguiente—. ¿Cómo te llamas?

Recorro el aula entera lentamente y todos los alumnos van dándome su nombre. A lo largo de las dos horas y media siguientes, estudiamos el alfabeto inglés, los días de la semana, la edad de los alumnos y de qué país son originarios. Me empieza a doler la mano de escribir tanto en la pizarra y los pies por llevar tanto rato de pie. A las nueve en punto, se termina la clase y todo el mundo se marcha. La mayoría de alumnos están visiblemente cansados, pero todos sonrían y se despiden alegremente.

Después de apagar las luces y de camino al tranvía, aprovecho para llamar a Rebecca con la intención de contarle que, por vez primera en mi vida, le he dado la mano en señal de saludo a un teléfono móvil. Pero no responde y, sentada en el tranvía medio vacío, empiezo a sentirme terriblemente triste por no tener ni una sola persona con quien compartir mi historia.

—Adiós —le digo a la mujer sentada detrás del mostrador blanco.

—Hasta la próxima —replica sonriente.

Llevo en la mano dos porciones de pastel de chocolate, y me convengo de que debe de ser señal de que mi categoría en el centro de plasma ha subido.

Cuando salgo a la calle, me masajeo la parte interior del brazo y me veo obligada a pararme un momento. Llevo donando plasma casi cada semana y me he dado cuenta de que últimamente estoy mucho más pálida y también más débil. Ir al gimnasio se ha convertido en una auténtica batalla y cada vez tardo más en subir las escaleras de casa. El otro día, la anciana del tercero las subió a más velocidad que yo. Pero me convengo de que es un pequeño precio a pagar por salvar el mundo y tener dinero suficiente para comprarme en Billa ese queso tan exquisito.

Miro el reloj y veo que son solo las cuatro y media. Es demasiado temprano para volver a casa y no hay ni exposiciones ni películas que me apetezca ver. Entonces, recuerdo de pronto que en el distrito noveno vi una óptica donde anunciaban revisiones de la vista gratuitas y pongo rumbo hacia allí de inmediato.

Pero justo antes de entrar en la óptica, me freno en seco. ¿Cuántas revisiones de la vista puedo llegar a hacerme? ¿Cuántas revisiones del oído?

¿Cuánto plasma puedo donar y cuántas veces puedo reorganizar mis libros para llenar el tiempo? ¿Es así como quiero vivir hasta que me muera? Permanezco un buen rato con la mano en la puerta, hasta que un hombre calvo con bata blanca me indica con señas que entre en el establecimiento. Hago un gesto negativo con la cabeza y me voy.

Por una vez, Leonore y yo no hemos acabado en Passage, sino en una discoteca oscura del distrito primero. La discoteca está en un sótano y consiste en una barra y una diminuta pista de baile. Normalmente, me niego a ser vista en un local lleno de hombres mayores que invitan a champán a adolescentes que no paran de reír como tontas, pero esta noche me da igual porque lo que quiero es emborracharme y bailar.

Leonore está en la barra hablando con un tío y yo bailando en la pequeña pista. A mi lado brincan dos mujeres de unos cuarenta años, a todas luces desesperadas porque alguno de los presentes en el local les haga caso, pero esos hombres solo prestan atención al ganado joven. El DJ acaba de pinchar *Relight My Fire*, de Take That, y un tipo se pone a bailar a mi lado. Lleva el pelo oscuro engominado y peinado hacia atrás y tiene pinta de italiano.

—¿Te gusta esta canción? —me grita al oído en alemán.

—¡Por supuesto! —le grito como respuesta—. Take That está totalmente infravalorado.

El tipo levanta el pulgar y seguimos bailando el uno junto al otro.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Julia —le grito—. ¿Y tú?

—Bastian —responde.

—¿Como Schweinsteiger? —digo.

—¿Qué?

—¿Como Schweinsteiger, el futbolista?

Mueve la cabeza en un gesto afirmativo y vuelve a levantar el pulgar. El DJ cambia a *Born to Be Alive* y el baile se vuelve más físico. En un momento dado, el hombre deja su mano sobre mi barriga más tiempo de lo que me gustaría, pero lo dejo pasar.

—Ven, tomemos una copa —dice, al cabo de un rato.

Nos sentamos junto a la barra, sudados, pero el hombre vuelve a levantarse casi de inmediato.

—Voy al baño —dice.

—Ningún problema —digo.

Se esfuma, y de pronto me doy cuenta de que ya no veo a Leonore por ningún lado, lo que significa que se ha largado a su casa y me ha dejado aquí. Sigo esperando a que el tipo vuelva, pero no reaparece. Sigo esperando y esperando, y al final me olvido de a quién estaba esperando. Bebo más vodkas con tónica y sigo esperando, porque confío en que, si espero lo suficiente, aquel a quien realmente estoy esperando acabará apareciendo.

Y de repente caigo en la cuenta de quién es esa persona. De quién es la persona que siempre he estado esperando. Busco el teléfono móvil y envío un mensaje, recojo el abrigo en el guardarropa, salgo de la discoteca y voy corriendo hasta la estación de metro más próxima. Durante el trayecto de veinte minutos contemplo el sol, que empieza a asomar por encima de los tejados para dar inicio a un nuevo día, y pienso en el anciano que se secaba las lágrimas derramadas por su gato muerto. Recuerdo entonces un día cálido de otoño, recuerdo dos personas con las manos entrelazadas, tumbadas a orillas del río Danubio y riendo de un chiste que solo ellas entendían.

Soy la única que se baja en Neue Donau. Aparte de dos hombres dormidos en el césped, junto al río, y de un hombre que está paseando al perro, Donauinsel está totalmente desierto. Pero veo que Ben ya ha llegado, que está en el puente para peatones. Está fumando un cigarrillo y parece como si estuviera malhumorado, aunque sé que eso cambiará en cuanto me vea. En el instante en que piso el puente, las farolas de la isla se apagan con un leve suspiro de alivio. El sol naciente ha transformado el color del cielo, que ha pasado del morado a un precioso azul claro.

—Ben —digo.

Se gira hacia mí.

—Hola —digo.

—Hola.

Señalo una bicicleta oxidada que veo apoyada contra la barandilla.

—¿Es tuya?

—Sí —dice Ben—. Es el Bandido Azul, la antigua bicicleta de Bogdan.

—¿Y qué ha pasado con tu bicicleta de niño?

Ben me mira muy serio.

—¿Acaso no recuerdas que ya soy un adulto? —dice.

—Te la robaron, ¿verdad?

Ben ríe y asiente. Nos quedamos en silencio unos instantes. Un par de gaviotas empiezan a graznar.

—Cuando te dije que cuando te conocí no me quedó otra elección —digo—, lo dije porque eres el hombre más increíble y único que he conocido en mi vida. Por mucho que olieras mal, no tuvieras donde caerte muerto y llevaras los pies sucios. No quería estar con nadie que no fueras tú.

Ben no dice nada, simplemente me mira.

—Estoy preparada —digo—. ¿Y tú?

—Yo siempre —dice Ben con una sonrisa.

Nos descalzamos y saltamos por encima de la barandilla para situarnos en la pequeña repisa, que está cubierta con excrementos de pájaros. El agua se ve lejísimos y se me encoge el estómago. Me veo obligada a sujetarme con más fuerza en la barandilla, que ha quedado a mis espaldas. La brisa que se levanta desde el río es fresca.

Ben me mira.

—¿Lo hacemos? ¿En serio? —pregunta.

Lo miro y hago un gesto de afirmación.

—Sí.

—De acuerdo, pero solo si me prometes que nunca más me harás ir al teatro —dice—. Ni me obligarás a ver *Harold y Maude* otra vez. Porque esa película era de lo más desagradable y tendrían que prohibirla. Ni películas suecas. Nunca jamás.

—Te lo prometo —digo—. Pero solo si tú me prometes que nunca me obligarás a hacer escalada ni ningún deporte que vaya acompañado por la palabra «extremo». Ni ningún otro deporte.

—Te lo prometo —dice Ben.

Me suelto de la barandilla y extendiendo la mano. El Danubio sigue fluyendo a nuestros pies.

—En ese caso, creo que podemos hacerlo —digo.

—Pues claro que podemos —dice Ben, dándome la mano.

Y saltamos. Juntos.

Nota de la autora

Cuando conocí a mi marido, estaba viviendo en un arbusto. Iba descalzo, sucio y olía fatal, pero era la persona más divertida, más feliz y más encantadora que había conocido en mi vida. Me vio sentada en un banco, en Viena, y en aquel mismo momento decidió que nos casaríamos y tendríamos hijos. Han pasado diez años y su deseo se ha hecho realidad: estamos casados, tenemos dos hijos y vivimos en una casa, ¡no en un arbusto!

Hoy en día, mi marido es un ingeniero con experiencia, viste trajes de Hugo Boss y está trabajando en un satélite que viaja hacia Hawái. Pero nuestro periplo no fue siempre tan fácil y podría decirse que yo me convertí en su profesor Higgins y él en mi Eliza Doolittle. Yo le di a conocer el maravilloso mundo de los libros y él me enseñó a entrar sin necesidad de llave en un coche cerrado.

Esta es nuestra historia, y contiene grandes partes de verdad, aunque, por supuesto, me he tomado la libertad de incluir cambios en los personajes, los hechos y los diálogos para escribir lo que confío que sea una novela graciosa y entretenida, más que simplemente una historia real. Puede que «basada en hechos reales» sea la descripción que más le encaje. Sea como sea, es posible que nuestra historia anime a otras personas a ver más allá de la superficie y, lo que es más importante, confío en que sirva también para provocar muchísimas carcajadas.

A veces, mi marido aún se limpia los dedos con los calcetines cuando comemos..., pero Roma no se construyó en un día, y lo más importante es que seguimos construyendo juntos nuestra Roma. Gracias por leer mi novela y os deseo que hayáis tenido una lectura reconfortante, entretenida y feliz.

Emmy Abrahamson, 2017

Felicity Everett

Los del

9



Te presentamos
a los nuevos
vecinos,
¿tú de qué
lado estás?

HarperCollins

Los del 9

Everett, Felicity
9788491393047
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Te presentamos a los nuevos vecinos, ¿de qué lado estás tú? Cuando Gav y Lou se mudan a la casa de al lado, Sara pasa días armándose de valor para ir a saludarles. Los vecinos son glamurosos, caóticos y un poquito excéntricos y, en comparación con ellos, el resto de su calle le parece de lo más aburrida. Ellos se muestran dispuestos a entablar una amistad, y eso entusiasma y halaga a Sara; por increíble que parezca, parece ser que Gav y Lou ven a su vez algo digno de admiración en Neil y en ella. Las dos parejas se vuelven inseparables en un santiamén... comparten cenas, botellas de vino y el cuidado de los niños, se quedan hasta tarde los unos en casa de los otros charlando entre risas, intercambiando anécdotas y compartiendo secretos. Cuanto más tiempo pasa Sara con los vecinos, más anhela hacer cambios en su propia vida, pero esos cambios tienen un precio. Gav y Lou no tardan en empezar a pedirles cosas que no tienen derecho a pedir, y las consecuencias son devastadoras para todos ellos... ¿Conoces a los vecinos del número 9? Aquí tienes una novela intensa y deliciosa sobre envidias, anhelos y traiciones en un barrio residencial...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

*Las voces más débiles
son las que pueden
gritar más alto.*

HIJO ÚNICO

RHIANNON
NAVIN

HarperCollins
Narrativa

Hijo único

Navin, Rhiannon

9788491392491

380 Páginas

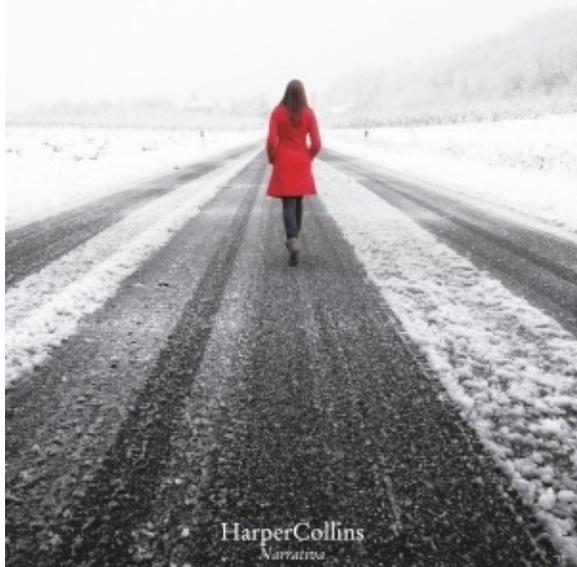
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un conmovedor debut narrado por un inolvidable niño de seis años que nos recuerda que a veces los más pequeños tienen los sentimientos más poderosos y que las voces más débiles son las capaces de gritar más alto. Aquel martes fuimos al colegio como siempre. No todos volvimos a casa... Agazapado en un armario con su maestra y sus compañeros de clase, Zach, de seis años, oye disparos resonando por los pasillos de su colegio. Un pistolero ha entado en el edificio y, en cuestión de minutos, se habrá cobrado diecinueve vidas. Tras el tiroteo, las familias y lo que antes era una comunidad unida quedan destrozadas. Cada uno se enfrena a la tragedia a su manera. El padre de Zach se ausenta, su madre busca justicia... y Zach se retira a su guarida supersecreta y se sumerge en un mundo de libros y dibujos. Pero al final, será Zach quien enseñe a los adultos de su vida a mirar hacia delante... como, a veces, solo un niño puede hacerlo. Enhorabuena a Rhiannon Navin por su extraordinario debut. Harlan Coben Una impresionante primera novela. Publishers Weekly Uno de los grandes debuts del próximo año. Library Journal Un impactante despliegue de empatía que rescata la verdadera dimensión de las cosas. Kirkus Reviews

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MI NOMBRE ES SENA

MARTA DEL RIEGO ANTA



HarperCollins
Narrativa

Mi nombre es Sena

Del Riego, Marta

9788491390190

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Mi nombre es Sena parece un triángulo amoroso, o quizá un libro de viajes por Israel, España, Alemania y Rusia. Pero en realidad es la historia de tres personajes que no encuentran su lugar en el mundo. Y sobre todo, de una mujer tratando de entender quién es la persona que la mira desde el espejo". Santiago Roncagliolo Berlín se prepara para recibir el año 2000. La ciudad está en ebullición y Sena la recorre incansablemente con su bicicleta y su grupo de amigos excéntricos en busca de algo que es incapaz de definir. Nada en Sena es lo que parece, ni su idílica infancia rural en el noroeste de España ni su acomodada existencia de esposa de un alemán de clase alta. Una atmósfera de urgencia y cambio planea sobre ella hasta que conoce a Yuri, un misterioso y fascinante judío ruso, que irá poco a poco removiendo el poso que hay en su vida. Pero lo que empieza como una historia de amor fou se transforma en una pesadilla porque no es tan fácil que ni ella ni Yuri se deshagan de su pasado. Si te gusta Joyce Carol Oates, te encantará Marta del Riego Anta. Sendero de frío y amor es una historia de mujeres tratando de sobrevivir a las cicatrices del amor. Dos hermanas huyendo del fantasma de su madre y buscando su propio lugar en el mundo. Una novela tierna y oscura a la vez, que puede conmoverte en una página y atraparte con suspense en la siguiente. Santiago Roncagliolo Marta del Riego Anta transporta al lector a

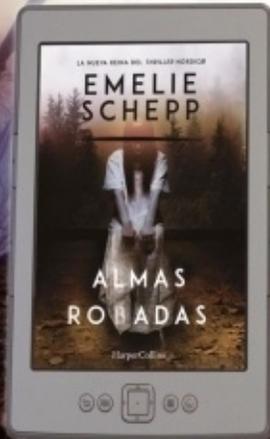
la vida de Sena con su fascinante estilo narrativo.Cultura y algo más

[Cómpralo y empieza a leer](#)

2 NOVELAS DE...

EMELIE SCHEPP

LA NUEVA REINA DEL *THRILLER* NÓRDICØ



Pack Emelie Schepp - Junio 2018

Schepp, Emelie
9788491393177
768 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Almas robadas Marcada de por vida, entrenada para matar. Algunas cicatrices calan hasta lo más hondo. Cuando un alto funcionario de Inmigración es hallado muerto a tiros en su casa, no faltan los sospechosos, entre ellos su mujer. Nadie, sin embargo, espera descubrir la misteriosa huella de la mano de un niño en la casa de un matrimonio sin hijos. Jana Berzelius, una joven fiscal, es la encargada de instruir el caso. Brillante pero fría, al igual que su padre, un famoso fiscal, Berzelius no se deja impresionar por el histerismo de la viuda ni por las cartas amenazadoras que esconde la víctima. Jana es dura, distante, imperturbable. Hasta que aparece el niño... Unos días después del primer asesinato, en un desierto paraje costero es hallado el cuerpo sin vida de un menor y, junto a él, el arma que sirvió para matar a la primera víctima. Al asistir a la autopsia del pequeño, Berzelius descubre algo extrañamente familiar en su cuerpo cubierto de cicatrices y extenuado por la heroína: unas marcas grabadas en la piel que remiten inmediatamente al tráfico de menores y que desencadenan en Jana un alud de recuerdos acerca de su oscuro y aterrador pasado. Ahora, para proteger su pasado, Jana habrá de encontrar a la persona que se oculta tras los asesinatos antes de que lo haga la policía. La marca de la venganza Cuando una adolescente tailandesa sufre una sobredosis durante una operación de tráfico de estupefacientes, todas las pistas

conducen a Danilo Peña, el criminal que se ha convertido en el principal objetivo de Jana Berzelius y con el que comparte un horrendo pasado. Entretanto, la policía centra sus pesquisas en El Anciano, el jefe del mayor cártel de la droga sueco. ¿Quién es este omnipotente capo del narcotráfico? Berzelius tratará por todos los medios de descubrir su identidad mientras sigue clandestinamente a Danilo, que amenaza con hacer público su verdadero origen.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

**MEJOR
CUANDO
ES REBELDE**

JAY AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES
CROWNOVER

HarperCollins

Mejor cuando es rebelde

Crownover, Jay
9788416502042
312 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Bienvenidos a La Punta. No es lo mismo un chico malo que un chico malo, malo de verdad... Os presentamos a Shane Baxter. Sexy, enigmático y peligroso, Bax no solo procedía de las malas calles, sino que era toda una institución en los bajos fondos de La Punta. Ladrón de coches, matón y pendenciero, siempre hacía lo que no debía, hasta que por culpa de uno de esos errores acabó pasando cinco años en prisión. Ahora, recién salido de la cárcel, buscaba respuestas y no le importaba lo que tuviera que hacer o a quién tuviera que presionar para conseguir las. No contaba, sin embargo, con la aparición de un nuevo personaje en escena: una chica tierna e inocente que se empeñaba en ponerse en su camino. Dovie Pryce sabía muy bien lo que era llevar una vida dura y las difíciles decisiones que a veces había que tomar para sobrevivir en un barrio como aquel. Siempre había procurado portarse bien, ayudar a los demás y no dejarse salpicar por el fango. Pero las calles la acosaban sin descanso, las cosas iban de mal en peor y la única persona que podía ayudarla era el expresidiario más temible, guapo y complicado que había dado La Punta. Jay Crownover, autora bestseller de The New York Times y USA Today, es la creadora de la serie Marken Men. Al igual que sus personajes, siente pasión por los tatuajes. Le encanta la música y habría querido ser una estrella de rock, pero dado que no tiene talento para cantar ni para tocar instrumentos, se

conforma con escribir historias con personajes interesantes que hagan sentir algo al lector. Una mezcla de peligro y romance intenso en este nuevo libro de Jay Crownover.

[Cómpralo y empieza a leer](#)